

Pablo Eugenio Charbonneau

**Noviazgo
y
Felicidad**

Índice analítico

I. EL SENTIDO DEL NOVIAZGO	5
1. El peligro de soñar.....	5
2. El noviazgo, señal de madurez	6
<i>Guardarse de jugar al amor, 6.</i>	
3. Dos actitudes que hay que evitar	7
4. La única actitud aceptable	7
5. La fortaleza, primera virtud.....	8
6. La prudencia: elemento indispensable	9
<i>Buena salud, 12. — Firmeza de carácter, 13 — Sensatez, 14. — Equilibrio, 15. — Un ideal elevado y santo, 15.</i>	
II. TU NOVIO	18
1. Un mal corriente: la incomprensión	18
2. Orientaciones divergentes.....	20
3. Rasgos característicos de la psicología masculina	21
<i>El papel providencial del hombre: responsable del hogar, 22. — Su primer atributo: la fuerza, 23. — Estructura característica del mundo interior masculino, 24. — Sensibilidad masculina, 26. — Imaginación masculina, 28. — Egoísmo masculino y autoritarismo femenino, 28. — Comportamiento religioso del hombre e influencia de la esposa, 30.</i>	
4. La comprensión, forma del amor	30
III. TU NOVIA	33
1. La incomprensión masculina.....	33
2. Causas de esta incomprensión.....	33
3. El fundamento de la psicología femenina: el papel de madre	36
4. Rasgos característicos de la psicología femenina.....	36
<i>La intuición de la mujer, 37. — La sensibilidad, 38. — El culto del detalle, 40. — La función de la imaginación, 41.</i>	

5. La clave de la psicología femenina: la delicadeza	42
<i>La mujer, delicada en su ser corporal y psíquico, 42. — Necesidad en el hombre de cultivar la delicadeza, 43.</i>	
6. Aprender a hablar a su novia	45
7. Preparar su felicidad	46
IV. VUESTRO AMOR	48
1. ¿Se aman de verdad?	49
2. Los espejismos	50
3. Lo que es el amor	52
4. El egoísmo, enemigo principal del amor	53
5. El amor no es un juego.....	55
6. Hacer intervenir la razón en el amor	57
7. Perspectiva de eternidad.....	60
V. EL ACUERDO ENTRE LOS JÓVENES ESPOSOS.....	62
1. El choque de dos personalidades.....	63
2. El papel del amor	64
3. Algunos obstáculos importantes	67
<i>Individualismo, 67. — Los celos, 69. — Humor detestable, 70. — El alcohol, 73.</i>	
4. Aceptar las imperfecciones del otro.....	74
VI. VUESTRO CUERPO Y VUESTRO AMOR	75
1. Los datos del problema	75
<i>El sentido de la sexualidad, 75. — Las dificultades que promueve su dinamismo, 78. — Las condiciones sociales, 79.</i>	
2. El ángulo personal de la cuestión	80
3. Necesidad de la pureza en el amor.....	81
<i>Fundamento de la confianza mutua, 82. — La fuente del dominio de sí mismo, 82. — La prueba del amor, 84.</i>	
4. Posibilidad y condiciones de la pureza	84
<i>La parte del joven, 85. — La parte de la muchacha, 87. — La norma: un esfuerzo conjunto, 87.</i>	

VII. CÓMO TRATARSE DURANTE LAS RELACIONES	90
1. Tratarse para conocerse.....	90
2. Conservar la serenidad.....	92
3. No crear un clima artificial.....	94
4. El medio social.....	96
5. Defender la intimidad.....	98
6. Ser sincero con el otro.....	99
7. Abrirse al otro.....	101
VIII. NOVIOS HOY, PADRES MAÑANA	103
1. No sólo esposos, sino padres.....	104
2. Prepararse para ser padre y madre.....	106
3. Cultivar el arte del don.....	108
4. Maternidad.....	109
5. Paternidad.....	113
6. Mandatarios de Dios.....	116
IX. LOS CURSOS PREMATRIMONIALES	118
1. Instrumento de lucidez.....	118
2. Aprender a dialogar.....	121
3. Principales elementos del Curso.....	122
<i>Amor y felicidad, 122. — Psicología masculina y femenina, 123. — Anatomía y fisiología, 124. — El matrimonio con respecto a Dios, 125. — Los hijos, 127. — Para un buen comienzo, 127.</i>	
4. Deber fácil.....	128

El sentido del noviazgo

No hay ningún joven ni ninguna muchacha que no haya soñado con el día en que iba a prometerse. Cuando a los veinte años se abre esta puerta que da sobre el amor, se complace el joven en contemplar los horizontes maravillosos que se le ofrecen. Al hacerlo, se deja emboblar por las promesas de una vida que se halla todavía intacta, y sonrío ampliamente ante las esperanzas innumerables que en ella se descubren. En la existencia de los jóvenes, el amor surge como el sol de la mañana que ilumina todas las cosas sin dejar sitio a las sombras; irradia la alegría de vivir, la alegría de ser dos, la alegría de haberse conocido. Descubre poco a poco una felicidad que parece llamada a crecer día tras día.

Pero, pasa el tiempo. Las sombras se deslizan entonces y se esparcen por todo el universo del amor. Unos pocos años bastan para que las tinieblas sucedan a la luz y surjan los sinsabores, las desilusiones, los desabrimientos de una vida que se muestra siempre dura, y a veces abrumadora.

Para evitar semejante proceso han sido escritas estas páginas; quisieran ayudar a todos los jóvenes que buscan el amor a hacerlo bien, sin entregarse a excesos de optimismo ciego. *El noviazgo no es un sueño.*

1. El peligro de soñar

En efecto, es el peligro mayor de esta época de la vida. Pocos son los que pueden librarse de él por completo, muchos hay que en él se pierden. Cuántos novios parecen vivir esos meses como en un sueño: impulsados por su amor (que es siempre un poco ciego), se entregan al placer de *idealizar* la vida conyugal.

Esto sucede con tanta mayor facilidad cuanto que, en esa época, los jóvenes acaban de dejar la adolescencia. Ahora bien, ésta se caracteriza por la visión onírica que puebla la imaginación, desde los quince a los veinte años, con todo un mundo de falsedades. ¿Quién, a esa edad, no ha sufrido el mal de amar? Y para curarse de él, el adolescente imagina lo que no sabe, embellece lo que sabe, idealiza los seres a quienes conoce y crea a los que faltan. Así, lastrado con un mundo imaginario, que refleja el del cine, la literatura, las novelas, llega a la época de la juventud. El amor se le presenta no ya sólo al nivel de la imaginación sino con el rostro real, palpable, visible, de tal o cual joven, de tal o cual muchacha. Se debería entrar entonces conscientemente en el mundo real, dejando atrás las fantasías del pasado. Pero éstas no se dejan apartar fácilmente. Están tan íntimamente integradas en cada persona que prosiguen con ella el camino y se mezclan a los datos y hechos de la vida real. Des-

dibujan la realidad, a la que envuelven en una capa de idealismo. De tal suerte que más de un joven o una muchacha siguen *soñando*, cuando deberían empezar a *pensar* y a *vivir*.

Así es como muchos llegan al noviazgo, arrastrando esos vestigios de la adolescencia que son los sueños. Se dedican entonces a imaginar su vida *futura*, su amor *futuro*, su hogar *futuro*; y contemplan todo esto a través del cristal deformador de la imaginación. Imaginan... lo que eso será, o al menos creen imaginarlo. En realidad, siguen forjándose ilusiones en vez de consagrarse con pasión a captar la *realidad*. La pareja que se entrega a ese juego se precipita a su ruina.

2. El noviazgo, señal de madurez

No se puede entrar en la vida, montando el carro de las ilusiones. Estas se desharán como los pétalos de una flor que se marchita; se disiparán como los sueños nocturnos. ¿Qué quedará entonces? La dura realidad que vapuleará a los dos, revelándoles al propio tiempo que el amor es una *realidad humana* que, como tal, no puede vivirse sin esfuerzo.

Por eso el noviazgo debe realizarse y vivirse en plena *madurez* espiritual. Los novios deben ser gente *madura* que traspase inexorablemente la capa de las apariencias para palpar la vida en su realidad. Deben construir su hogar, no sobre los sueños o las ilusiones engendrados por la adolescencia, sino sobre las reflexiones y *el* realismo peculiares de las personas evolucionadas y serias.

Guardarse de jugar al amor

El amor no es un juego y nada hay más serio, ni más trascendente, que amar. Porque el amor compromete a dos seres en una total comunidad de vida, de modo que por su matrimonio han de compartirlo *todo: cuerpo y alma*. Al término de esa comunicación se encuentra la felicidad o la desdicha temporal y eterna. Es preciso, por tanto, que los novios se cuiden de no ceder a la tentación de la facilidad; el noviazgo está hecho para reflexionar, porque prepara una situación que será *irrevocable*. Así pues, no deben sólo divertirse y contentarse con soñar vagamente y con repetirse el uno al otro que son recíprocamente perfectos.

Pascal, hablando de la muerte, escribió: «*Corremos sin preocuparnos hacia el precipicio, después de haber colocado algo ante nosotros para impedirnos ver*»¹. Muchas parejas de novios podrían aplicar esta frase a su matrimonio. Después de haber echado la cortina de sus ilusiones que les priva de ver el abismo, corren hacia éste con una ligereza pueril, sin saber que les acecha una catástrofe inminente.

Un joven y una muchacha que se aman no deben comportarse como niños irresponsables: deben, por el contrario, estar alerta a las responsabilidades que les esperan y anticipar, hasta donde sea posible, las dificultades que tendrán que vencer. Sólo de esta manera evitarán el fracaso y conocerán la felicidad. Toda orientación al matrimonio que no se desenvuelva en este sentido es falsa y no podrá preparar más que un desastre. El noviazgo debe, pues, ser una época de maduración en la que el amor se desarrolla, la esperanza se intensifica, en la que reina la alegría, pero todo esto debe ser fruto de una atención inteligente y de

¹ *Pensées*, en *L'Œuvre de Pascal*, Gallimard (Pléiade), Paris 1950, p. 885.

un realismo profundo. Los novios deben ser serios bajo pena de ser unos esposos desgraciados.

3. Dos actitudes que hay que evitar

Subrayaremos ante todo dos actitudes generales que se deben evitar porque comprometen precisamente la seriedad del noviazgo.

La primera podría caracterizarse así: es preciso que el noviazgo no sea un compás de espera. Es decir, una época durante la cual se pierde el tiempo. Para muchas parejas los meses del noviazgo son, al parecer, así. Se contentan con ver pasar las semanas y los meses en una pasividad completa o poco menos. Ninguna preocupación seria; se van haciendo ahorros y se sueña... Ni el menor esfuerzo para lograr un mejor conocimiento del otro; se admiran, se alaban, se imaginan cosas... Ni por un momento se dedican a un trabajo de adaptación recíproca; esperan... el matrimonio, imaginando que ese trabajo se efectuará después. Y así transcurren, en medio de la esterilidad, esas horas en que hubieran debido dedicarse a fortalecer el amor por medio de un trabajo serio. En vez de aprovechar el noviazgo para anticipar e iniciar ya la adaptación de los caracteres, de los temperamentos, de las personalidades, se han divertido en acumular abundante ajuar, como si ésta fuera la única cosa importante. Durante este tiempo los novios tendrían que preparar su matrimonio, como el sembrador prepara en primavera la cosecha del otoño; pero en lugar de sacar el máximo provecho de él lo han perdido inútilmente.

Esta actitud es frecuente, sobre todo, en aquellos novios que no pueden verse a menudo, por una u otra razón. Están esperando siempre. Pero hay otra actitud, igualmente condenable, que es peculiar de los que se ven con demasiada frecuencia, cuyas conversaciones habituales revelan la más completa insulsez. Rechazan, por temor o por debilidad, cuando no por costumbre, todos los temas de conversación serios que deberían ser los de esta época; prefieren quedarse al nivel de las niñerías y jugar a deleitarse afectadamente, en vez de analizar la situación desde su ángulo real. Y en esta atmósfera se colman de caricias, que dan prueba quizá más de una sensibilidad enardecida que de un amor serio.

En uno y otro caso, los novios se preparan un despertar peligroso, porque sólo se han forjado ilusiones; ahora bien, quien cultiva así las *ilusiones* recogerá con seguridad una abundante cosecha de *desilusiones*. Quien entra en el matrimonio come en una vida soñada no tarda en sentirse infeliz y defraudado. A la novia se la trata, con la esposa se vive. *Ésta resulta una mujer completamente distinta*, se ha dicho alguna vez. Y se podría igualmente afirmar la recíproca: *se trata a un novio, se vive con un marido, que es un hombre totalmente distinto*. Los que se complacen en un noviazgo durante el cual las efusiones sentimentales y las niñerías poseen mayor preponderancia que la reflexión, se precipitan, con la cabeza baja, en el fracaso.

4. La única actitud aceptable

No hay más que una manera de evitar el fracaso y de preparar el triunfo duradero del amor: consiste en vivir un activa, durante el cual los novios pondrán todo en acción para aprender a descubrirse mutuamente, más aún, a conocerse más profundamente, a amarse

ya con un amor más sereno y más verdadero. Se consagrarán auténticamente a reflexionar, a discutir las orientaciones esenciales de su vida, a destruir la máscara que, inconscientemente, lleva cada cual sin saberlo. Intentarán, cada uno con toda su inteligencia, captar la verdadera fisonomía psicológica del otro, a fin de que, cuando llegue el día, no se casen con un *ser soñado* sino con un *ser real*, superando así por anticipado las desilusiones.

5. La fortaleza, primera virtud

Con esta perspectiva, nos parece exacto afirmar que la virtud principal de los novios es la virtud de *fortaleza*, que debe transmitir todo su vigor a ese período de incubación del amor conyugal que es el noviazgo.

En efecto, la fortaleza da a cada cual la energía necesaria para luchar con las dificultades que surgen en la vida y comunica valor para afrontar los riesgos con audacia, disipando las ilusiones falaces, para ligarse a la dura realidad y superar todos los obstáculos con perseverancia.

Conseguir la virtud de fortaleza será la primera preocupación de los novios, pues gracias a ella no caerán en debilidades peligrosas. En efecto, la fortaleza les permitirá superar las apariencias y penetrar en el mundo de la realidad que, aun siendo poco poético o sentimental, no deja de ser el único verdadero. Sabrán mantenerse en él, a despecho de todos, aunque haya que chocar contra ellos un poco bruscamente. No querer vivir en una contemplación *beatífica y superficial*, es aquí un imperativo urgente. Hay que evitar por encima de todo revestir el amor de quimeras; no hay que dorar al novio o a la novia como a un ídolo porque cuando se esté cerca de él ese dorado se quedará entre los dedos, descubriendo la gran pobreza que encubría.

Los novios deben prepararse de un modo activo y serio para la vida, aprendiendo a mirar al porvenir para entrever en él la realidad; un hogar sencillo, edificado sobre la abnegación y el sacrificio, un hombre con cualidades y defectos que le hagan unas veces amable y otras detestable; una mujer que reúne los encantos y las imperfecciones que harán de ello una fuente de dicha y a veces una fuente de pesadillas. Este es, en efecto, el horizonte conyugal: no un cielo azul, impermeable a toda nube, sino un firmamento en donde estrellas y manchas de sombra alternan como las sonrisas y las lágrimas en la cara de un niño.

Nunca repetiremos bastante hasta qué punto es necesario hacer un verdadero esfuerzo para alcanzar ese grado de *lucidez activa* que hace pasar el amor del plano precario del sentimentalismo ferviente, al plano, mucho más humano y serio, de la voluntad eficaz. En una página excelente, A. Kriekemans escribía, a este respecto, unas líneas que deben brindarse a la meditación de todos los novios: «*Sin la luz del juicio, el amor sería ciego, se mantendría caprichoso y vagabundo. Gracias a la voluntad, abandona el país de los sueños, deja de ser ineficaz y se convierte en una empresa. Sobre todo en la obra que representa el matrimonio, el papel de la voluntad nos parece indispensable. La persona, desde el instante en que ama, se encuentra ante una tarea. Desea contribuir al bienestar del otro, conseguir lo mejor para él. El amor propone, pues, un objetivo que hay que alcanzar. La imaginación o el sentimiento no bastan. Mantener el amor en la ociosidad y en la pasividad equivale a traicionarlo. Quien lo*

abandone at azar no captará nunca su sustancia profunda y le destinará a un final rápido y seguro»².

Suscribir este juicio que parece indiscutible, es afirmar que los novios deben cultivar esa fortaleza que permitirá a su inteligencia y a su voluntad tomar a su cargo el amor para conducirlo a su plena expansión. Desde este momento, el noviazgo constituirá realmente ese aprendizaje serio en que debe consistir, significará una garantía de la felicidad conyugal. *Querer ser feliz e imaginarse ser feliz* son dos cosas muy diferentes: el que se lo imagina va soñando sin hacer esfuerzo alguno; el que lo quiere ser, se consagra con energía y constancia a lograr la realización de su voluntad. Los novios, para no perder su amor en los dédalos de la fútil imaginación, tienen el deber de fijarse un propósito intenso y eficaz de felicidad. En él encontrarán la *fuerza* para desenmascarar las falsas riquezas, las falsas promesas y las falsas esperanzas. Entrarán entonces en la vida conyugal con un arsenal psicológico que les preservará de hundirse, en breve plazo, en la pesadumbre. Se construirán un porvenir sólido porque habrán sabido hacer buen uso del presente; y su amor de esposos se mantendrá estable porque el noviazgo lo habrá preparado.

Por lo demás, sobre esta sola fortaleza se basará la prudencia que se menciona tan a menudo delante de los novios. «Sed prudentes —se les aconseja—; no os comprometáis a la ligera. Pensadlo bien...». En verdad hay que ser prudente, y de ello se da uno cuenta muy pronto. Pero no es fácil ser prudente. Es mucho más cómodo alimentar ilusiones y falsas seguridades. No es siempre por desprecio de la prudencia por lo que se compromete uno a la Ligera o se hunde a ciegas en la aventura conyugal. Es debido a que con frecuencia no se ha tenido el *valor* de hacer pasar el amor por la criba de una prudencia que parecía peligrosamente aguzada. Se ha preferido caminar con los ojos cerrados porque se necesita mucha fuerza de voluntad para mantenerlos abiertos cuando la cruda luz de la realidad inunda implacablemente el objeto hacia el cual se dirige nuestra mirada. Los novios deben, ante todo, examinarse uno a otro con la mayor lealtad. Aceptar verse tal como son, sin desdibujar su imagen, mostrar su verdadera faz sin adornarla con apariencias de relumbrón, revelar el uno al otro su *yo* más profundo a fin de que cada uno pueda leer el porvenir de su vida: esto es lo que implica, en primer término, un noviazgo serio.

Este afán de honradez recíproca y de lucidez es la piedra angular de esa época de la vida. Es el presupuesto esencial, debe pasar incluso antes por la prudencia, cuya práctica indispensable garantiza.

6. La prudencia: elemento indispensable

La prudencia es indispensable porque por el matrimonio se compromete toda la vida. No se retorna del matrimonio como el excursionista vuelve de un viaje fallido. Quien dice «sí» al otro ante Dios, ha lanzado su sí a la eternidad, como un anillo en medio del océano. No puede ya sacarlo de allí.

No cabe equivocarse cuando se quiere sellar el amor con el sí matrimonial inquebrantable. Es preciso, por tanto, que el amor crezca en la prudencia y que el porvenir se forje, basándose en la sensatez, y no en unos impulsos, vivos tal vez, pero pasajeros.

² A. KRIEKEMANS, *Préparation au mariage et à la famille*, Casterman, Paris 1957, p. 103.

Sin embargo, hablar de prudencia a unos enamorados, es como aconsejar sobriedad a un borracho. ¡La prudencia les urge tan poco! Ante todo, es la palabra que «*designa con preferencia cierta cualidad previsor, gracias a la cual muchos individuos consiguen evitar el peligro y proteger su seguridad. Su sensatez puede ser muy útil. No es gloriosa. La generosidad, la audacia, la tendencia al riesgo están dotadas de otro prestigio*»³. Y como el entusiasmo que crea el amor es violento, no le resulta fácil dejarse dominar por la prudencia a la que juzgan anticuada y superflua.

Para restablecer los derechos de la prudencia, hay que recurrir al penoso espectáculo de tantos amores destruidos, de los que sólo quedan tristes residuos. Ante esos hogares destruidos, ante esos esposos fracasados, ante esos hijos desgarrados entre un padre y una madre, el joven debe pensar que eso puede suceder también en «su» propio caso. Entonces es cuando la prudencia recobra sus derechos. No ciertamente una prudencia mezquina, teñida de pesimismo enfermizo o de indecisión patológica, sino una prudencia llena de confianza y al propio tiempo lúcida.

Dicha prudencia juzgará las verdaderas promesas que contiene el amor de dos jóvenes y les dirá en qué sentido deben gobernar la barca para que no quede deshecha por las borrascas que sobrevendrán. Formulará, sin duda, preguntas difíciles, pero a las que es preciso responder. La primera de ellas, por extraño que pueda parecer, será la siguiente: ¿por qué he decidido casarme con mi novio, o con mi novia?

En efecto, más de un muchacho o una muchacha optan por el matrimonio sin haber captado los motivos inconfesados que les han llevado a esa decisión. A veces se deciden al matrimonio para huir de un hogar que no proporciona ya la felicidad. Por una razón o por otra, la atmósfera familiar se ha hecho tensa; en el curso de los años, la tensión ha aumentado hasta tal punto que resulta insoportable. Finalmente, el joven se siente desesperado y, sin que se dé cuenta, el deseo de huir motiva, en una parte más o menos grande, la decisión de casarse. El matrimonio es entonces un medio de dejar definitivamente atrás a los padres de los que está ya separado por un desacuerdo constante.

Es inútil insistir para explicar que en semejante situación, hay que ser tanto más circunspecto en la elección que se haga, puesto que tal deseo de evasión puede comprometer toda objetividad. No son raros los casos de muchachas que se han dejada arrastrar a un matrimonio que ha resultado, después, imposible. Y descubren, pasados unos años, que han confundido su afán de evasión unido a cierta atracción por el chico con el amor. Pero la suerte está echada y es ya demasiado tarde para volver atrás.

De igual modo, *la búsqueda de la seguridad* puede conducir a dar un paso en falso, por ejemplo, en aquella persona que vive sola, en una habitación que no viene a animar ninguna presencia humana. La soledad desgasta y llega a ser insoportable; no hay sufrimiento mayor que la soledad del corazón. En ese momento la necesidad de amar surge, violenta como un relámpago, abrasadora como la sed en el desierto. Entonces este joven o esta muchacha encuentran un ser que parece amable y, en seguida, ceden al espejismo del amor. Un novelista contemporáneo expresaba con mucha exactitud, por boca de uno de sus personajes, esa aventura desdichada: «Como tenía necesidad de amar y de ser amado, creí estar enamorado.

³ Tr. DEMAN, O.P., *Pour une restauration de la vertu de prudence*, en *Cahiers de la vie spirituelle*, «Prudence chrétienne», Éd. du Cerf, Paris 1948, p. 21.

O dicho de otro modo, hice el imbécil»⁴. El juicio es rotundo, pero exacto: es una imbecilidad entregarse a esa nostalgia del corazón y creerse enamorado de alguien cuando en realidad está uno enamorado... del amor mismo. Esta seguridad psicológica que siente el que ha esperado largo tiempo y que ha vivido solo hasta entonces, es un sentimiento engañoso; puede hacer incurrir en error al juicio y hacer creer en un amor sólido y profundo cuando lo que en realidad le atare es el deseo de no seguir más tiempo solo.

Además de esta seguridad psicológica hay también —para la muchacha— el problema de la seguridad material. Ocurre a veces, que vive más o menos pobremente, atormentada sin cesar por la preocupación del mañana, sin recursos fijos, en lucha siempre con un trabajo que se va haciendo cada vez más oneroso y que acaba por agotar las fuerzas físicas o la paciencia. Con el matrimonio, esta responsabilidad recaerá sobre el marido y la casada podrá confiar totalmente en él. Aspira a este alivio del mismo modo que el que se doblega bajo un fardo demasiado pesado, se apresura a alcanzar el lugar hacia el cual se dirige, a fin de soltar lo antes posible su carga. ¡Con qué corazón ligero se vislumbra el matrimonio cercano ya, pensando en esa seguridad de que se va a gozar desde entonces!

En uno y otro caso, no cabe esperar más que el fracaso. Porque por poco que la necesidad de seguridad —ya se trate de seguridad psicológica o de seguridad material— se haga imperativa, la persona se declarará en seguida enamorada, para no tener que desandar el camino y caer de nuevo en la inseguridad anterior. Grave error de óptica que es preciso evitar por medio de un análisis riguroso de los motivos personales que han determinado la decisión de casarse.

Por último, puede intervenir un tercer motivo secreto que se aplicará sobre todo al caso de la muchacha: el temor de que se la deje de lado y se vea reducida a ese estado tan depreciado que es la soltería. ¡Todo, antes que ser una «solterona»! Por eso, una muchacha es mucho menos exigente en los últimos años de su juventud; aceptará con frecuencia compromisos que habría ella rechazado en otro tiempo, y no temerá unirse a un compañero que, en el fondo de sí misma, juzga incapaz de darle la felicidad.

Juega ella entonces la carta de un error posible, la de los prejuicios, la de las falsas esperanzas; piensa que tal vez irá todo mejor de lo que cree. Pero estas razones no tienen otro valor que el de darle una falsa certeza. Es indudable, en efecto, que quien se casa para salir del celibato más que por amor, compromete su felicidad para siempre. Es quizá muy penoso ser desdichado y soportar solo su desdicha; pero es, sin duda, más penoso aún, y con mucho, ser desdichado cuando son dos los que se causan esa desdicha y deben soportarla juntos.

Como se ve, importa, pues, mucho que ninguna de esas falsas motivaciones se infiltre en la decisión adoptada por los novios. Se casan porque aman. Y no para evadirse de un hogar que ya no se puede soportar; no para descargar en otro sus responsabilidades; no para eludir el ridículo eventual de un estado de soltería... Se casan porque aman y porque comprenden que pueden asegurarse recíprocamente la felicidad. Cualquier otro motivo debe relegarse a un plano secundario, a fin de no crear confusión y de permitir un sano análisis de la situación. Así pues, dos elementos muy distintos tienen que aliarse para hacer razonable un matrimonio.

⁴ ALBERT CAMUS, *La chute*, Gallimard, Paris 1956, p. 116; versión castellana, *La caída*, Losada, Buenos Aires.

El primera, tener la seguridad de que los dos se aman *de verdad*, porque no faltan las imitaciones del amor.

Y más de un novio sufre a veces un craso error. Imaginar que se ama... se parece mucho a amarse. Para quien no se torna el trabajo de observar su propio comportamiento íntimo, para quien se olvida de sondear sus pensamientos secretos, esos que no se traslucen al exterior pero que colman, sin embargo, lo más profundo del corazón, ¡qué inmenso peligro de confusión!

Más adelante mencionaremos los signos por los que se reconoce un amor verdadero. Pero queremos, entre tanto, subrayar que ese análisis de la *calidad del amor* que ha surgido entre ambos, debe ser uno de los principales objetivos de la época del noviazgo.

En segundo lugar hay que ver si las personalidades son compatibles. Pues aparte del amor que aun siendo indispensable no basta, es preciso que los novios estén hechos el uno para el otro y que cada cual posea aquellas cualidades esenciales, sin las cuales es inútil pensar en la felicidad... por más que se amen. Podrá enumerarse aquí gran número de cualidades requeridas para favorecer la felicidad conyugal; en realidad, se puede incluso decir que todas las cualidades son útiles y todos los defectos perjudiciales para el buen acuerdo del matrimonio.

Pero nos contentaremos con poner de relieve los elementos *absolutamente necesarios* para una evolución conyugal feliz. Para que los novios lleguen a ser esposos felices, para que conserven y desarrollen su amor sin que se origine retroceso alguno, se necesitan: buena salud, carácter enérgico, sensatez, sensibilidad bien equilibrada, «*aliados —como subrayaba Stall— a un ideal elevado y santo*»⁵.

Ninguno de esos elementos puede ser considerado como parte despreciable. Sobre ellos orientará cada cual su elección y pesará sus probabilidades de éxito. Si se prescinde de alguno de ellos pueden surgir dificultades que irían multiplicándose con la edad. Que los novios repasen, pues, uno por uno, esos puntos de vista y que se pregunten lealmente cuál es su caso.

Buena salud

Los futuros esposos no deben olvidarse que al contraer matrimonio se orientan, a más o menos largo plazo, hacia la maternidad o la paternidad. Ahora bien, éstas son cargas incompatibles, generalmente, con un estado enfermizo.

¿Quién no ve, en efecto, que de la salud de la madre depende en gran medida la salud de los hijos? Ciertamente que la salud del padre contribuye también a que sus hijos sean más o menos robustos, pero ya se sabe la importancia que tiene, desde este punto de vista, la gestación. No es necesario, por tanto, insistir en ello. Sin embargo, aun estando convencidos de su importancia, no siempre se piensa en este aspecto. *Un hombre no puede elegir a su esposa sin pensar que ella será la fuente de la vida de sus hijos*. Por eso no debe proceder a la ligera y lanzarse en semejante cuestión con los ojos cerrados.

⁵ SYLVANUS STALL, *Ce que tout jeune homme devrait savoir*, Éd. Jeheber, Ginebra, p. 162.

Un estado de salud precario o claramente deficiente ocasiona complicaciones de todo género, algunas de ellas de graves consecuencias. Aparte de la salud misma de los hijos, que, como acabamos de indicar, está en estrecha dependencia con la de la madre, hay que tener en cuenta también las relaciones generales o, si se prefiere, la atmósfera del hogar.

Una mujer siempre enferma puede llegar a ser pronto irascible en grado sumo, hipersensible, recelosa y crear así —sin ninguna mala voluntad— un ambiente en que el acuerdo conyugal se torne problemático. El marido puede entonces entregarse a la lasitud y apartarse de un hogar donde la paz resulta imposible.

Por otra parte, la salud del padre no es menos importante. Primeramente, desde el punto de vista del hijo. Porque de igual modo que la madre, aunque de una manera menos evidente, el padre hipoteca o prepara la salud del hijo. Éste nacerá de él, tarado o favorecido físicamente; la función eminentemente activa que tiene en la concepción, trae aparejadas consecuencias demasiado duraderas para desconocerlas.

Además, el título de esposo, como el de padre, lleva aparejada la responsabilidad material del hogar. Por el hecho de su matrimonio, el joven se convierte en proveedor de los suyos: esposa e hijos dependen de él. Si el padre no goza de buena salud, incluso el pan cotidiano resulta inseguro. Recuerdo haber conocido novios tan ciegamente lanzados en su amor, que desdeñaban deliberadamente este aspecto; lo cual traía como resultado que, poco después, la joven encinta tenía que proveer ella misma a las necesidades del hogar y soportar un marido incapaz de hacerlo. Es cierto que este caso se produce a veces, de modo imprevisible, pero entonces se puede contar con el amparo de la Providencia, cuyos designios ocultos han permitido semejante estado de cosas. Ahora bien, si esta triste situación es debida a una ceguera pueril, no puede llevar más que a dificultades insuperables. Y hay motivo para creer que los novios que practiquen tal política estarán abocados a los más crueles desengaños.

Digamos en seguida, para evitar toda falsa interpretación, que ciertas afecciones pueden muy bien no alterar el estado de salud general de un individuo. Semejante caso no presenta, evidentemente, la menor dificultad.

Pero si la salud es importante, no lo es todo, sin embargo, en la vida conyugal. Es un elemento de la armonía conyugal, a la que favorece y facilita. Pero lo que forjará dicha armonía será la firmeza de carácter.

Firmeza de carácter

¿No constituye el dominio de sí la base del buen entendimiento de los esposos? Un hogar en el que los cónyuges sepan domeñar su carácter sin dejarse llevar por arrebatos coléricos, que sólo sirven para sembrar la confusión y para engendrar el rencor, un hogar así tiene muchas probabilidades de conseguir la armonía, es decir el buen entendimiento. Pero es evidente que si los esposos son apasionados y violentos, irascibles, desenfrenados, propensos a la cólera, los conflictos se multiplicarán, se envenenarán. Al final, después de haberse ofendido mutuamente más de lo necesario, llegarán a no poderse ya soportar... y quizás a detestarse. Importa, pues, en primer término, que los novios posean un carácter que esté «bajo control». Que sepan ya dominar sus más vivos impulsos y refrenar sus sentimientos y sus palabras con gran fortaleza. Unos novios que están siempre a matar, o poco menos, y eso

cuando no pasan más que unas horas por semana juntos, darían un mal paso ligándose para siempre. Deben, ante todo, serenarse, aprendiendo a ser dueños de sí mismos. Sólo entonces, estarán en condiciones de emprender una vida en común en la que se multiplicarán, sin duda, las ocasiones de choque.

Pero esta firmeza de carácter que reclamamos aquí se impone también para hacer frente a la vida en general, que está plagada de asechanzas, dificultades, reveses. Por tanto, en la elección de un compañero o de una compañera de vida, hay que tener en cuenta la necesidad inevitable en que se van a encontrar de luchar con energía para vencer los obstáculos de toda clase: económicos, físicos, fisiológicos, psicológicos, espirituales. No hay duda de que le espera una penosa existencia a aquella persona que se dispone a vivir con un ser cobarde, a punto siempre de capitular, débil, presa constante del desaliento, inconstante, a quien el esfuerzo agota en seguida. La felicidad, no hay que olvidarlo, se consigue a fuerza de energía, de valor, de incesantes reanudaciones. Ahora bien, nada de esto es posible si los cónyuges carecen de firmeza de carácter.

También el entusiasmo se basa en esta fortaleza de carácter, y la situación de una pareja de novios sería muy triste si, en el alba de su vida común, no ardiesen con férvido entusiasmo. No puede un joven o una muchacha adentrarse *sensatamente* en el matrimonio sin tener la seguridad de que el otro posee esa indispensable fortaleza de carácter.

Sensatamente, con ello rozamos ya otro de los elementos básicos en que debe fundarse la elección de los novios: la sensatez.

Sensatez

En ella reposa la orientación del hogar. Basta un criterio más o menos equivocado, en uno de los esposos, para comprometerlo todo. Los cónyuges están llamados a expresar su criterio tanto en cuestiones fundamentales, como en casos de detalle y a adoptar las decisiones consiguientes. En cuestiones fundamentales como son, por ejemplo, la educación de los hijos, la orientación moral del hogar, etc.; o con respecto a pequeños detalles, como la elección de los colores de una habitación o la organización de una velada. La falta constante de criterio acarreará complicaciones, o discusiones ininterrumpidas. En estos casos el porvenir no será nada fácil ni apacible.

En este sentido los novios deben conocerse bien. Cómo razona el otro? ¿Cómo discute? ¿Sabe cambiar de opinión? ¿Admite sus errores? ¿Sabe reconocerlos sin ofenderse? ¿Acepta rectificar un juicio apresurado o falso? En caso de que cometa una gran equivocación él se obstina en defenderla, o confiesa su error? Estas observaciones son fáciles de hacer y revelan el criterio de un individuo. Los novios no deben rehuir esta tarea, porque de este modo irán descubriendo el género de vida que habrán de adoptar si se casan.

A este respecto, hay que insistir además sobre un punto específico: la terquedad. La terquedad es siempre señal de un criterio erróneo. Ciertamente, puede uno sostener sus ideas con convicción sin ser por ello terco. La terquedad consiste en sostener una idea sabiendo que es falsa, en defender y mantener una actitud cuya sinrazón es evidente. Dicen que «ser testarudo es, a menudo, señal de falta de inteligencia». Este defecto parece, pues, radicalmente incompatible con las exigencias de la vida conyugal; y ante un novio, o una novia, dominado por tal defecto, no debe vacilarse en romper.

Equilibrio

Después de lo que acabamos de decir, parece casi superfluo mencionar la necesidad de equilibrio. Sin embargo, este factor es tan importante que no podríamos dejar de hablar de él aquí, de una manera explícita.

Gracias al equilibrio cada elemento de la psicología del individuo ocupa su lugar y la sensibilidad no lo domina todo. No es raro, en efecto, encontrar individuos dotados de firmeza de carácter y de criterio pero que no logran controlar su sensibilidad. Esta, infiltrándose por todas partes, viene a perturbar una personalidad que sería, por lo demás, excelente. A veces, esas explosiones de hipersensibilidad no tienen graves consecuencias, porque se trata tan sólo de fenómenos superficiales. No comprometen entonces la armonía conyugal y, a fuerza de paciencia, se pueden eliminar. Pero cuando toman un sesgo más íntimo y llegan, por ejemplo, a suscitar arrebatos de celos, no hay remedio (excepto la mejoría, por medio de tratamiento psicoterápico).

En semejante caso, es decir en un caso de celos cuyas manifestaciones son frecuentes y bastante agudas, el matrimonio estaría claramente contraindicado, porque un trastorno tal de la sensibilidad hace imposible toda confianza entre los cónyuges y toda paz en el hogar, constituye realmente un martirio a fuego lento.

Un ideal elevado y santo

A todo lo contrario, que permanece en un plano propiamente humano, hay que añadir el cultivo de un ideal elevado y santo. Sin un ideal elevado, la vida de los esposos queda reducida a un nivel puramente natural. El matrimonio puede ser grande, muy grande, como indicaba san Pablo; pero implica también peligros inmensos. El amor puede transformarse muy pronto en una costumbre rutinaria, la ternura en unos gestos insípidos, la comunión carnal en explosiones sexuales embrutecedoras.

Para preservarse de estos peligros, los novios deben aferrarse a un ideal de vida elevado que espiritualizará su amor y su vida. Se trata de vivir conjuntamente, no con la sola perspectiva de una vida material compartida al ritmo de los placeres, sino en la comunión íntima de dos almas que se atraen, se llaman y se unen, expresando su unidad en ese lenguaje del cuerpo que adquiere entonces calidad humana.

Hablando de *ideal*, Alexis Carrel hacía notar que «*los hombres se engrandecen cuando están inspirados por un alto ideal, cuando contemplan amplios horizontes. El sacrificio de sí mismo no es difícil —añadía— cuando se siente uno enardecido por la pasión de una gran aventura*»⁶. Jamás este principio ha sido tan cierto como al aplicarlo al amor. El amor no puede engrandecerse más que impulsado por un alto ideal. Y no hay que buscar en otra parte la explicación de tantos fracasos sufridos por amores que parecían llamados a durar. Como el fuego que se apaga por falta de combustible, esos amores se han extinguido faltos de ideal.

Los novios que quieran ver su amor expandirse ampliamente y penetrar su vida entera, deben elegir un ideal elevado.

⁶ ALEXIS CARREL, *L'homme, cet inconnu*, Plon, Paris 1935, p. 347; traducción castellana, *La incógnita del hombre*, Iberia, Barcelona.

Sólo lo conseguirán si saben hacer santo ese ideal. Es decir, henchido del pensamiento de Dios. Porque el amor lo concede Dios como una gracia, a fin de que dos seres puedan encontrar en él su felicidad en la tierra y en el cielo. Un amor humano que quisiera apartarse de Dios no podría conseguir ni la una ni la otra. Se vería reducido a abortar neciamente, por haberse negado a permanecer ligado a su fuente. El amor, digámoslo sin ambages, implica siempre una crucifixión; y ningún hombre puede soportar esta crucifixión sin apoyarse en Dios.

Lejos de emanciparse del Señor, los novios deben acercarse más que nunca a Él, a fin de hallar luz y fuerza. Además, el noviazgo es un *catecumenado*. Y así como en otro tiempo se preparaba el catecúmeno para la recepción del bautismo invitándole a instruirse, a mortificarse, a orar, así también hay que invitar a los novios a que se preparen a recibir el sacramento del matrimonio. Los medios son los mismos.

Instruirse es cosa que conseguirán siguiendo, en especial, los *Cursos preparatorios para el matrimonio*, cuyo valor ha quedado demostrado hasta el punto de que casi se puede afirmar que son, en nuestros días, indispensables. Sobre ellos insistiremos más adelante ⁷. Digamos desde ahora que *todos los novios* deberían considerar como un deber asistir a estos Cursos de los que extraerán esclarecimientos inapreciables, gracias a los cuales su vida conyugal futura evitará muchos tropiezos. Nunca se insistirá bastante sobre esta necesidad. Y que no se pretenda no tener ya nada que aprender, pues semejante lenguaje sería la prueba más evidente de la propia ignorancia.

La mortificación. No faltarán ocasiones de practicarla en ese periodo del noviazgo en el que un amor todavía completamente nuevo amenazará constantemente con hacer estallar, bajo la presión espontánea de una ternura explosiva, los límites de la ley moral. Esta mortificación por sí sola será ya suficientemente grande para disponer a la pareja al enriquecimiento de la gracia de Dios.

Y, finalmente, la oración. Un proverbio rusa señala muy bien la urgencia de ésta: «Hay que rezar una vez antes de marchar a la guerra —dice—, dos veces antes de aventurarse en el mar, *tres veces antes de casarse*». Detrás de este refrán se oculta una gran verdad: la de que la empresa más importante de un hombre es su matrimonio. Por eso, en el momento de comprometerse, hay que acudir a Dios rogándole con insistencia que bendiga ese amor naciente a fin de que pueda, con la gracia, hallar su camino hasta la eternidad. Los novios que saben rezar así a Dios demuestran con ello el alto valor de su mutuo afecto. Además, es Dios también quien origina la inmensa confianza que deben alimentar los novios. Éstos tienen que ser optimistas. No con un optimismo infantil que ignora los obstáculos, sino con un optimismo viril que sabe verlos pero que conserva la ferviente esperanza de superarlos.

No hemos vacilado en mostrar la gravedad de esta empresa tan decisiva que es el matrimonio. No hemos vacilado tampoco en hacer resaltar los errores posibles, no hemos querido desanimar a nadie. Hemos visto tantos jóvenes afanarse enérgicamente para alcanzar la felicidad y conseguirlo, que no tendríamos perdón si con nuestras palabras desanimásemos a quienquiera que sea.

Poseyendo las condiciones básicas e indispensables, hay que atacar valientemente las dificultades con la certeza de que un amor constante acabará por vencerlas.

⁷ Ver el capítulo IX.

Y si alguien sintiera la tentación de dar marcha atrás simplemente porque se descubren en la pareja ciertas imperfecciones, repítase la frase pintoresca, pero llena de buen sentido, atribuida a Disraeli: *«¡Que Dios proteja al hombre que se niega a casarse hasta que no haya encontrado la mujer perfecta... y que Dios le ayude mucho más todavía cuando la haya encontrado!»*.

II Tu novio

En las consideraciones precedentes, afirmábamos que no basta el amor para casarse, sino que es preciso que haya compatibilidad entre los contrayentes. Ahora bien, esto promueve, además de los problemas particulares que acaban de ser abordados, el problema general de la diferencia psicológica de los dos sexos. Con frecuencia el fracaso proviene, no de una incompatibilidad entre los novios, sino simplemente del hecho de que ignoran recíprocamente la fisonomía psicológica del sexo opuesto.

Por eso en los dos capítulos siguientes trataremos, por una parte, de las características propias del joven, y por otra de las que son patrimonio de la muchacha, con el fin de poner remedio al mal tan frecuente de la incomprensión.

1. Un mal corriente: la incomprensión

Muchos novios se tratan durante meses o años, alimentan promesas de felicidad y colman su alma de espléndidas esperanzas. Se aman, y ante la vida que se abre a su amor, les parece imposible no alcanzar la cima de la felicidad. Tal es, poco más o menos para todos los novios, el clima espiritual en que evolucionan durante el tiempo, tan fácilmente eufórico, del noviazgo.

En suma, porque se aman mucho y se conocen... *un poco*, se juzgan irrevocablemente destinados a la felicidad conyugal, y consideran imposible el fracaso. Y sin embargo, no es raro ver, poco después del matrimonio, que el entusiasmo cede y se extingue, las esperanzas se vienen abajo una tras otra, y los sueños de felicidad se deshacen en humo. Una cólera sorda, alimentada por el despecho que causa la incomprensión, enfrenta a los jóvenes esposos que acaban apenas de jurarse un amor sin fin.

¿Qué ha sucedido? ¿Se han engañado respecto a su amor? Quizá no ¿Se han fingido la comedia de la ternura? Tampoco. ¿Han cedido sólo al atractivo de las promesas de goces sexuales? No necesariamente. Si se han amado y se siguen amando realmente, ¿cómo explicar esta tensión entre ellos dos, que los lanza al uno contra el otro, con el riesgo de destruirlos para siempre? *Por la incomprensión*. Esta basta para ahogar los amores más recios; por muy profundo que sea el amor, no podrá resistir las tempestades que originará la incomprensión.

Con frecuencia, ésta hace su aparición desde los primeros meses de vida común; surge traidoramente, se infiltra, se desliza, se sitúa entre los dos. Una vez instalada en el seno de la pareja, encuentra fácilmente todo cuanto necesita para crecer con rapidez, sustentándose

con los menores hechos y con las actitudes más sencillas. Muy pronto, extiende a toda la vida conyugal sus tentaciones de odio, y deshace, en poco tiempo, las esperanzas más bellas. Los cónyuges se encuentran uno ante otro, erizados de reproches, armados de protestas, unas veces agresivamente silenciosos, otras violentamente locuaces, siempre fácilmente irritables y casi constantemente irritados. Es el drama de la incomprensión el que se presenta y no en un escenario donde se le vería explayar sin consecuencias, sino en un hogar al que amenaza con arrasar si no se pone remedio a tal situación.

Desde el principio, la vida en común va a plantear este problema de la comprensión mutua. Convivir con su pareja es mucho más difícil de lo que parece. Todo el mundo proclama, y es cierto, que es preciso armarse de una generosidad a largo plazo y mantenerse tenazmente aferrado a ella. De este modo se realizan los sacrificios requeridos para que perdure la armonía en el hogar.

Hay que decir, sin embargo, que si ése es un aspecto muy importante, hay otro que no se debe descuidar, porque sin él, la mayor generosidad sería inútil: y es saber aplicar la inteligencia para captar la psicología del cónyuge. En suma, podría decirse que la comprensión recíproca, preludio de la felicidad, es, ante todo, una cuestión de inteligencia.

Y no decimos *solamente*, sino *ante todo*. El hombre y la mujer que se han unido para formar un hogar deben intentar conocerse profundamente, sin ello el amor no podría vivir. El buen sentido confirma el axioma aristotélico según el cual «el amor sigue al conocimiento». No puede amarse nada que no haya sido antes conocido y nada podría ser amado más que en la medida en que sea conocido. Nada ni nadie. Por consiguiente, esto quiere decir que el amor es obra tanto de la inteligencia como del corazón. Ahora bien, la actividad propia de la inteligencia es conocer, como la de la voluntad es querer, o la del ojo es ver. Por tanto, habrá que recordar a los novios que deben aplicar su inteligencia a observar, a descubrir, a conocer la pareja y no con un conocimiento superficial o aproximado, como sucede con frecuencia, sino con un conocimiento profundo y bien asentado. De este modo, uniéndose más allá de las apariencias, a menudo muy falaces, cultivarán el acuerdo necesario para la eclosión del amor. ¿De qué serviría amarse si no se consiguiera vivir en armonía? ¿Cómo vivir en armonía si no se llega a un conocimiento verdadero del compañero o de la compañera de vida?

¡Cuántas parejas han encontrado el sufrimiento en pleno amor por no haber comprendido eso! Ciertamente, el amor es espontáneo; lo cual no le dispensa de ser inteligente. En el momento de entregarse no calcula, pero, para que dure, es preciso eliminar la multitud de pantallas más o menos impenetrables que toda personalidad implica. Las personas son tan diferentes las unas de las otras, que en todo momento pueden los esposos convertirse en extraños, aunque los gestos exteriores de una vida rutinaria continúen simulando intimidad. Al principio se aman, sin lugar a duda; pero si quieren seguir así y hacer que se acrezca su amor, tendrán que ahondar su intimidad y penetrar el uno en el otro hasta el punto quizá de conocer al cónyuge mejor que a sí mismo. El precio del amor —por tanto, el de la felicidad— no puede ser más que ése.

Desde los primeros meses, desde las primeras semanas incluso, cuando se adopta el ritmo un poco gris de lo cotidiano, ese tejido de gestos repetidos, de actitudes reiteradas y de palabras ya dichas, surgirán inmediatamente los primeros conflictos. Interiores, al comienzo, rechazados muy al fondo de uno mismo por la certeza de que es imposible amarse y no

comprenderse. Luego, al cabo de cierto tiempo, así como la lluvia acaba por filtrarse a través de la techumbre que ha empapado va, así también las primeras disputas se abrirán camino poco a poco. La amargura se deslizará entonces entre los esposos, si no saben vencerla con un inteligente esfuerzo de comprensión. Ante todo, y por extraño que esto pueda parecer, no hay que perder de vista que la pareja pertenece a dos mundos distintos, es decir, que son hombre y mujer.

2. Orientaciones divergentes

El hombre y la mujer son tan diferentes psicológicamente, que pueden llegar —si se descuidan— a chocar con violencia y quedar profundamente heridos. Su lenguaje es distinto, así como su manera de pensar y de sentir; sus reacciones ante un mismo suceso pueden ser diametralmente opuestas; su concepto del amor, de la felicidad, de la vida son hasta tal punto divergentes que pueden no coincidir jamás. Es lo que ha hecho escribir a Montherlant esta dura frase: «*El hombre y la mujer están el uno delante del otro, y la sociedad les dice: ¿No le comprendes a él en absoluto? ¿No la comprendes a ella en absoluto? Pues ¡comprendeos, pese a todo! ¡Hala, a ver cómo salís del apuro!*»¹.

Ante el hecho innegable de una incomprensión, por desgracia harto difundida, no hay, sin embargo, que aceptar ese prejuicio desilusionado: «¡Hala, a ver cómo salís del apuro!» ¡No! «¡Hala y comprendeos!». ¡Sí! Porque sólo ese esfuerzo de comprensión, *paciente y perseverante*, puede salvar el amor. Sin él, es imposible que sobreviva; por él, se hará en cambio cada vez más profundo, cada vez más sólido, y podrá inscribirse en la existencia de los esposos como la piedra angular de su felicidad.

La comprensión mutua es el primer paso que puede darse en el camino de la felicidad. Para convivir, la comprensión es tan importante como el amor. Quizá incluso podría decirse que la comprensión es todavía *más importante* que el amor. Porque el amor sin la comprensión no puede hacer a un hombre y una mujer soportables el uno para el otro, mientras que la comprensión recíproca les permite, cuando menos, soportarse y normalmente engendrará el amor. Sea como quiera, hay una cosa innegable: y es que todos los que se aman deben tener empeño en comprenderse cada vez mejor, bajo pena de ver extinguirse su amor. La experiencia de tantas parejas desilusionadas nos coloca a diario esta realidad ante la vista.

Pero no puede haber comprensión si no se recuerda siempre la enorme diferencia psicológica que separa al hombre de la mujer. Hay que insistir sobre esta evidencia, porque sucede a menudo que en los conflictos que surgen en el curso de la vida conyugal, se pierde de vista esta verdad. Habrá, pues, que realizar un esfuerzo de comprensión en los períodos de dificultades, para no combatir estúpidamente el uno contra el otro, cuando bastaría un poco de diplomacia para que las aguas volvieran a su cauce. No hay que olvidar que «*así como los cuerpos masculino y femenino son diferentes... así también las almas masculina y femenina son distintas por su manera de considerar las cosas y de vivirlas*»².

¹ H. DE MONTHERLANT, *Les jeunes filles*, Grasset, París 1945, p. 130.

² Dr. NORMAN, *S'aimer corps et âme*, Casterman, Tournai 1959, p. 143.

3. Rasgos característicos de la psicología masculina

Para ayudar a la futura esposa a adaptarse mejor a su marido, intentaremos trazar ahora un esbozo general de la psicología masculina. Porque para llegar a comprender al marido, que es un hombre muy concreto, una persona con características propias, es preciso, ante todo, que la joven esposa conozca al hombre y sus rasgos particulares. Pedro, Juan, Santiago, por diferentes que sean, coinciden sin embargo en una orientación común a todos los individuos de su sexo. La joven que sepa recordar estas líneas fundamentales de la psicología masculina conseguirá mucho más fácilmente comprender a su marido.

Ciertamente, estas inclinaciones generales de que se hablará aquí, no se encuentran en estado puro. Habrá que recordar el hecho de que *«en el terreno psicológico, nada está claramente definido, como lo está en el terreno físico... Todo está lleno de matices. Es preciso por tanto guardarse del error de atribuir todas las características de la psicología masculina a un hombre determinado»*¹. En efecto, no será raro encontrar un hombre que presente ciertas cualidades, ciertas particularidades de carácter, generalmente propias del alma femenina; pero éste será un hecho accidental que no modificará por tanto el conjunto de la personalidad.

Podría decirse que hay unas constantes psicológicas que estructuran el alma masculina. Estas constantes son las que la esposa debe tener presentes en su espíritu, para juzgar a su marido con entero conocimiento, sin dirigirle acusaciones que serían profundamente injustas porque se habrían proferido sin tener en cuenta la naturaleza particular del hombre.

Por no haber comprendido esto es por lo que tantas mujeres han juzgado definitivamente al hombre, clasificándole de una vez para siempre en la categoría de los egoístas monstruosos. Cuando una mujer, llegada a su punto de saturación, incomprendida, pero quizá también incomprensiva, deja estallar su amargura y condensa en un juicio implacable su irritación, emplea casi siempre el término *egoísta*, cargado de desprecio, para acusar a su esposo

¿Qué ha ocurrido? ¿Qué es lo que ha llevado a la delicada novia de ayer a esta exasperación que la hace ser injusta, y a veces mala, con respecto al hombre a quien, sin embargo, ama todavía, aunque afirme lo contrario? Lo que ocurre es que ha olvidado que se encontraba ante un ser muy diferente de ella misma; lo ha juzgado aplicándole un criterio válido para su propia psicología, sin comprender que, de este modo, falseaba todos los datos del problema. Y así es como, con la mejor voluntad del mundo, se crea una situación que acaba pronto por ser insostenible.

Por tanto, para evitar semejante error, es preciso que la joven tenga siempre presentes en su espíritu las grandes líneas de la fisonomía psicológica del hombre, tal como vamos a intentar trazarlas aquí².

¹ Ibíd.

² El cuadro siguiente no tiene ninguna pretensión erudita. No se trata aquí de establecer un trazado psicológico con arreglo a un método o a una escuela particular. No recogemos más que los elementos más generales de la psicología masculina, tales como los revela una simple observación basada tan sólo en el sentido común.

El papel providencial del hombre: responsable del hogar

Para comprender al hombre, y la manera como Dios le ha creado, para captar el sentido de las riquezas que posee y de las miserias que las acompañan, es preciso recordar el papel providencial que le corresponde en el seno del hogar. Porque todo aquello con que ha sido dotado se explica a la luz de ese papel.

Ahora bien, la función esencial del hombre en el seno del hogar es ser el *jefe*. Sobre la voluntad providencial a este respecto san Pablo ha escrito palabras que no dejan lugar alguno a interpretaciones lenitivas. La epístola a los Efesios que se lee a los esposos en el momento de contraer matrimonio, no se presta a la menor confusión. El texto es, en efecto, perfectamente claro: «*Que las mujeres sean sumisas a sus maridos como al Señor: en efecto, el marido es cabeza de su mujer, como Cristo lo es de la Iglesia, El, el Salvador del cuerpo; ahora bien, la Iglesia se somete a Cristo; las mujeres deben, pues, y de la misma manera, someterse en todo a sus maridos*»¹.

Que no se alborote nadie, y que la mujer no crea que se encuentra, por ello, disminuida o reducida a esclavitud. En modo alguno, puesto que se someterá por amor, y por otra parte, esta sumisión corresponde a indudables y grandes obligaciones por parte del esposo. Porque la primacía de éste la explica en seguida san Pablo, a la luz de Cristo: «*Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia: por ella se entregó...*»².

Por tanto, esto significa que el hombre es jefe del hogar, es decir, que es el *responsable* del mismo. Es responsable de su esposa, así como de sus hijos. Además, la dependencia material en la cual se hallan la esposa y los hijos respecto a él ilustra con suficiente claridad la magnitud de esta responsabilidad que se extiende también al terreno espiritual.

Para mostrar el enraizamiento profundo de tal estado de cosas y para subrayar hasta qué punto esta opinión es objetiva e independiente de toda inclinación inconsciente que tendiera a favorecer un sexo en detrimento del otro, permítasenos recordar el comentario que hacía una mujer contemporánea, filósofa célebre, Edith Stein: «*Al pedir la sumisión de la mujer al hombre —dice ella—, la Escritura no exige nada arbitrario, opuesto a la lógica de las cosas. Ese mandamiento bíblico es, por el, contrario, la expresión de la metafísica de los sexos. Si se compara la pareja a un árbol, el hombre estará figurado por las ramas y las hojas, y la mujer por las raíces. La raíz oculta da la vida a las ramas más altas, en tanto que todo el ramaje bañado de sol esta en relación con las raíces más profundas, raíces que colman de fuerza las ramas; y el desarrollo de las ramas regula el de las raíces*».

A esto deben añadirse el siguiente comentario, que cada mujer debería asimilar a fin de alcanzar su expansión femenina total: No es degradante para la mujer el estar consagrada a la obediencia, porque esto va de acuerdo con su propia naturaleza. «*Obediente, siempre he sentido el alma maravillosamente libre*», dice la Ifigenia de Goethe, citada por Edith Stein. ¿Y cómo no recordar este rasgo que marca tan justamente la dignidad de la esposa? A su marido, que se hallaba encarcelado en Venecia, la condesa Apolonia von Frangipani enviaba

¹ Ef. 5, 21-24.

² *Ibíd.*, 25.

en prenda de fidelidad un anillo de oro que llevaba grabadas estas palabras: «*Tuya, por mi voluntad*»¹.

Esto debe bastar para tranquilizar a la mujer sobre el respeto a que su persona tiene derecho, y para afirmar que la mención del papel de cabeza que el hombre debe asumir para responder a su misión providencial, no causa el menor perjuicio a la igualdad absoluta de derechos que se deriva del matrimonio.

Recordemos simplemente que la psicología del hombre debe estudiarse a través de esta orientación inicial. Porque Dios hubiera podido hacer al hombre de otra manera y darle una estructura interior diferente de la que está dotado en el estado actual de cosas. Si Él ha querido que el hombre esté forjado tal como se le ve, era para responder a las necesidades que imponían al esposo las cargas que estaba llamado a llevar. Esposo y padre, él debe ser la providencia de los suyos. Es decir, debe ante todo velar por su bienestar y asegurarles su subsistencia.

Su primer atributo: la fuerza

Por eso entra en la lógica de las cosas el que tenga mayor robustez que la mujer. El cuerpo del hombre se caracteriza, en efecto, por una fuerza claramente superior a la que posee su esposa. Por su misión debe realizar trabajos exteriores, que exigen de él con frecuencia una musculatura vigorosa, un potencial físico recio, una resistencia tenaz. Debe ganar el pan de los suyos «*con el sudor de su frente*»; e igualmente debe estabilizar su seguridad, porque él es no sólo su proveedor sino también su protector. En él buscará apoyo la mujer, cuando la amenace algún peligro. Gracias a esa robustez indispensable, la salud del hombre estará menos sometida a las fluctuaciones que hipotecan con frecuencia la de la mujer. Será menos vulnerable que ella y no conocerá esas pequeñas dolencias que la torturan a menudo y hacen penosos sus días. De igual modo, su humor será más estable, estará menos sujeto que ella a esos cambios súbitos que hacen pasar *de repente* a una persona de la alegría a la tristeza, de la calma a la impaciencia, de la serenidad a la acritud. En suma, el universo físico en que él se mueve está mucho menos expuesto a variaciones que el de la mujer.

En el plano psicológico, esto puede provocar una actitud general lindante con una especie de *placidez*. Mostrará, con frecuencia, una calma desarmante y sentirá la tentación de acusar a su compañera de excesiva tensión, de alterarse por cualquier motivo; por consiguiente, le devolverá la calma que ella no podría conseguir a causa de su fragilidad nerviosa, y puede suceder entonces que la mujer se exaspere e interprete la serenidad del hombre como indiferencia ante los acontecimientos. Sentirá entonces la tentación de acusarle de frialdad, de insensibilidad, y hasta tal vez... de brutalidad. Además, el comportamiento violento que el hombre adopta a veces inconscientemente, sobre todo en la unión carnal, no conduce más que a fortalecer ese juicio.

Sin duda alguna, puede ocurrir —y ocurre a menudo— que ese juicio sea, por desgracia, justificado. En este caso la mujer debe ayudar al hombre a adaptarse a ella, enseñándole a dominar su violencia y su fuerza para someterle a las exigencias de la delicadeza y de cierto

¹ Este resumen del pensamiento de Edith Stein está substancialmente tomado de J. M. OESTERREICHER, *Sept philosophes juifs devant le Christ* (traducción de M. J. Béraud-Villars), Éd. du Cerf, París 1955, p. 517. Sobre este tema, véanse las observaciones, tan sensatas, de esta especialista del alma femenina que es GINA LOMBROSO, *La femme aux prises avec la vie* (traducción François Le Héneff), Payot, París 1926, p. 131 ss.

refinamiento. Sin embargo, la mujer debe guardarse de acusarle con excesiva precipitación de brutalidad o de grosería malévola. Una explosión de violencia en el hombre —ya sea de orden sexual o de otro género— puede no ser más que la manifestación de una vida física demasiado intensa, o si se quiere, de una exaltación repentina.

En este orden de ideas, conviene subrayar que la práctica del deporte puede ser una necesidad para salvaguardar el equilibrio nervioso de un hombre que por su clase de trabajo no puede desplegar la suficiente energía física. El alto voltaje de energía que contiene el cuerpo masculino debe tener un escape, llegada la ocasión; por haber desconocido este imperativo biológico, algunas esposas han llevado a su marido a una irritabilidad constante y a trastornos nerviosos profundos.

Por tanto, es preciso que la mujer tenga en cuenta esta sobrecarga de vitalidad que posee todo hombre de buena salud y así podrá explicarse ciertas erupciones que no dejan de ser sorprendentes.

Esto explica también, al menos en parte, la necesidad de acción que sienten ciertos hombres, cuando multiplican las obligaciones exteriores. Ante esta sed de actividad, la esposa no siempre debe concluir que se trata de una necesidad de evasión. Como observa P. Dufoyer, debe comprender esa necesidad de acción *«y no ponerle obstáculos, salvo en caso de exceso notorio. Respetará ella la personalidad de su cónyuge. Comprenderá que la expansión de él, la felicidad de él están, en gran parte, ligadas a esa actividad; debe, pues, aceptarla»*¹.

De igual modo, deberá recordar que, a consecuencia de la estabilidad de salud de que goza el hombre, éste puede —casi siempre sin maldad alguna— no comprender las dolencias, las indisposiciones, las debilidades de las que puede ella quejarse. Ante estas incomprendiones eventuales de un marido cuya buena salud contrasta con la fragilidad de su esposa, ésta debe desconfiar de un juicio que lo achacaría todo a la brutalidad. El que goza de buena salud no siempre comprende los cuidados meticulosos de que se rodea un enfermo; de igual modo el hombre robusto no siempre puede comprender las atenciones que puede necesitar la fragilidad femenina. En este caso, no hay que acusarle de mala voluntad; esto no serviría más que para irritarle sin mejorar en nada la situación.

Debe más bien intentar explicarse sosteniendo la idea, y recordándose lo si fuese necesario, de que su fuerza le ha sido dada para amparar la debilidad de la mujer, y no para aplastarla.

Estructura característica del mundo interior masculino

Por distintos que sean los cónyuges en el plano que acabarnos de explicar, estas diferencias son, sin embargo, pequeñas comparadas con las propiamente interiores y psicológicas. La misma inteligencia es tan profundamente distinta en el uno y en la otra, que no debe causar asombro que choquen de vez en cuando.

A la mujer, intuitiva, directa, cordial, le cuesta trabajo orientarse ante el razonamiento frío, gradual, riguroso del hombre. Este deduce, encadena, forja una argumentación, distingue, y no acaba de llegar nunca a la conclusión. Durante ese tiempo, la mujer ha podido ver

¹ P. DUFOYER, *L'intimité conjugale (Le livre de la jeune épouse)*, Castermann, París 1951, p. 423.

diez veces la verdad en cuestión y tiene además tiempo de exasperarse ante la lentitud de un razonamiento cuyo verdadero valor no siempre percibe.

Además, las más de las veces, el hombre elimina un montón de detalles para llegar al nudo de una cuestión o de un problema. Para él, las consideraciones que pueden desorientar a la mujer, tienen poca importancia cuando no influyen sobre el conjunto. Cuántas veces, ante esa falta de atención, la esposa se indigna insistiendo en unos detalles a los que el espíritu del marido no se digna siquiera conceder una observación. ¿Deberá ella declararle, en tal caso, desprovisto de *agudeza*? En modo alguno. Él se fija simplemente en lo esencial y se preocupa más de la síntesis que del análisis. Esto es lo que constituye la fuerza de sus posiciones. Sin dejarse acuciar por bagatelas o por consideraciones secundarias, se sitúa en el centro del problema y allí elabora, con arreglo a una lógica rigurosa, los juicios oportunos.

Estos juicios serán, evidentemente, más laboriosos de forjar, más lentos en dibujarse que en la mujer cuya rápida intuición le permite quemar etapas. Pero, en general, serán más seguros porque han sido elaborados teniendo en cuenta lo esencial y formulados con más serenidad. Porque así como la sensibilidad de la mujer influye en la intuición y en el juicio que de ésta emana, la sensibilidad del hombre, por el contrario, no interviene en el proceso del conocimiento.

La seguridad del juicio masculino podrá parecer, a veces, terquedad. Y es probable que lo sea. Pero antes de hacer este diagnóstico, la mujer debe procurar comprender, por un lado, que el punto de partida de su marido es diferente del suyo y, por otro, que el proceso subsiguiente es también completamente distinto. De este modo adquirirá confianza en el punto de vista masculino, o cuando, menos, ajustará sus intuiciones, con frecuencia vacilantes y apriorísticas, a las conclusiones más libres y más firmes de su esposo. Al mismo tiempo en contacto con el espíritu masculino podrá adquirir una óptica objetiva y dar a los detalles sus proporciones exactas sin convertirlos en gigantes cuando en realidad son enanos.

Hemos indicado de pasada, pero sin insistir en ello, el hecho de que numerosos detalles que toman para la mujer proporciones de extraordinaria importancia, son, sin embargo, considerados por el hombre como bagatelas. Insistir en este tema es necesario, porque constituye una fuente de abundantes conflictos. En efecto ¿no sucede con harta frecuencia que, por ambas partes, se exageran las tendencias peculiares de cada uno? La mujer se hace entonces meticulosa, se inquieta por cualquier cosa; el hombre se vuelve indiferente, inatento, olvidadizo.

Para evitar esos constantes choques será preciso que ambos cónyuges comprendan que tal orientación brota del fondo de su ser. La joven debe recordar que el *hombre*, no sólo su marido, sino todo hombre, si no se ha corregido, es ciego para las «pequeñas cosas». Afanoso de cumplir adecuadamente su deber de proveedor, acuciado por mil preocupaciones inherentes a su trabajo, puede parecer poco atento en ciertos momentos. Se le escapan muchas cosas: el vestido nuevo que ella se ha puesto para agradarle, el peinado modificado conforme a los deseos de él (tal vez ni siquiera recuerda ya haberlos indicado), los platos que él prefiere preparados en prueba de que no vive más que para él, y... hasta los aniversarios cuyo culto debería él mantener.

Ante la actitud de un marido que no se da cuenta de esos detalles, ¿va, por ello, a inferir la esposa que carece él de galantería, que muestra desapego hacia ella, que es indiferente a su persona? Sería un error llegar a esta conclusión y amargarse la vida a causa de ello. En

este caso, la mujer ha de recordar que ello se debe simplemente a que el hombre es mucho más «disipado» que ella. La esposa que no se mueve de su hogar durante todo el día está en cierto modo *concentrada* sobre los seres que animan ese hogar: cualquier cosa se los recuerda; desde los pañuelos que está doblando, hasta las comidas que debe preparar. En el hombre no sucede así. Forzosamente, por sus propias obligaciones, está *dispersado*; dividido entre su hogar y el mundo exterior en el que se abisma cada día desde por la mañana, cruzándose con innumerables individuos, preocupado por los distintos problemas que encuentra forzosamente en su camino, y que arrastran su pensamiento muy lejos de su esposa, acaba del modo más natural del mundo por no prestar atención a unos detalles. Estos tienen quizá cierta importancia, pero no por ello dejan de escapársele. No porque él no ame ya, no porque sea indiferente, sino porque se acumulan en su espíritu demasiados elementos dispares. Seguramente, no es por mala voluntad, ni porque se entibie su amor, por lo que se muestra él a veces poco atento. La esposa, en lugar de irritarse ante semejante estado de cosas y de hacer resaltar la menor inatención, el menor olvido, para recriminar después con aspereza al marido, que se esfuerce más bien en ayudarle a percibir, poco a poco, los detalles de la vida que pueden hacer la unión conyugal más grata. Hay que enseñarle desde el principio que las pequeñas cosas tienen su valor, y que con frecuencia su lenguaje conmueve más hondamente el alma que las palabras más sonoras. Una rosa, por sí sola, puede valer más a ciertas horas que los macizos más floridos. La mujer debe enseñar esto a su marido, con mucha paciencia y admitiendo que él necesita cierto tiempo para penetrarse de ello. No debe esperar que el hombre lo consiga solo; debe orientarle. Sentirá tanta alegría haciéndolo, y él también, que merece la pena de hacerle descubrir esta riqueza que desconoce: el gran valor de las «pequeñas cosas».

Sensibilidad masculina

Aludíamos hace un instante a la sensibilidad del hombre. En ningún punto difiere quizá más radicalmente de su compañera. Ésta se halla dotada de una sensibilidad que el menor acontecimiento, la menor palabra, hacen vibrar. Es como una hoja que el menor soplo la arranca.

Pues bien, junto a su mujer, el hombre no se siente completamente desprovisto de sensibilidad, sino menos sensible que ella. Su corazón, podría decirse, sigue el ritmo de su razón, mientras que en la mujer es más bien ella quien se adapta al ritmo del corazón. Por tanto, el hombre controla más sus reacciones, que son menos profundas que las de su esposa. Algunas veces, tendrá la impresión de que su marido se ha vuelto insensible, que es glacial, y quizás que carece de corazón. Y no hay nada de eso, sin embargo. Él también siente pena y alegría. Pero tiene mayor facilidad para no dejarse arrastrar por ellas. E incluso cuando experimenta una alegría o una pena realmente profundas se muestra a menudo incapaz de manifestarlo exteriormente. Sin querer, sus sentimientos se reabsorben, por decirlo así, en él; y no puede traducir su alma más que con mucha dificultad. No hay que interpretar su mutismo, como indiferencia; aunque no repita mañana y noche «te amo», no se le crea desdeñoso; no se le considere hastiado porque no sea exuberante. Su sensibilidad recuerda el agua que corre por las profundas gargantas de los fiordos noruegos: el ruido de una piedra que cae no se oye, pero el remolino se produce allí lo mismo que en el arroyo que corre por la superficie de la tierra. Por eso la pena del hombre, cuando estalla, es tan tras-

tornadora. Pero no estalla a menudo, como tampoco la alegría. Ante esta insensibilidad que no puede explicarse, la mujer se encuentra desconcertada e inquieta.

En realidad, la mujer puede intentar activar esa sensibilidad para crear un clima más ligero. Pero que se consuele si sus esfuerzos no dan frutos muy abundantes, pensando que, gracias a la calma y a la mesura de la sensibilidad masculina, el hogar encuentra con frecuencia el equilibrio y conserva la paz. Si ambos, marido y mujer, tuvieran la misma sensibilidad, podrían chocar de una manera bastante dolorosa, con el riesgo de que se produjeran profundas heridas.

La mujer es fácilmente hiperemotiva. Todo se convierte para ella en alegría o pena o en ambas cosas a la vez. Por su parte, el marido a menudo no es emotivo, y presencia los acontecimientos sin alterarse. Es evidente que de este hecho pueden nacer conflictos. Según la observación de Jean Marie de Buck, *«sin llegar a decir que el conflicto sea fatal, es probable que a la larga, el acuerdo resulte, cuando menos, difícil»*¹. En realidad, no es raro ver surgir los conflictos conyugales, a causa de esta disparidad entre la sensibilidad femenina y la sensibilidad masculina.

El hombre debe hacer un esfuerzo para adaptarse a la sensibilidad de su esposa, pero ésta, por su parte, cuidará de no exigir de él que se muestre siempre tan hondamente conmovido como ella. La esposa se aplicará sobre todo a hacerle comulgar en el tesoro de alegrías que su sensibilidad femenina le proporciona. Con una agudeza notable, Gina Lombroso recordaba a la mujer cómo, a través del juego tan delicado de su sensibilidad, puede ella transformar el universo de su esposo. Porque su capacidad de alegría es tan profunda como su capacidad de sufrimiento. El hombre espera de ella que le haga compartir ese don que no posee, que siembre en él la alegría. *«El hombre cansado de la vida exterior, monótona, racional, fatigado del continuo esfuerzo defensivo y ofensivo que la razón le aconseja para mantenerse en equilibrio, bebe con avidez esta alegría pura que la mujer respira. Quiere que ella se la exprese, hasta cuando está triste, que vuelque sobre él el arco iris coloreado con las ilusiones cuyo secreto conoce ella sola. Desea verla alegre incluso cuando esta alegría es ficticia; quiere participar, aunque sólo sea por sugestión, de ese bien, y perdona a la mujer muchas cosas... si sabe ella estar alegre e infundirle esta alegría»*².

En la calma ponderada del alma masculina, la sensibilidad femenina encontrará una protección contra el atosigamiento demasiado vivo del sufrimiento; pero el hombre, por su parte, encontrará en la sensibilidad femenina toda la alegría que su alma necesita, pero que no puede conseguir por sí misma. ¡Qué enriquecimiento para un hombre poder apoyarse de este modo en la sensibilidad de su mujer para salir de sí mismo, de su monotonía congénita, de su apatía crónica, sumiéndose en una alegría plena! Pero es preciso que la esposa le permita alcanzar esa riqueza, no replegándose sobre una sensibilidad entregada a la sola tristeza. Ante el hombre, por quien ella habrá aprendido a dominar sus sentimientos, la mujer no debe renunciar a su propia sensibilidad. ¡Todo lo contrario! Pero tampoco debe exigir del hombre que renuncie a ser lo que es para realzar en él una sensibilidad que no le sienta bien. *«El campo afectivo es el reino de la mujer —escribió una esposa perspicaz—. A condición de que descubra ella por el hombre que ese dominio no es el único que hace progresar la humanidad, le enseñará que es necesario para su enriquecimiento total y que despreciándole*

¹ J. M. DE BUCK, *Erreurs sur la personne*, Desclée de Brouwer, Brujas 1951, p. 215.

² GINA LOMBROSO, *La femme aux prises avec la vie*, Payot, París 1927, p. 157-158.

se disminuye a sí mismo y no realiza todo lo que ella y los demás esperaban de él. La mujer debe introducir al hombre en el universo sentimental no para suprimir el universo de él, sino para aportarle una dimensión suplementaria que el hombre difícilmente podría imaginar»¹.

Ésta es, por tanto, la actitud, muy matizada pero también muy inteligente, que debe adoptar la mujer, a fin de acordar su sensibilidad a la de su esposo.

Imaginación masculina

Lo que acabamos de decir a propósito de la sensibilidad podría casi repetirse al hablar de la imaginación. Mientras que en la mujer corre con un ritmo desenfrenado, alimentándose del menor detalle, aumentando los indicios, creando situaciones, embelleciendo cosas ya bellas y acentuando las cosas ya negras, en el hombre funciona más lentamente. La imaginación de éste no está, o apenas está, despierta. Sólo se pondrá en acción bajo el efecto de un violento choque y volverá a recaer en seguida en su apatía natural. De la imaginación masculina podría decirse que es la más perezosa de las potencias de que dispone el hombre. Cualesquiera que sean los acontecimientos no sale prácticamente de su somnolencia habitual, lo cual explica además, por una parte, la imposibilidad en que se encuentra apresado el hombre cuando quiere traducir sus sentimientos. Mientras que la imaginación femenina sabe entonces inventar mil y una maneras de repetir la misma cosa, de rehacer el mismo gesto, la del hombre se busca. Por eso éste puede llegar a ser fácilmente esclavo de la costumbre. Su material de expresión es limitado; ayudado por la rutina, reduce pronto sus modos de comunicación a unas pocas maneras de hablar que son, más o menos, invariables. Para expresar su amor, no dispone más que de la palabra «amar», ante la gran desesperación de su esposa... y para su propio fastidio. El inconveniente de semejante estado de cosas es que la vida junto al esposo, puede llegar a parecer gris. La mujer, siempre en disposición de renovarse, sentirá la tentación de rebelarse contra la monotonía que hace que todo sea siempre idéntico. Con su imaginación, ansía ritmos nuevos, y la defrauda ver que su esposo es incapaz de redescubrir el amor.

Quizá esta falta de imaginación del cabeza de familia puede parecer un inconveniente desagradable; pero en realidad es una gran ventaja. Porque domina esta peligrosa potencia interior, es por lo que el hombre se mantiene generalmente *realista*, ve las cosas tal como son, sin excesos, sin exageración. Esto le permite con frecuencia evitar el pánico ante situaciones difíciles, el miedo excesivo ante ciertos riesgos necesarios.

Porque es *responsable* de su hogar, el jefe de familia tiene que ser prudente; para ser prudente tiene que ser realista; y sólo será realista en la medida en que la imaginación intervenga con medida en los juicios que él emite.

Egoísmo masculino y autoritarismo femenino

Tal es la fisonomía del hombre llamado a compartir la vida de la mujer. Estos datos básicos dejan entrever cómo puede él fácilmente cobrar fama de egoísta ante su esposa. En efecto, por poco que ésta interprete los reflejos de su marido a través de su propia manera de hablar, de actuar, de sentir, de razonar, de imaginar, corre el riesgo de atribuir al hombre

¹ CLAIRE SOUVENANCE, *Construire un foyer (Le livre de la fiancée et la jeune épouse)*, Mappus, Le Puy 1950, p. 47.

un mutismo estúpido, cierta brusquedad, insensibilidad, terquedad y, finalmente, vulgaridad. Es lo que revela, en definitiva, la acusación de egoísmo generalizado, dirigida contra los hombres. ¿Quién no se da cuenta de que ese juicio es injusto? Permítasenos recurrir a un ejemplo que ilustra la falta de lógica de semejante veredicto. Si una gacela y un elefante caminan juntos ¿se pretenderá, para que la marcha resulte más agradable, que el elefante se transforme en un corzo ligero y grácil? Y si no lo hace, ¿se le acusará de ser un egoísta rematado que exige de un modo desconsiderado a la gacela que se convierta en paquidermo? Que ambos sigan siendo lo que son, esforzándose recíprocamente en adaptarse el uno al otro. Lo mismo sucede entre el hombre y la mujer.

Ciertamente, muchos hombres son egoístas y transforman las inclinaciones de su sexo en defectos bien caracterizados. Pero ésta es la consecuencia de la propia debilidad que, por otra parte, jugará a la mujer la misma mala partida. Por tanto debe saber ser indulgente y comprensiva para ser, a su vez, juzgada con indulgencia y comprensión.

Cometería un error si intentara forzar el juego y coger las palancas de mando del hogar. No es ésta su función ni está dotada psicológicamente para ello. Si ocurre así, es una *usurpación* que sólo puede provocar conflictos; y es evidente que semejante trastrueque va contra la naturaleza profunda del hombre, al que su estructura psicológica predispone para esa función. Puede haber excepciones, pero éstas son raras, y nos parece razonable el siguiente consejo, confirmado por la experiencia: «*Excepto ciertos casos muy raros en los que intereses primordiales y evidentes entren en juego, y en que la mujer o la esposa deba defender tenazmente sus derechos, ésta obrará sensatamente renunciando a discutir en el mismo tono, absteniéndose de querer dar prueba de fuerza o de imponerse al marido. En general, el hombre no acepta que su mujer le domine. Pero eso, semejante actitud provocará discusiones y violencias*»¹.

Por otra parte, al estudiar el alma femenina, veremos cómo la entrega que la mujer hace de sí al hombre a quien ama, al que hace donación de todo su ser, constituye para ella la única manera de desarrollar su personalidad y alcanzar así el ápice de la feminidad. La siguiente observación de Alexis Carrel es válida tanto en este punto preciso como para el comportamiento general de la mujer: ésta debe desarrollar sus aptitudes en la dirección de su propia naturaleza, sin intentar imitar al varón² o suplantarle.

En caso de que haya ocasión parada mujer de asir el timón, que lo haga discretamente, «femeninamente», es decir sin que lo parezca. Ganará siempre más manejando delicadamente la barca que remando intempestivamente. Incluso ante un marido demasiado autoritario, la mujer debe saber «navegar» así. Con habilidad, salvará la armonía general y creará el clima del hogar. Se dice a menudo: «*Una esposa diplomática y psicóloga tiene muchas probabilidades de triunfar, porque, en apariencia, cede ante su marido en todos los puntos, pero consiguen lo que desea, presentando la cosa como si viniera de él. Si en el momento elegido, sabe callar, o hablar, o sonreír, o tener un gesto sumiso o contrito, mimoso o frío, según los casos, muy pocos maridos serán capaces de resistirse, aun considerándose ellos los vencedores*»³.

¹ DUFOYER, o.c., p. 44.

² ALEXIS CARREL, *L'homme, cet inconnu*, Plon, Paris 1935, p. 104; traducción castellana, *La incógnita del hombre*, Iberia, Barcelona.

³ Dr. L. MASSION-VERNIORY, *Le Bonheur Conjugal*, t. II: *Ses obstacles*, Castermann, Tournai-Paris 1951, p. 118.

Esto se aplica al conjunto de la vida conyugal, pero conviene insistir en un punto en que ese arte se convierte en necesidad, es decir, siempre que se trata del comportamiento religioso del marido.

Comportamiento religioso del hombre e influencia de la esposa

Ciertamente, es lógico y completamente normal que la esposa se preocupe de la vida espiritual de su marido. Pero en esto, como en todo lo demás, no debe ella juzgarle a través de su propia imagen.

El fervor religioso del hombre es, con toda evidencia, mucho menos sensible, o si se prefiere, mucho menos perceptible que el de la mujer. ¿Quiere esto decir que sea menos profundo? No, necesariamente. La esposa debe, pues, abstenerse de hostigar a su esposo para llevarle a una práctica religiosa que se ajuste con la suya propia. No conseguiría más que importunarle, con el riesgo de despertar en él una resistencia obstinada. Si quiere que viva intensamente su fe debe ayudarle estimulándole cuando se abandona por negligencia, despertando discretamente su atención por medio de observaciones discretas y oportunas, pero no ejerza sobre él presión alguna. Esta sería la peor política. Y el hombre, hasta entonces lleno de buena voluntad, podría llegar a cerrarse herméticamente a toda influencia.

En este terreno más que en cualquier otro, la esposa debe desplegar todo el tacto de que disponga para suscitar en su esposo un despertar espiritual feliz. Si hay algo que no debe hacerse, es insistir inoportunamente, fuera de tiempo, porque no se conseguirá entonces más que cansar. El hombre es innegablemente orgulloso. Y su orgullo no se muestra nunca tan susceptible como en ese punto. Su religiosidad será, además, mucho más racional que sensible, cosa que no debe olvidar la mujer.

Ya la novia tiene excelente ocasión de poner su valor a prueba; la última temporada de relaciones implica, en efecto, dificultades morales mayores, debidas a un compromiso que es cada vez más completo. La novia que quiere que sus relaciones conserven cierta calidad debe, pues, lograr que su prometido comparta su ideal espiritual. Si lo hace con tacto, tiene todas las probabilidades de triunfar, provocando una reacción profunda y saludable. Pero sólo sucederá así si se abstiene de servirle un plato de insulseces que pronto le hartarían. El viejo refrán sigue siendo cierto: se atrapan muchas más moscas con miel que con vinagre. En un tema tan delicado, las recriminaciones amargas rara vez dan fruto. La energía conserva siempre su sitio; pero la torpeza jamás.

4. La comprensión, forma del amor

De todo cuanto hemos dicho hasta ahora, la mujer debe grabar en su mente que para amar mejor, necesita comprender mejor al hombre. Mañana, a su marido. Hoy, a su novio. Debe darse cuenta de que esta asimilación de la psicología masculina se impone ya desde el período del noviazgo. Este es, para la mujer, un aprendizaje de su oficio de esposa, y dicho aprendizaje adquiere tanta mayor importancia cuanto que facilitará la armonía en los primeros meses. Ahora bien, éstos son con frecuencia decisivos y comprometen todo el porvenir conyugal, cuyas probabilidades de éxito representan.

Este descubrimiento de la psicología del hombre no debe dejarse para más adelante. Debe realizarse seriamente ya desde el mismo momento del noviazgo para permitir a la joven conocer el porvenir que el matrimonio le reserva.

Sin duda, descubrirá ella, a la luz de los elementos que hemos subrayado, que el hombre tiene defectos nada fáciles de eliminar. La mujer perderá en ello algunas ilusiones ingenuas, pero ganará en realismo y conocerá la verdad de su amor. Porque un amor que no abarca un ser en su totalidad, incluyendo sus imperfecciones, es demasiado débil para conducir al matrimonio. Sería una locura adentrarse en él. Es preciso, por tanto, que ante las flaquezas del hombre al que ama, la novia procure comprenderle, repitiendo por su propia cuenta la frase de Péguy: «*Cuando se ama un ser, se le ama tal como es*»¹.

Este esfuerzo de comprensión fortalece el amor, y evita sorpresas desagradables en el matrimonio. Así, por arduo que sea, este esfuerzo de comprensión merece llevarse a cabo. Es difícil para el hombre comprender a la mujer. Quizá es más difícil aún para la mujer comprender al hombre. ¡Hay tantas cosas en él que pueden chocar, desilusionar, sorprender! Pero, sin embargo, es indispensable que esta comprensión se realice.

Un pensador, que se consideraba portavoz de sus congéneres, escribió este aforismo: «Si pedimos a las mujeres que nos comprendan, habrá pocas que no nos defrauden; si les pedimos que se sacrifiquen por nosotros, habrá pocas que no nos sorprendan»².

Podría creerse que esta generalización es un poco apresurada; no hay mayor generosidad en la mujer que la que la impulsa hasta la más completa comprensión del hombre amado.

Finalmente, conviene insistir en un último punto.

La mujer deberá esforzarse en hablar un lenguaje sencillo, sin circunloquios, y por ello, accesible a su marido. En efecto, una de las características de la mujer es la de que quisiera ser comprendida sin expresarse, ser adivinada sin revelarse. En semejante estado de espíritu, la sucede a menudo colocar al hombre en una situación precaria. Porque ¿cómo podría éste acertar siempre si la mujer se sustrae a él? ¡Y con qué habilidad! Ciertamente, es delicioso verse adivinada, sentirse comprendida sin haber tenido que franquearse con el otro; pero esto es jugar al escondite y puede muy bien llevar a un atolladero, si el hombre desanimado abandona su persecución inútil, encontrándose entonces la mujer apenada porque no es comprendida.

Digamos que, de una parte y de otra, se debe procurar evitar los equívocos, pero este consejo servirá, sobre todo para la mujer que tiende por naturaleza a encerrarse en su misterio, exigiendo de su esposo que la descubra. Cultivar unas relaciones francas y utilizar un lenguaje límpido, será una de las reglas más útiles para las esposas. Estudiando las dificultades habituales que surgen entre cónyuges, se advierte que «*provienen de la incompreensión recíproca, que la comunidad de vida acrece con frecuencia, en lugar de atenuarla... Proviene, sobre todo, del hecho de que el hombre y la mujer desean a menudo cosas contradictorias, piden inconscientemente cosas que no desean y desean cosas que no piden*»³.

¹ CHARLES PÉGUY, *Le mystère des Saints Innocents*, en *Œuvres Poétiques Complètes*, Gallimard (Pléiade), París 1954, p. 351.

² GUSTAVE THIBON, *La vie a deux*, Éditions universitaires, Bruselas 1957, p. 84.

³ GINA LOMBROSO, o.c., p. 143-144.

Si esta comprobación es válida para ambos, no se puede negar, sin embargo, que se aplica con exactitud especial a la mujer. A fin de evitar que se creen situaciones conyugales sin salida, la mujer debe atenerse, en la medida de lo posible, *a pedir las cosas que desee y a no pedir las que no desee*. Por sencillo que pueda parecer el consejo, puede ser un remedio para numerosas situaciones conyugales difíciles. Poniéndolo en práctica, la esposa puede conseguir la armonía con su esposo más rápida y profundamente que si se obstina —con el pretexto de que es mujer— a no revelarse al hombre. Éste no pide habitualmente más que comprender ¡con tal de que le ayuden un poco a ello!

III

Tu novia

La incomprensión no es un privilegio femenino. Y si se puede afirmar en verdad que muchos hombres son incomprendidos por su mujer, no es menos cierto, por desgracia, que existe un número aún mayor de mujeres que se encuentra en una situación de incomprensión total.

1. La incomprensión masculina

«Existe una honda y trágica desavenencia entre el amor del hombre y el amor de la mujer, una extraña e dolorosa incomprensión»¹, observaba uno de los más sagaces conocedores del hombre. Este hecho se impone a la atención de todos aquellos que han observado la ida de la pareja con un poco de perspicacia. Por lo cual es sumamente importante recordárselo a los que, novios de hoy, se disponen a ser esposos, adentrándose en una vida en la que el amor será la garantía de la felicidad. Únicamente serán felices los esposos que no sólo se amen, sino que sepan además evitar esa desavenencia profunda que podría llegar a alejarles uno de otro pese a una espontánea atracción recíproca; porque los esposos que no comprenden su amor se condenan a no amarse en plazo más o menos breve.

Pero no se puede penetrar la calidad del amor que se recibe del cónyuge, sin comprenderle. Así pues, la mujer no puede comprender el amor de su marido, sin captar la psicología de éste; y tampoco puede el hombre comprender el amor de su mujer, sin comprenderla a ella misma. Pues bien, aquí está la causa, el porqué de tantos fracasos conyugales; el marido no comprende a su esposa. Ciertamente sucede con frecuencia que se produzca la inversa y que sea la mujer quien no le comprenda ni pizca. Se puede, sin embargo, considerar que la incomprensión del hombre es, con mucho, la más frecuente.

2. Causas de esta incomprensión

¿A qué se debe dicha incomprensión? Sin duda, a numerosos elementos. Precisamente, a la naturaleza de la mujer cuya feminidad misma, con sus tendencias, y cualidades impregnadas todas de versatilidad, hace tan difícil su comprensión. Hay en efecto en la mujer un misterio de *movilidad* y su alma actúa en ella a la manera de las mareas que fluyen y refluyen en el mar según ciertas constantes, pero siempre en lo imprevisto. «*Todo en la mujer es enigma*», hacía decir Nietzsche a su Zaratustra. En esta fórmula cristalizaba todas las pro-

¹ NICOLAS BERDIAEF, *Le sens de la création*, Desclée de Brouwer, París 1955, p. 282.

testas formuladas desde Adán por las generaciones de hombres que se han enfrentado con el alma de la mujer. Este agravio renace, en efecto, cada vez que un hombre de buena voluntad, no consigue dilucidar el misterio de la feminidad en su esposa y se desespera pensando que no lo descubrirá nunca. No son raros los casos de hombres que renuncian así a la felicidad, y a veces al amor, enclaustrándose en sí mismos y entregándose a la incompreensión, simplemente porque su mujer les parece tan enigmática como la Esfinge a los viajeros de Egipto. ¡Quizás un poco más!! Hay en esto algo cierto. Pero por compleja que sea la mujer (lo bastante compleja para que a veces a ella misma le cueste trabajo comprenderse) sería exagerado decir que es incomprendible hasta el punto de resultar impenetrable para su marido. Lo absoluto del juicio con el que los hombres se apresuran a considerar a las mujeres como enigmas indescifrables es tan injusto y discutible como lo absoluto del juicio femenino según el cual todos los hombres son sistemática e irremediamente unos egoístas. Ya hemos dicho cómo había que matizar este último tópico de la incompreensión femenina ¹; tenemos que decir ahora cuán exagerada es la posición de los hombres que dan por probado que la mujer es un enigma, para inferir después la fácil consecuencia de que es inútil intentar comprenderla.

¡Consecuencia demasiado fácil! Porque con frecuencia descansa en esta forma de egoísmo que puede ser la pereza. Hay que confesarlo para su mayor confusión: a menudo por ser demasiado perezosos no consiguen los hombres comprender a su mujer. Ese terreno movedizo que es el alma femenina no se deja explorar más que por aquel que, con *mucho paciencia*, acepta el renovar sin cesar sus esfuerzos durante muchos años. Porque lo constante en ella, es su inconstancia; es siempre la misma: es decir, que no es nunca la misma. «*Se deja en la calma, se la vuelve a encontrar en la tempestad*» decía Amiel. Es preciso, por tanto, que el hombre esté siempre en la brecha. Ahora bien, un esfuerzo tal, exige una gran valentía psicológica de la que, por desgracia, no está dotado por naturaleza el hombre. El, que se adapta con facilidad a una situación equívoca, con tal de que no acarree demasiadas complicaciones, renuncia pronto a lo que cree que es un juego del escondite por parte de su esposa. Envolviéndose en su egoísmo innato, decide suprimir sus esfuerzos. ¡Por desgracia para su mujer... y para sí mismo!

Conviene, pues, que el novio se convenza de que le es absolutamente necesario aplicarse —cualesquiera que sean los esfuerzos requeridos y cualesquiera que sean las dificultades que surjan, y cualquiera que sea el tiempo que deba emplear en ello— a comprender a su novia, hoy, y, más adelante, a su esposa. Si no, vendrá la *desunión segura*, el divorcio interior, cuando menos, y acaso incluso la ruptura exterior. Una mujer no puede vivir más que con un hombre que la comprenda; sólo a él puede unirse. Sin que ella lo quiera, este llamamiento a la comprensión brota de lo más profundo de su ser, hasta tal punto que puede ahogar el amor cuando el otro no responde a ese llamamiento. Por tanto, el hombre debe saber sacudir la indolencia natural que le inclina a pensar que todo marcha muy bien, de tal modo que se cree dispensado de todo esfuerzo; debe superar su egoísmo, va que éste puede impedirle ver que el ser con quien vive en la más total intimidad posible, es un ser defraudado e infeliz; que sepa llegar a ser psicológicamente lo bastante fuerte para mantenerse en estado de alerta y de inquietud, al acecho siempre de lo que pueda ayudarle a comprender mejor y, por consiguiente... a amar mejor. Al encontrarse ante su mujer, en lugar de encerrarse en

¹ Cf. el capítulo anterior: «Tu novio».

su masculinidad cómoda, debe recordar que *«pertener a un sexo, estar individuado, nos impone estudiar el otro sexo, conocerle, someternos a las condiciones necesarias para que la eventual unión al otro sea beneficiosa para cada uno»*¹.

Cualesquiera que sean las dificultades con que pueda tropezar, el hombre no debe nunca renunciar al esfuerzo que se le exige para lograr una verdadera comprensión de su compañera. Por si llegara a capitular y a perder su buena voluntad, para abandonarse al capricho de los acontecimientos, habría terminado la felicidad conyugal.

Una mujer puede ciertamente soportar el no ser comprendida aunque esto la haga sufrir; está dotada de la suficiente generosidad para soportar esta durísima prueba. Pero no podrá ella admitir jamás *que no intenten* comprenderla. De todos los pasos en falso que dan los hombres, éste es el más grave, al parecer. En la vida conyugal, la culpa irremisible, a los ojos de la esposa, es ésta. Sin embargo, ¡cuántos maridos la cometen, perdiendo al mismo tiempo sus oportunidades de felicidad! La inconciencia masculina es a veces de una torpeza sorprendente. ¡Cuántos maridos que viven junto a una esposa desgraciada porque no percibe en su cónyuge ese afán de comprenderla, no se dan cuenta de ello! Con un manotazo, trastrucean las situaciones, y se liberan de todo esfuerzo, repitiéndose que en toda mujer hay un niño que le hace tomar por cosas serias lo que no son más que niñerías. Con lo cual, incurrían en la torpeza y no perciben que la mujer está a su lado como un ser que aspira a ser comprendido.

Semejante actitud prepara la regresión del amor. Porque en tales circunstancias, y ante la incomprensión implacable a la que tendrá que hacer frente, sucederá con frecuencia que la mujer buscará en otra parte un amor que sea más atractivo para ella. Y llega entonces la evasión —lenta, al principio y pronto acelerada— fuera del hogar. Y es la muerte de toda felicidad. Aun no siendo justificable, esta situación es, sin embargo, explicable, y si hubiese que señalar un reparto de responsabilidades, no cabe duda que el marido tendría su amplia parte en ello.

Para no incurrir en ese extravío, el esposo debe, pues, esforzarse en aprender a conocer a su mujer, tal como es. No cribándola a través de su propia psicología de hombre, para interpretar su manera de ver, de pensar, de hablar, con arreglo a sus propias reacciones masculinas; sino deteniéndose en ella como en un ser diferente cuya originalidad hay que respetar, y al cual es absolutamente necesario adaptarse para formar con él una pareja en la que el amor halle manera de afirmarse sin cesar. Además, ¿no es una de las primeras pruebas del amor el obligarse a comprender a aquella persona a quien pretende uno, amar? En este sentido podría repetirse la frase de Berdiaef, dándole la vuelta; allí donde él afirma: *«Sólo amando se puede comprender íntegramente a una persona»*², se podría decir con todo derecho: sólo esforzándose en comprender íntegramente a una persona se puede decir que se la ama. El amor del hombre no vale más que lo que vale el esfuerzo de comprensión con el cual lo revela.

¹ Dr. FRANÇOIS GOUST, *En marche vers l'amour*, Éd. Ouvrières, París 1958, p. 61-62.

² BERDIAEF, o.c., p. 277.

3. El fundamento de la psicología femenina: el papel de madre

Si el hombre tiene empeño en comprender el universo psicológico de su esposa, deberá fijarse primeramente en la maternidad, clave del alma femenina. Así como la estructura del alma masculina corresponde a su función de jefe responsable del hogar, así la estructura del alma femenina corresponde a la función que el creador ha querido asignar a la mujer. Ahora bien, el análisis de la personalidad femenina —ya se trate de un análisis biológico o fisiológico— muestra con toda evidencia cómo en el ser de la mujer todo va dirigido a la maternidad. Es ésta «una función que la absorbe enteramente, que pone su marca en los menores detalles de su vida física, intelectual y sentimental»¹. En este sentido se ha dicho que el hijo es lo que constituye la razón de ser de la mujer como tal mujer².

Esto no significa que la función maternal sea la típica orientación susceptible de ser adoptada por la mujer. Como ser humano, puede llegar a ser lo que todo ser humano: filósofo, mecánico... o boxeador, si se lo pide el cuerpo. Pero eso no irá ligado a su feminidad, como tal. No encontrará su eclosión completa, no desarrollará totalmente las tendencias profundas inconscientes de su ser, más que por la maternidad³. Tal es, en efecto, la voluntad manifiesta de Dios de quien san Pablo se hacía eco en un texto harto olvidado: «[La mujer], empero, se salvará engendrando hijos»⁴. De este modo, nos mostraba dónde se sitúa la mujer en el plan providencial, y nos recordaba que no había que disminuirla nunca bajo pena de no comprender ya nada en ella. Porque, como observaba Daniel Rops en un comentario que debe tenerse presente: «La maternidad es el secreto profundo de la mujer, el que la hace para nosotros, hombres, sagrada e incomunicable a la vez»⁵. Por ello se explica todo lo que en la compañera del hombre, en todo tiempo y en todas las circunstancias, la hace más cercana de los datos elementales de la vida, más sumisa a los instintos, más dependiente incluso de las fuerzas vivas del universo.

4. Rasgos característicos de la psicología femenina

Quizá sea esta proximidad con el universo y con los seres lo que explique el asombroso modo de conocimiento que es la intuición femenina. Porque no bien se habla de psicología femenina, se habla de intuición femenina. Es un *lugar común* del más bello tipo. La impotencia en que se encuentra uno después de decir lo que es esta intuición tal vez pueda atribuirse a ese hecho, porque el famoso exegeta de los lugares comunes lo observó ya: «Es demasiado fácil decir lo que parece ser un lugar común. Pero lo que es, en realidad, quién podrá decirlo?»⁶.

¹ A. SERTILLANGES, *Féminisme et Christianisme*, Lecoffre, París 1930, p. 91.

² GINA LOMBROSO, *La femme aux prises avec la vie* (trad. Le Hénaff), Payot, París 1927, p. 217-218.

³ Como confirmación de esta tesis, se observará que la mayoría de los casos de psicopatología femenina se pueden atribuir a la carencia de maternidad, ya sea una realización imperfecta o fallida de ésta.

⁴ I Tim. 2, 15.

⁵ DANIEL ROPS, *Préface de ANNE-MARIE COROT, Journal d'une grossesse*, Amiot-Dumont, París 1951, p. 12.

⁶ LÉON BLOY, *Exégèse des lieux communs*, Mercure de France, París 1953, p. 10-11.

La intuición de la mujer

Sin intentar describir aquí el funcionamiento de la intuición femenina, digamos simplemente que, por ella, la mujer llega directamente al corazón de las cosas: las percibe, las... «siente». Esta última expresión subraya perfectamente el aspecto cordial que interviene en esta manera de pensar. Porque piensa, reflexiona, razona «con su corazón» es por lo que la mujer puede poseer esa intuición.

Ante esta manera espontánea y compendiada, ante ese camino que él suele desconocer, el hombre debe tener cuidado de no dejarse desconcertar. Su propio modo de reflexionar conforme a un ritmo «racional», apartado en lo posible de las interferencias del corazón, corre el riesgo de ser completamente superado por la intuición femenina. Esta, viva, variable, inasible en las razones profundas que podrían justificarla, inexpresable también —en una parte al menos— puede no estar acorde nunca con los «porqués» sistemáticos que alimentan la inteligencia masculina. A menudo el hombre se obstinará en hallar la armazón lógica que, según él, debe acompañar todo razonamiento, y como no lo encontrará, se imaginará que los juicios emitidos por su compañera, carecen de todo valor. De aquí a no tener nunca en cuenta lo que dice su mujer, no hay más que un paso que dan muchos hombres, franqueado con tanta mayor rapidez cuanto que la lógica particular de la intuición lleva a la mujer a adaptar su mecanismo de pensamiento a una multitud de circunstancias; al cambiar éstas y al tomar los hechos un nuevo sesgo, el juicio de la esposa cambiará también, haciendo creer en una inestabilidad un poco pueril a los ojos del hombre. Este piensa en «sistema», y para él el pensamiento o el juicio sólo valen en la medida en que van unidos a un conjunto de principios constantes. Ante la versatilidad de la inteligencia femenina, él se siente inclinado a sentir una especie de desprecio. Por eso más de un marido no se toma siquiera la molestia de discutir cosas serias con su esposa.

¿Debe condenarse semejante actitud? ¡Evidentemente! Porque si una pareja, a causa de la dificultad que existe en hacer concordar la intuición femenina y el razonamiento masculino, decide no cambiar, la comunión interior necesaria para el mantenimiento del amor no se realizará ya. Y desde ese momento, después de unos meses de fogosidad superficial en los que se contentarán con vibrar al descubrir uno el cuerpo del otro, volverán a encontrarse en el vacío. No necesitan mucho tiempo los cónyuges para alcanzar ese punto en que vuelven a ser adultos y deben, para mantener un amor que madura, comulgar en el espíritu.

Cada hombre debe, pues, esforzarse en comprender el modo de pensar de su mujer a fin de estar en condiciones de traducir a su lenguaje racional las intuiciones que ella tiene y que no puede, a menudo, formular más que con dificultad. Este esfuerzo, laborioso al principio, es absolutamente indispensable en el hogar. Sin él, en muy breve plazo, se acumularán los equívocos; los malentendidos, insignificantes al comienzo y graves después, se multiplicarán; entonces se habrá cultivado una semilla de desacuerdo que preparará la cosecha de tristeza y de amargura de la que tantas parejas se quejan. Todo esto porque no se habrá hablado el mismo lenguaje.

Para llegar a este intercambio, es preciso que el hombre se libere de un complejo de superioridad muy difundido entre el sexo masculino: que no se confiera un título de buen sentido absoluto, y que sepa aguzar la fuerza de su razonamiento en la agudeza de la intuición femenina. Ganará con ello mucho, entre otras cosas, cierto sentido de la adaptación que le evitará el inmovilizarse en unas ideas adoptadas demasiado definitivamente. La maleabili-

dad no es precisamente la cualidad predominante del hombre. Si él accede a enriquecer con su estabilidad la movilidad de la mujer, ésta le aportará a cambio, esta arma indispensable que es la adaptación. Para conseguir esta feliz manera de complementarse en inteligencia con la mujer cuya vida entera debe compartir, y no solamente el cuerpo, el hombre deberá armarse, sobre todo en los comienzos, de una suave paciencia. No se trata para él de echar abajo una puerta, sino más bien de encontrar la llave que le permita abrir definitivamente el alma de su mujer.

La sensibilidad

¡Suavidad, paciencia! Suave, porque él deberá aprender a controlar sus violencias, sus arrebatos, sus excitaciones. Abandonarse a éstos significaría, para él, ofender, con palabras hirientes o con actitudes despreciativas mal reprimidas, la delicadeza de la esposa. Delicadeza basada en una sensibilidad fácilmente vulnerable. Como ya se ha dicho muchas veces: *la mujer es «esencialmente» sensibilidad*. Y, sin embargo ¿cuántos novios saben prepararse a entrar en una vida que compartirán con un ser al que los menores golpes, las menores durezas, pueden destrozar?

Esta formación puede parecer exagerada. Y no es así. Por haber obrado sin tener en cuenta este hecho, algunos jóvenes han visto —a veces incluso sin comprenderlo— que su esposa se apartaba de ellos de un nodo irrevocable.

El hombre no se repetirá nunca lo suficiente esta verdad: *«La clave de la psicología femenina es el corazón, ni la voluntad, ni los sentidos dominan en la mujer, sino el sentimiento. No es que carezca de razón, de voluntad, de sensualidad, sino que en ella la nota predominante es el corazón»*¹. En ningún momento, en ninguna circunstancia, el marido debe perder de vista la siguiente regla: *juzgarse siempre con respecto a la sensibilidad de su mujer*. Los gestos, las palabras, las contrariedades, los olvidos, todo puede tener una repercusión cuyo alcance no se ve, si no se juzga bajo esa luz.

Y es sin duda la cosa que el hombre pierde de vista con más facilidad. El sale de su trabajo y vuelve a su casa adonde entra conservando los reflejos que ha tenido con los compañeros. Ahora bien, los compañeros eran hombres... mientras que en el hogar es una mujer la que le recibe. Por eso él debe cambiar de modo de ser, pudiera decirse, y cultivar la delicadeza como una segunda naturaleza. Para muchos, será al principio un duro aprendizaje. Pero este aprendizaje serápreciado entre todos, porque será el que permita al hombre estrechar de una manera inquebrantable los lazos que le unen a su mujer. No creo, además, que haya una forma más concreta que ésta de demostrar a su esposa hasta qué punto se la ama. El amor, que no es una palabra sino una realidad, no podría aceptar el hacer sufrir inútilmente al ser amado. Pues bien, a ese sufrimiento inútil e indignante para la mujer, por ser cotidiano, conduciría la falta de delicadeza del esposo.

Aquí, conviene poner a los hombres en guardia contra una simplificación un tanto grosera a la que algunos acostumbran a entregarse... tal vez para tranquilizar su conciencia. Ante las penas de su mujer, ante el dolor que pueda ella sentir a causa de ciertas torpezas o indelicadezas, muchos dirán: «¡Te preocupas siempre por nada!». «Esas no son más que fruslerías». Repitiendo esos estribillos, de los que está bien provisto el arsenal masculino, se mo-

¹ PIERRE DUFOYER, *L'intimité conjugale (Le livre du jeune mari)*, Action familiale-Casterman, París-Bruselas 1951, p. 39.

farán de sus mujeres a quien reprocharán su sensibilidad excesiva. Ciertamente, es un hecho que la mujer debe intentar controlar su emotividad para no incurrir en una hipersensibilidad que acabaría por ser enfermiza. Pero aun entonces, aunque muestre ella la mejor voluntad del mundo, la mujer seguirá siendo fundamentalmente vulnerable, a causa de su sensibilidad natural. Contra esto no puede ella hacer nada, ni tampoco el hombre. Este debe, pues, colocarse ante esa sensibilidad como ante un hecho que no puede eliminar. En estas condiciones, no le queda más que aceptarlo de buena gana, y hacer el aprendizaje de su delicadeza. Si un hombre no quiere obligarse a ese trabajo, si no quiere aceptar los sacrificios que eso entraña, que no se case. Indudablemente haría desgraciada a su mujer y, al mismo tiempo, arruinaría su propia felicidad. En efecto, una actitud inatenta por su parte o una repulsa casi sistemática adoptada por el marido ante la sensibilidad natural de su esposa llevará a ésta, tarde o temprano, pero con toda seguridad, a una inquietud constante, a una intranquilidad perpetua, a unas crisis nerviosas más o menos frecuentes, y finalmente a esa dolorosa angustia generadora de las múltiples neurosis que consumen a tantas esposas¹.

Ante la perspectiva de las dificultades que se le presentarán a causa de esa sensibilidad de la mujer, el hombre no debe protestar. Que piense más bien que sin ella, sin dicha sensibilidad, sería poco menos que imposible a la mujer realizar las tareas que la vida conyugal le reserva. La sensibilidad de la mujer es en cierto modo el maravilloso instrumento que le permite evolucionar en medio de los seres a quienes ama consagrándose *totalmente* a ellos. Gracias a esa sensibilidad llegan a ser posibles, en la alegría, esos sacrificios que se escalonan a lo largo del día, como límites que marcan el camino de las abnegaciones oscuras e interminables que lleva a cabo una mujer a la vez esposa y madre.

Esta sensibilidad es, por tanto, una riqueza que beneficia a todo el hogar y en la cual cada uno —desde el padre hasta el benjamín de la familia— irá a recoger la parte de ternura que necesita de modo apremiante, aunque inconfesado, la mayoría de las veces.

Sin embargo, el hombre deberá aprender a soportar los inconvenientes de esa sensibilidad. Es más, deberá aprender a adaptarse a ella a fin de tratar a su esposa con arreglo a lo que ella es, en realidad, y no como él desearía que fuese. Ahora bien, hay un elemento de la psicología femenina que el hombre tiende a olvidar: ese estado de espíritu por el cual la mujer desea lo «gratis». ¿Qué debe entenderse por esto? Recordaremos, para expresarlo, una página reveladora de Gina Lombroso que define con toda exactitud la actitud de la mujer, revelando al hombre cómo debe éste comportarse para responder a los anhelos del alma femenina. «*La mujer* —escribe ella— *no quiere de su marido más que una cosa muy sencilla, muy modesta. Quiere ser amada, moral e intelectualmente, o, mejor dicho, quiere ser comprendida, lo que, para ella, es lo mismo, o, mejor aún, quiere ser adivinada; quiere que el hombre la consuele cuando esté triste, la aconseje cuando se sienta indecisa, demuestre por un signo visible de reconocimiento que le agradece los sacrificios que ella hace voluntariamente por él, pero quiere, sobre todo, que él haga todo esto sin que ella se lo pida. Un gesto, un elogio, una palabra, una flor, que dan a la mujer la ilusión de ese reconocimiento, son para ella motivo de una alegría inmensa. Por el contrario, el consuelo, el consejo, el elogio, el regalo que responden a una petición directa pierden todo valor para la mujer*»².

¹ GOUST, o.c., p. 70.

² LOMBROSO, o.c., p. 150-151.

Todo esto puede parecer muy complicado. Quizá sí. Pero nada lo cambiará, porque así es la naturaleza profunda de la mujer. No le queda al marido más que tomar su decisión. Ningún esposo puede elegir: tiene, hasta cierto punto, que hacerse adivino y aprender a leer en el alma de su esposa sin que a ésta le sea preciso deletrearse ante él. Este sentido de la gratuidad debe, por decirlo así, llegar a ser en el marido una segunda naturaleza que le permita iniciar, en el momento deseado y sin que se le haya pedido, el gesto necesario. Será para la esposa, la prueba tangible de su fervor, y nada podrá nunca producir un gozo mayor a la mujer que ese fervor adivinator. La mujer verá en ello la certeza del amor de que es objeto y al mismo tiempo hallará la felicidad.

El culto del detalle

Esta formación del hombre en la delicadeza no será posible y eficaz más que si él sabe aprender a valorizar los detalles. Para él, naturalmente, los detalles adquieren poca importancia. Para el hombre, siente unas tentaciones de decir, los detalles son detalles y nada más. Pero la mujer está hecha de tal modo que para ella no hay detalles; todo es importante. Desigualmente, si se quiere, pero importante, sin embargo. Siempre. Ya se trate de un aniversario olvidado o del beso matinal distraído, para ella eso adquiere grandes proporciones. Proporciones dolorosas y alarmantes. Alarmantes, cuando ella las considera a través de la lente de aumento de su imaginación; dolorosas, cuando ella las sopesa en la balanza hipersensible de su corazón. Ahora bien, ocurre que esas dos operaciones se realizan poco más o menos siempre, de tal manera que el hombre que quiere hacer feliz a su mujer no lo conseguirá nunca si no puede despertar en él el sentido del detalle, para adaptarse así a su esposa. No hay para ella moneda más segura que los detalles para pagarle su amor, ni hay camino más verdadero para probarle que es amada.

El hombre sentirá a menudo la tentación de pensar que todo esto es tontería y de efectuar una poda en el universo de las «pequeñas cosas» en donde evoluciona su esposa. Debe recordar él entonces, para su vergüenza y corrección, la frase —más profunda de lo que parece que escribió Montherlant a este respecto: «Una mujer sin puerilidad es un monstruo espantoso»¹. Y es que una mujer que careciese de esa preocupación por el detalle, renegaría de su propia feminidad. Es fácil imaginar lo que sería entonces el hogar; basta para ilustrar esta imagen visitar un apartamento en donde ninguna presencia femenina viniera a salvar el orden.

Por eso el hombre no sólo debe aceptar, sino adaptarse a este modo de ser de su esposa que juzga las cosas al detalle. Y así como no debe rechazar la sensibilidad de su compañera, no deberá tampoco intentar hacer caso omiso de ese culto del detalle. Que se forje, por el contrario, con él un arma poderosa para marcar de mil y una maneras inesperadas el amor con que rodea a su esposa. Los detalles serán para él el lenguaje de las cosas que dirán quizá más que oleadas de palabras pronunciadas por los labios, y que suplirán además ventajosamente lo que él no podrá expresar, como suele ocurrir en los hombres.

Añadamos, sin embargo, que esto no significa que él deje que su esposa se convierta en una de esas mujeres meticulosas que son la desdicha de su hogar y que destruyen su propia personalidad volviéndose, por ejemplo, maniáticas de la limpieza, reduciendo con ello a

¹ H. DE MONTHERLANT, *Les jeunes filles*, t. II: *Pitié pour les femmes*, Grasset, Paris 1946, p. 192.

quienes las rodean a una esclavitud abrumadora y ridícula. Pero, aun cuidando de no incurrir en esos excesos, los hombres se esforzarán en vencer su natural falta de atención para descubrir el valor de las pequeñas cosas, forjando con esos detalles la felicidad de su esposa.

La función de la imaginación

Con objeto de proteger a la mujer contra esos excesos y de evitarle también el crearse penas sin un verdadero motivo, en suma, a fin de consagrarse a equilibrar a la mujer, el hombre debe ayudarla a adquirir el dominio de su imaginación.

Esta es, en efecto, la reina del alma femenina a la que puede trastornar hasta un punto «inimaginable»... para el hombre. Si no se tiene cuidado con ello, la «loca de la casa» puede invadir a la dueña del hogar e imperar realmente como la loca de la casa. De esta invasión nacerán a menudo los celos, las recriminaciones acres, las «crisis» de todo género.

La imaginación es con seguridad uno de los mayores peligros que acechan a la mujer; por eso el hombre debe preocuparse de preservarla contra ella. Lo conseguirá proporcionando a su esposa la ocasión de eliminar, en cierto modo, las sobrecargas imaginativas que perturban periódicamente su equilibrio. Para hacerlo, debe él *saber escuchar* a su mujer.

Es éste, a nuestro entender, uno de los remedios más eficaces, por ser no sólo curativo, sino preventivo. Cuando una esposa puede liberarse, en un ambiente afectuoso y comprensivo, de todas esas ideas que se agitan en su cabeza y que sirven de materiales para hacer castillos en el aire, negros o rosas, cuando halla en su esposo unos oídos atentos, tiene todas las probabilidades de mantenerse dueña de sí misma. Porque extraerá del realismo masculino, de esa calma y de esa ponderación que son tal vez los signos más seguros de la virilidad, la parte de apaciguamiento que ella necesita. Así, al contacto con el alma masculina, volverá ella a encontrar su equilibrio y podrá recoger los elementos que servirán de contrapeso a los impulsos demasiado fogosos de una imaginación con frecuencia alborotada.

Pero para esto, es preciso —repetámoslo— que el hombre sepa escuchar sin burlarse. Harto numerosos son los que interrumpen bruscamente ante la necesidad de expansión de que da muestra, quizá con demasiada locuacidad, la esposa; con sonrisa burlona la invitan a callarse, lo cual cumplirá ella de tal modo, que llegará un momento en que no pensará ya en abrir su alma. Entonces, acumulará dentro de sí misma los rencores exacerbados, se construirá un universo interior del que estará excluido su esposo, de tal suerte que el día en que él quiera —a consecuencia de un conflicto más agudo, por ejemplo— reanudar el diálogo, será recibido como un intruso. Ella le opondrá un silencio obstinado del que no podrá él quejarse pues lo habrá querido y preparado.

Ayudar a su esposa a conservar el dominio de su imaginación es tanto más importante cuanto que ésta actúa con la complicidad terriblemente peligrosa de la *sensibilidad* y de ese culto *del detalle* que, como ya he mos dicho, constituyen dos de los reductos del alma femenina. Una combinación semejante puede resultar desastrosa porque, bajo la fogosidad de una imaginación abandonada a sí misma, los detalles adquirirán proporciones gigantescas y repercutirán en la sensibilidad con un estruendo desproporcionado. Unos cuantos años de un régimen semejante bastan para destruir el equilibrio de muchas personalidades femeninas; el marido lo debe prevenir moderando, con la mesura característica de su juicio, las sacudidas demasiado violentas de este conjunto peligroso: imaginación - detalle - sensibilidad. Por

no haberlo recordado, o por no haber intentado comprenderlo, más de un joven esposo se ha encontrado, al cabo de unos años, ante una mujer desgraciada y desequilibrada. La culpa no es quizá siempre toda de él, pero generalmente lo es en gran parte. Por tanto, el hombre debe aprender a enriquecer con su equilibrio el alma de su mujer y que la trate con fina ternura, más que acariciadora, comprensiva y receptora. De ésta extraerá la mujer el complemento que le es necesario para consumarse, haciéndose una mujer sana y sólidamente equilibrada.

En suma, y para compendiar en unas palabras el cuadro antes esbozado, se podría repetir el juicio de Sertillanges: «Intelectualmente, la mujer se caracteriza por la intuición, el sentido práctico, la atención a los detalles, el cuidado, la viveza imaginativa, el talento de lo concreto y la adivinación de las causas inmediatas»¹. Todo esto se desarrolla en ella al ritmo de una delicadeza siempre alerta que viene a agregar su cálido colorido a todo cuanto hace la mujer.

5. La clave de la psicología femenina: la delicadeza

La mujer, delicada en su ser corporal y psíquico

Esta delicadeza característica de su alma se refleja, además, sensiblemente en su constitución física. Mientras que en ese nivel, la fuerza y la robustez son patrimonio del hombre, la delicadeza hecha de gracia y de fragilidad, es patrimonio de la mujer.

No insistiremos en esto más que para recordar al joven que debe tener siempre en cuenta los *límites* de su futura esposa. Este recuerdo no es superfluo, porque la experiencia revela que son muchos los que imponen a su esposa una carga demasiado pesada, sin mala voluntad, evidentemente y, además, de manera inconsciente. Pero no por ello deja de producirse el hecho y de ello se infiere entonces que la mujer se doblaba bajo una carga demasiado pesada. Actuar en todos los frentes a la vez es abrumador para ella; y no sabría resistir a las exigencias de dueña de casa, cuando éstas se acrecen con trabajos exteriores regulares y con exigencias sexuales frecuentes. Entonces es cuando se prepara el derrumbamiento nervioso que al cabo de un tiempo se produce en realidad.

A menudo el marido tendrá que intervenir, sagaz y diplomáticamente para proteger a su mujer contra ella misma. Sobre todo en lo referente al trabajo fuera del hogar. Se encuentran con mucha frecuencia novias que se empeñan tenazmente en no abandonar un puesto lucrativo, o simplemente interesante. Exigen, pues, el continuar haciendo un trabajo que se convertirá en una sobrecarga de las más onerosas después del matrimonio. No es éste el lugar para analizar las razones múltiples que se oponen al trabajo de la mujer fuera del hogar. Diremos que la sola conciencia de los límites de la resistencia física y nerviosa de la esposa son ya una clara indicación. Sobre esta cuestión, el hombre debe saber imponerse con una firmeza razonable, suave, pero inflexible. Pues de otro modo, tarde o temprano, «pagará los cristales rotos», y el precio será tal vez la paz del hogar.

Siempre dentro de la perspectiva de esta fragilidad nerviosa de la mujer, el hombre deberá esforzarse en emprender las súbitas variaciones de humor que su esposa sufrirá a ve-

¹ SERTILLANGES, o.c., p. 94.

ces. Esto se hará especialmente sensible al llegar el período de las menstruaciones. Cierta irritabilidad periódica, cierta melancolía, una indolencia extraña, son otras tantas manifestaciones que pueden acompañar ese fenómeno contra el cual ni la propia mujer puede hacer nada. Que el hombre se cuide sobre todo en ese momento de achacarlo a la imaginación, intentando provocar una reacción de la que es incapaz la mujer, con frecuencia. El hombre que cree que su esposa se abandona a su antojo, a unos cambios de humor que ella podría controlar como él controla los suyos, no ha comprendido en absoluto la profundidad del fenómeno que se realiza entonces en ella. Cada una de las veces, es para ella un retorno a un universo nuevo, siempre el mismo, henchido de ideas precisas, de tristezas fijadas e invadido de ansiedades dolorosas.

Este fenómeno psicológico escapa al control de su voluntad, al menos en su parte más importante. Evocaremos aquí el testimonio prudente de Elena Deutsch cuya autoridad no ofrece duda y que subraya el efecto capital de ese fenómeno sobre el alma femenina, al decir: *«La menstruación es importante no sólo por lo que la liga a la pubertad y a las dificultades de esa edad, no sólo por ser la expresión de la madurez sexual y estar muy especialmente vinculada a la reproducción, no sólo porque es el centro del derrumbamiento de la edad crítica y de la psicología de esta fase del desarrollo, sino también porque es una hemorragia que ocasiona impulsos agresivos, ideas de autodestrucción y angustias»*¹.

Hemos subrayado los últimos elementos de esta cita a fin de que el hombre recuerde las consecuencias, inexplicables quizá, pero seguramente graves, que implica ese fenómeno en el comportamiento psicológico de su esposa. Él comprenderá entonces que en ese período más que en ningún otro, debe mostrarse conciliador, comprensivo, lleno de ternura y de delicadeza. Quizá nunca tanto como en esa circunstancia puede hacerse querer de su mujer. Menos que en cualquier otro momento deberá él dejarse arrastrar a la brusquedad, a la dureza, al autoritarismo. Estos pasos en falso, inadmisibles en toda ocasión, resultan entonces catastróficos. Por eso, nos parece oportuno recordar a este respecto el consejo de un alcance general que Pierre Dufoyer sitúa en el centro de las normas que deben regir el comportamiento masculino: *«Por el bien de su esposa, el marido cuidará de poseer las cualidades de la verdadera virilidad sin sus deformaciones: se mostrará sereno, dueño de sí mismo, enérgico de carácter, firme y decidido, dando, por toda su actitud ante los acontecimientos y las dificultades de la vida, una impresión de entereza, de valentía y de seguridad. Pero esta fuerza no se transformará ni en violencia, ni en dureza, ni en frialdad, como tampoco se mostrará autoritaria, orgullosa o despótica»*².

Necesidad en el hombre de cultivar la delicadeza

Ésta es además la actividad que el hombre debe adoptar en todo momento. Más todavía, como lo explicábamos hace un instante, en el período difícil en que la esposa sufre el choque psicológico que acompaña las menstruaciones, así como en todos los períodos del embarazo. En estas circunstancias, la mujer, menos dueña de sí misma, menos libre porque se halla en plena transformación fisiológica, requiere el auxilio de una gran bondad. El hombre debe entonces ser para ella un guía firme, un apoyo constante, un recurso de ternura.

¹ HELÈNE DEUTSCH, *La psychologie des femmes, (Étude psychanalytique)*, t. I: *Enfance et adolescence* (traducción Hubert Benoit), Presses Universitaires de France, París 1949, p. 159.

² DUFOYER, o.c., p. 45.

Es en él un deber de justicia tanto como un imperativo de caridad. Su autoridad sobre la mujer es ante todo, con arreglo a las indicaciones explícitas que la revelación misma nos da, una responsabilidad¹. En este sentido, se debe decir que él es responsable del equilibrio psicológico de su esposa, y que si no le ofrece ese auxilio tiernamente comprensivo a que nos referimos, falta radicalmente a su papel de hombre y de cristiano. En este orden de ideas, conviene recordar el verdadero sentido de la autoridad que la Iglesia siguiendo a san Pablo, ha reconocido siempre en el hombre.

Desde los comienzos de la Iglesia, y en términos de una claridad fulgurante, el gran san Ambrosio aportando, sin duda, un correctivo a desviaciones semejantes a las que somos testigos hoy, advertía enérgicamente a los esposos, en una amonestación llena de sana crudeza:

«Tú, el marido, debes prescindir de tu orgullo y de la dureza de tus maneras cuando tu esposa se acerque a ti con solicitud; debes suprimir toda irritación cuando, insinuante, te invite ella al amar. Tú no eres un amo, sino un esposo; no has adquirido una sirvienta, sino una esposa. Dios ha querido que seas para el sexo débil un guía, pero no un déspota. Paga su ternura con la tuya, responde de buen grado a su amor. Conviene que moderes tu rigidez natural por consideración a tu matrimonio y que despojes tu alma de su dureza por respeto a tu unión»².

Esta exhortación imperativa revela de modo suficiente la urgencia que tiene el esposo en cultivar la delicadeza. Será para él, el arma por excelencia para conquistar su prometida, hoy, y para conquistar a su esposa, mañana. Por ella, y sólo por ella, sabrá merecer la *estimación* de su esposa. Ahora bien, ya se conoce lo suficiente el papel primordial que desempeña la estimación en el amor que siente una mujer por un hombre. De ella, podría afirmarse sin exageración, que es el alimento del amor femenino. A una mujer le es imposible amar a alguien a quien no estima. Esto significa que puede llegar a no amar ya al hombre que ha aprendido a desestimar. Esto es lo que sucede cuando, después de unos cuantos meses de matrimonio, una joven comienza a sufrir con la indelicadeza de su esposo. Éste se precipita entonces por la rápida pendiente del fracaso. Cuanto más cómodamente se instale él en el interior de esa indelicadeza tan corriente en el hombre, más contribuirá él mismo a disgregar el lazo de amor que le une con su esposa. Y cuando el amor muere... el hogar llega a ser imposible de defender.

Consciente de esta necesidad en que se encuentra su esposa de *estimarle hondamente* a fin de poder *amarle hondamente*, el hombre se esforzará ante todo en proceder con mucho tacto y una delicadeza hábil y constante. Será el primer paso hacia una estimación tan preciada como el amor, porque es la garantía de éste.

El segundo paso será la calidad de su vida moral. Porque esa delicadeza, sobre la cual hemos insistido tanto para que el novio se percate de su importancia, no actúa más que desde el punto de vista estricto de la estructura de su alma y de su cuerpo. Sirve también para calificar su actitud moral.

Sin duda por el empleo de su intuición, la mujer siente de una manera mucho más violenta que el hombre la realidad y el valor superior del universo espiritual. Dios, el alma, la gracia, el bien, el mal, son para ella otras tantas realidades familiares, y cuanto más se con-

¹ Hemos expuesto esta idea en el capítulo anterior.

² SAN AMBROSIO, *Hexameron*, V, 19.

suma su madurez de mujer, más importancia toman esas realidades. ¡Cuántos conflictos nacen en torno a ese problema, desde la etapa del noviazgo! Conflictos cuya agudeza y cuyo alcance no siempre comprende el novio.

Ante un prometido que trata los valores espirituales a la ligera, la novia se siente indecisa con frecuencia; y ante un marido en quien descubre ella gradualmente una indiferencia negligente, o lo que es más comprometedor aún, el simple desprecio, la mujer, a menudo, se cierra y aísla. Pascal decía que *«el primer efecto del amor es inspirar un gran respeto»*¹. El respeto resulta imposible, a consecuencia de la calidad inferior del ser amado; e inmediatamente el amor mismo sufre la repercusión y se atenúa proporcionalmente.

Además, si a causa de la influencia del marido, la mujer derroca su escala de valores para acomodarse a una vida moral que no responde a sus aspiraciones profundas, puede ésta llegar a ser destruida. El marido habrá preparado entonces su propia desgracia y no podrá culpar a nadie más que a sí mismo de las consecuencias —tal vez imprevistas, pero no sorprendentes— que se originarán. Porque la mujer, capaz de mucho bien y susceptible de llegar al ápice, cuando se la apoya, puede igualmente precipitarse en unos abismos cuya profundidad no sospecha siquiera el hombre. En este sentido, y para recordar al hombre las consecuencias eventuales de una relajación moral que él sugeriría a su esposa, conviene citar esta otra advertencia bastante explícita de san Francisco de Sales:

*«Si queréis, ¡oh maridos!, que vuestras mujeres os sean fieles, hacedles ver la lección con vuestro ejemplo. “¿Con qué cara —dice san Gregorio Nazianceno— queréis exigir la pudicia de vuestras mujeres, si vosotros mismos vivís en la impudicia? ¿Cómo vais a pedirles lo que no les dais? ¿Queréis que sean castas? Comportaos castamente con ellas... Pues si, por el contrario, vosotros mismos les enseñáis las picardías, no es nada sorprendente que tengáis deshonra en su pérdida”»*².

En cualquier caso, el hombre que quiere conservar el amor de su mujer debe, pues, vivir en un ambiente espiritual elevado, sin falso misticismo ciertamente, pero con una sana preocupación por las cosas de Dios y del alma. Si ayuda a su mujer a acercarse al Señor, la habrá ayudado al mismo tiempo a acercarse a él mismo, y ella le amará aún más.

6. Aprender a hablar a su novia

Terminaremos estas consideraciones destinadas a facilitar a los novios la comprensión de su futura esposa, recordándoles que les es necesario aprender a hablar a su novia. Puede parecer extraño dar semejante consejo, pero la experiencia revela que hay muchos que no saben encontrar el lenguaje que conviene a una novia y a una esposa. La recíproca es, además, cierta y el consejo puede valer lo mismo para la mujer. Con frecuencia, como ya se ha escrito, las mayores dificultades del matrimonio provienen de que cada uno de los cónyuges pide cosas que no desea, y desea cosas que no pide. Puede imaginarse la confusión que origina semejante situación. Ser capaz de explicarse con su novia y ser capaz de recibir las explicaciones de ella, es realmente indispensable para la armonía. Indispensable en el sentido más riguroso de la palabra.

¹ BLAS PASCAL, *Discours sur les passions de l'amour*, en *L'Œuvre de Pascal*, Gallimard (Pléiade), París 1950, p. 320.

² SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, parte tercera, capítulo XXXVIII.

Desde el período del noviazgo, y más aún cuando haya entrado en la vida matrimonial, el hombre debe desarrollar esa voluntad de intercambio con su compañera. No negarse nunca a explicarse, pues una negativa tal es uno de los más graves pecados contra el amor ¹. Sería una puerta cerrada al único camino que puede conducir a la felicidad. Que emplee en ello paciencia y que aprenda el lenguaje de la mujer, de «su» mujer. Pues así como debe uno adaptar su lenguaje al de los niños, a quienes no siempre se sabe hablar de primera intención, así debe uno adaptarse al modo de pensar y de hablar apropiado a la mujer. Este esfuerzo será la condición necesaria para la comprensión entre esposo y esposa, y esta comprensión será la prenda del amor. Porque, como se ha dicho, éste es «*el camino que lleva al descubrimiento del secreto de un rostro, a la comprensión de la persona hasta la profundidad de su ser*» ². Amar así a su mujer hasta lo más profundo de su ser, penetrando el secreto de su rostro, es comprenderla y aceptarla tal como ella es.

7. Preparar su felicidad

Para aquellos hombres a quienes pudiera desanimar semejante tarea, después de lo que hemos dicho del alma femenina y de su complejidad, recordaremos simplemente esta verdad, que ellos sin duda descubrirán, siguiendo a Gustave Thibon, a medida que comprendan el alma femenina: «*Las mujeres son complejas... ¡Nada de eso! Son singularmente simples, transparentes, penetrables... Somos nosotros los que complicamos las cosas con ellas, y a esto lo llamamos complejidad. La sedicente complejidad de las mujeres está únicamente en la impotencia de los hombres para captar su simplicidad*» ³.

Lo principal, en realidad, es aplicarse a conocerlas. Esto se realizará en el curso de los años, con tal de que el hombre se mantenga siempre atento a esta obligación.

Hay que trasladar a la vida matrimonial esta atención constante, esta solicitud inquieta que caracteriza a los novios. Cuando el novio se convierte en el marido, el cambio no debe hacerse en menos sino en más. No se debe uno volver menos paciente, sino más paciente; no menos delicado, sino más delicado; no menos despierto, sino más despierto; y, para decirlo todo, no menos comprensivo sino más comprensivo. Tiene la mayor importancia persuadirse bien de esa necesidad. La desgracia, en efecto, no hace su aparición en el hogar de repente, en mitad de la vida. Se infiltra poco a poco, se desliza imperceptiblemente durante los primeros meses; esto comienza, en cuanto el marido se aparta demasiado de su mujer y empieza a no comportarse con ella más que por costumbre. Entre un hombre y una mujer, hay tantos motivos de posible confusión, que quien no tiene buen cuidado en ello ve muy pronto multiplicarse obstáculos, sin cesar más peligrosos. El peligro para el hombre está en dejarse adormecer por una rutina fácil, no hallarse ya en estado de *amor activo*. Que será como consentir en el fracaso porque el hogar estará muy pronto envenenado por la indiferencia.

Desde el principio y siempre, el marido debe ser ante su mujer un hombre consciente, hábil, que sabe lo que debe decir, cómo decirlo, lo mismo que debe saber lo que debe hacer, cómo hacerlo y cuándo. Renunciar a la disciplina personal que supone semejante estado, es —sin la menor duda— cultivar la inconsecuencia y aceptar perder el amor de su mujer. Todo

¹ HENRI CAFFAREL, *Propos sur l'amour et la grâce*, Éd. du Feu Nouveau, París 1956, p. 134.

² BERDIAEF, o.c., p. 277.

³ GUSTAVE THIBON, *Ce que Dieu a uni*, Lardanchet, Lyon 1947, p. 159.

esposo debe estar profundamente persuadido de esta verdad, corroborada por muchos fracasos. El marido puede hacer la felicidad o la desgracia de su mujer: a él le corresponde mostrarse consciente de esas posibilidades y escoger.

IV

Vuestro amor

Lo que hemos dicho hasta aquí nos lleva ahora a tratar del amor. Conocerse mejor para amarse mejor, hemos escrito anteriormente. Un muchacho y una joven creen que se aman y creen en el amor, ésta es la razón de ser del noviazgo.

Unos novios no podrían definirse de otra manera: son los que tienen fe en el amor. Quien dice «novios» evoca, en efecto, una pareja juvenil, entusiasta, radiante, disponiéndose a apostar por su amor de veinte años, la existencia entera.

En tal estado de espíritu, los novios que comprenden, aquellos a los que la vida ha enriquecido o empobrecido con una experiencia que quieren compartir, repetirles que hay que ser prudentes... que el amor tiene sus peligros... que el mañana puede reservarles sorpresas... todo eso les crispa de rabia. Piensan que se trata de consejos de viejo chocho, y piensan interiormente que el fuego de su amor los preserva y los preservará siempre de los ataques de la vida. ¿Qué pueden importarles a ellos esas recomendaciones que juzgan derrotistas, pesimistas, y que atribuyen, con una hermosa inconsciencia, a aquellos que no tienen ya que vivir porque han vivido demasiado?

Y, sin embargo, sin mostrar ninguna tendencia enfermiza al pesimismo, sin sentir ninguna inclinación mórbida por los vaticinios amenazadores, por las profecías de desdicha, sino basado sobre la sola realidad innegable de los múltiples fracasos matrimoniales, no puede uno dejar de pronunciar un desagradable «¡Cuidado!». Desagradable, tal vez; útil, con toda seguridad.

Útil, porque es una puesta en guardia prudente contra la irreflexión y contra la imaginación. Porque son esas desviaciones las que deben temerse cuando se entra en el universo embriagador del amor. La irreflexión, primero. Es asombroso ver parejas juveniles aventurarse en el matrimonio sin reflexionar acerca de las obligaciones que esto implica. Si se tratara de invertir dinero en algún negocio, qué cuidado no tendrían en medir el riesgo, por miedo a perder su capital. Sin embargo, lo que se arriesga en el matrimonio es de un alcance mucho más considerable, porque se trata de la felicidad, y cuando ésta se ha perdido, no se puede ya recobrar por ningún medio. El amor es esencialmente un compromiso recíproco que encadena uno a otro, al hombre y a la mujer que se aman; quedarán ligados de un modo tan estrecho que desde aquel momento les será imposible ser felices más que el uno por el otro. Proclamar su amor es adquirir el compromiso de dedicarse a conducir al otro al país maravilloso de la felicidad, cualesquiera que sean los sacrificios impuestos, las renunciaciones exigidas. ¿Son conscientes de esto los jóvenes cuando, a los veinte años poco más o menos, entran en el amor como en la alegría, y creen haber encontrado ya el camino de la felicidad? Tendrán un despertar amargo los que no han suscitado en sí mismos la gran inquietud del

amor. La vida común deshará los sueños puerilmente optimistas a los que se habían entregado, y no les quedará más que deplorar con estériles lamentaciones, el no haber sabido escuchar a quienes les invitaban a la reflexión. El amor se venga terriblemente de los que han ignorado sus dimensiones y sus exigencias. Cuando se desploma lo arrastra todo consigo entre el estruendo aterrador de dos vidas que se vienen abajo; todo, es decir, todas las esperanzas, todas las alegrías, todas las posibilidades de felicidad; y provoca, en cambio, un sufrimiento que invade el alma y la vida entera de los desdichados que se han equivocado. Musset tenía razón, mucha más de lo que él creía: «*No se juega con el amor*». Unos novios que, en cierta medida, no fueran unos inquietos, correrían a su pérdida. Deben examinar su amor a fin de probar su calidad.

1. ¿Se aman de verdad?

Sería preciso que todos los novios aceptasen cultivar esta inquietud en ellos: *la inquietud del amor*. O, más exactamente, la inquietud de su amor. No es que deban abandonar sus esperanzas, lo cual sería desastroso, porque ¿quiénes han de vivir de esperanzas sino un joven y una muchacha que entran en la vida a impulsos del amor? A ellos más que a nadie les está permitida la esperanza, les está incluso impuesta. Pero esta esperanza será tanto más sólida cuanto que habrá sabido guardarse de toda ceguera, tanto más sería cuanto que habrá preferido la inquietud al arrebato irreflexivo. Unos novios pasionales se hallarán al borde del abismo si se adentran en el matrimonio sin preocuparse de sondear la profundidad, las posibilidades y los límites de su amor.

Matrimonio y amor son, en efecto, las dos caras, muy diferentes, de un mismo amor. Y es que el amor es una cosa del *presente* mientras que el matrimonio que se erige sobre un amor actual, compromete también el *porvenir*. Aquí aparece la principal dificultad a la cual han de hacer frente los novios. Jacques Madaule sintetiza con mucha exactitud ésta difícil situación cuando escribe: «*El matrimonio está basado en la duración mientras que el amor está edificado sobre el instante*»¹.

En el umbral de un matrimonio indisoluble, en el momento de contraer una unión caracterizada por lo irrevocable, a punto de pronunciar un «sí» cuya verdadera significación es «*siempre*», hay que tener el valor de ir más allá de las apariencias para situarse en el corazón de la pregunta. Ahora bien, ésta se formula esencialmente del modo siguiente:

1º ¿Nos amamos verdaderamente?

2º ¿En qué condiciones puede durar nuestro amor?

Unos novios que no se comprometan el uno ante el otro hasta el punto de intentar responder sistemáticamente a esas preguntas, se arrojarían de cabeza en la más irremediable necedad. Porque sería realmente una necedad el crearse unas obligaciones tan cargadas de consecuencias como las que surgen de un «sí» cuyas repercusiones se prolongan durante toda la vida terrena hasta la eternidad, sin preocuparse de conocer la fuerza de que se dispone para asumir esas responsabilidades. Hay que decirlo y repetirlo una vez más, repetirlo con una insistencia fastidiosa, en caso necesario, porque hay demasiados que siguen ignorando

¹ JACQUES MADAULE, *Le mystère de l'amour*, en *Le couple chrétien*, Amiot-Dumont, París 1951, p. 41.

esta verdad: *Decirse; enamorado es una cosa; estar enamorado es otra. De igual modo, estar enamorado hoy, es una cosa; seguir enamorado, durante toda su vida, es otra.*

2. Los espejismos

Decirse enamorado es una cosa, estar enamorado es otra. Después de todo, es la vieja muletilla que se repite. ¡Vieja, sí! Pero siempre actual, porque la ilusión crece sobre el amor como las setas venenosas sobre ciertos árboles. Cada novio es un personaje nuevo que ha heredado la ilusión de su antiguo personaje. Este último que, durante los años de la adolescencia, ha nutrido su alma en las fuentes del ensueño idealista y de la ilusión sin cesar renaciente, deja en el hombre un sedimento, semejante al limo que descubre una corriente de agua cuando se retira; sobre ese suelo arcilloso, al verdadero amor puede serle difícil crecer, mientras que pulularán fácilmente sus falsificaciones. El adolescente tarda en morir por completo en nosotros. Por eso hay que desconfiar de él, sobre todo cuando se penetra en el universo misterioso del amor.

El grito: «¡Cuidado con las ilusiones!», por desagradable que sea de oír (y, además, de proferir), debe, sin embargo, lanzarse con energía. Todos los que se dicen enamorados y creen estarlo, no siempre lo están de verdad. Algunas inclinaciones, nacidas espontáneamente y mantenidas por la costumbre, tienen todas las apariencias de un amor auténtico. Presentan ciertos signos que engañan y hacen creer a los que se contentan con vivir superficialmente que la hora de los compromisos ha sonado.

La *atracción física*, esta especie de llamada violenta que brota del fondo del ser para unir —según las exigencias más normales y con tanta frecuencia ultraimperativas de la sexualidad— a un joven y una muchacha que se gustan, *no es amor*. Acompañará al verdadero amor; pero, por sí sola, no es un signo de él.

Muchos de los que se descarrían podrían salvarse del error fatal, con sólo saber descubrir en ellos el juego de la pasión. La fogosidad del deseo ardoroso que consume un corazón juvenil no debe confundirse con el amor. Este sería muy precario si sólo se midiese por el ardor de la codicia y si no poseyese otra expresión que la voluntad ciega de dos cuerpos que se atraen. Hacer esa partición en sí mismo es el deber imperioso de todos los novios. Reencontrar su alma más allá de los movimientos superficiales que la agitan, nunca es tan indispensable como en ese momento.

La mistificación más diabólica que amenaza a los jóvenes es la que consiste en volcar tanta violencia en la carne que las almas no puedan ya siquiera medirse. Una especie de fascinación al nivel de lo carnal, viene entonces a destruir toda lucidez, y conduce a irremediables errores a los que no han sabido preservarse de ese canto de sirenas. Para que no se confunda el amor con los deseos pasajeros del cuerpo, los jóvenes no deben dejar que se encienda en ellos el fuego de una codicia exacerbada. Cuando la carne adquiere tanta fuerza ¿cómo puede uno escuchar su alma y ver surgir en ella la luz del verdadero amor?

A esta primera desviación se añade una segunda, *la fuerza de la costumbre*. La necesidad de presencia que crea la costumbre y que el poeta ha expresado muy románticamente en su nostálgico «*Nos falta un ser y todo se despuebla*», puede también engañar a su vez. Sobre todo, cuando las relaciones han durado bastante tiempo. Ha surgido entonces un universo cargado de costumbres precisas, las cuales se han hecho hasta tal punto necesarias que,

cuando faltan, se provoca el mayor desconcierto. Ante ese malestar experimentado durante una separación temporal, es fácil llegar a la conclusión de que no se puede prescindir del otro; sin él, sin ella, dicen, estoy desarmado. En realidad han confundido el amor con la costumbre. Aburrirse lejos del otro no quiere decir forzosamente que se le ame.

A este respecto, hay que saber desconfiar de las soluciones demasiado simplistas. No se casa uno porque crea que no puede ya prescindir del otro. Es oportuno recordar aquí que la costumbre crea siempre una necesidad. Esta regla que la observación psicológica más elemental descubre fácilmente, se aplica lo mismo al terreno de las relaciones humanas que a cualquier otro sector. La costumbre de verse periódicamente, de compartir juntos las horas de ocio, de intercambiar sus pensamientos, todo esto puede ligar lo suficiente a unos seres para que sientan cierta pena en separarse. Sépase bien que nada hay más normal y no vaya a imaginarse que es ése el signo irrefutable de un amor firme. Debe uno incluso desconfiar de sí mismo en ese caso, y saber sentir más sólidamente su amor, si ha surgido alguna duda. En modo alguno el dolor consecutivo a una separación puede ser considerado como prenda de un afecto intenso y serio. Hay que aprender a soportarlo, aunque sea con esfuerzo, y buscar otros baremos con los que reconocer el valor del amor y las posibilidades de felicidad, por consiguiente, defenderse contra la costumbre, cuando las circunstancias lo requieran es tan necesario como luchar contra la ilusión.

Por último, otro espejismo que causa también sus víctimas: *el deseo de tener su propio hogar*. El deseo de tener un hogar, de experimentar ese nuevo modo de vida que la posesión de un hogar implica, las nuevas responsabilidades llenas siempre de atractivo cuando se enfocan desde lejos, la independencia total con respecto a los padres con quienes se permanecerá ligado por el amor filial, pero de cuya tutela se habrá uno liberado definitivamente; otras tantas luces centelleantes que bailan ante los ojos de los jóvenes y de las muchachas; éstos pueden imaginarse fácilmente que les hace arder la luz esplendorosa del sol e inferir en conclusión que se trata del *amor*, cuando, sin embargo, no lo es en absoluto.

Es un gran error sustituir el amor por el deseo de evasión. El hecho es, por desgracia, más frecuente de lo que se cree. Este peligro se revela más solapado aún en las muchachas. Dependiendo en mayor grado del hogar donde viven, más sensibles que los jóvenes a una atmósfera de desacuerdo o de coacción, buscan a veces en el matrimonio un refugio contra un medio familiar que ha llegado a hacerse insoportable. Invierten ellas entonces los problemas y no se deciden por el matrimonio después de haber adquirido la certeza de amar, sino que se creen en pleno amor a causa de su deseo de casarse. Es inútil insistir en los desastres que prepara semejante actitud. Es lanzarse a la propia desgracia fingir amor aunque sea inconscientemente, sin maldad para evadirse del medio en que se vive. Es una política bastante poco fructuosa crear una desdicha para huir de otra.

Aquí también, permítasenos invocar la necesidad que se impone a los novios de sondear seriamente los motivos que les conducen a resolverse por el amor... y de aquí al matrimonio. Tantos y tantos espejismos, que tenían todas las apariencias del amor, han dado origen a fracasos tan lamentables, que ninguna prudencia será poca.

3. Lo que es el amor

Pero entonces, se dirá, ¿en qué se reconocerá el verdadera amor y cómo podremos saber que el sentimiento que nos une no es hijo de la ilusión? La cosa es sencilla: hay una medida que no engaña, un signo que es infalible, y que desenmascarará, por una parte, todos los amores quiméricos ocultos detrás de las falsas ternuras de una pobre pasión destinada a fenecer pronto, medida que indicará por otra parte el alcance profundo de un amor seguro. Este signo se denomina *sacrificio*, o si se prefiere, *renuncia de sí mismo*.

La palabra es austera; quizá por esta razón no agrada oír-la. No por ello ninguno de los que se detienen a reflexionar sobre el amor, consigue definirlo sin pasar por ahí. Se dirá que el amor es un don, que es un impulso, que es una atracción espontánea entre dos seres que se avienen. Ciertamente, todo esto es verdad, pero cuando se quiere ir más allá y proyectar estas nociones ideales en la vida concreta, se vuelve siempre a esta simple palabra: sacrificio.

Amar, es sacrificarse por lo que se ama. Sacrificarse por alguien es ofrecerse a él. De aquí se puede inferir con todo rigor que para una pareja que afirma amarse, el problema está en ver hasta qué punto ambos están dispuestos a ofrecerse el uno al otro; ofrecerse con una ofrenda total que desprenda a cada uno radicalmente de sí mismo, para consagrarse al servicio del otro. Todos los amores que no alcanzan esta cima y no pueden aceptar ese estado de sacrificio no son más que mentiras falaces, son puro engaño. No siempre conscientes, pero comedias al fin y al cabo. Y la gran tragedia de esas comedias, es que conducen a una tragedia irreparable: la del matrimonio desgraciado.

Los novios deben comprender que el amor no es un juego y que todos los arrullos del mundo no preparan en absoluto un hogar. Los corazones sólo están ligados cuando han sufrido el uno por el otro, y nadie tiene derecho a proclamar el amor, o a invocar la felicidad del amor, mientras no haya probado ese amor sobre la piedra del sacrificio. Como el hombre ha sido creado a imagen de Dios, así el amor del hombre está hecho a imagen del amor de Dios. Ahora bien, Cristo nos ha enseñado que el grado de amor se mide por la altura del Calvario que puede subirse por la felicidad del ser amado. «No hay mayor prueba de amor que el dar su vida...». No es ésta una frase huera que conviene dejar a unos predicadores faltos de inspiración. Es la esencia del amor, de todo amor, del amor humano que une el novio a la novia y los lanza a los dos, ligados así para siempre, en la dura lucha por la felicidad.

No hay que mentirse alegremente y contentarse, despreocupado, con palabras. Rómpase la envoltura de sentimentalismo grotesco con que siglos innumerables han rodeado la palabra amor, y que se le restituya su sentido, el único que tiene. Cuando unos viejos esposos han terminado de recorrer su camino y se vuelven en la última noche para contemplar la línea de su existencia conyugal, ¿qué encuentran detrás de ellos? ¿Un camino regio, triunfal y alegre, sembrado de risas cristalizadas y de grandes gozos luminosos? No. Vuelven a ver un cambio difícil, en donde las alegrías y las risas no faltan ciertamente, pero en donde sólo aparecen como altos en un trayecto lleno de renuncia, de abnegación, de sufrimiento. La vida, consiste en esto; la vida de amor no puede eludir esta ley.

Que el sacrificio sea el amor mismo; basta, además, con mirarlo de cerca para comprenderlo. La vida en común impone el adoptar las ideas del otro, de adaptarse a sus costum-

bres, de ligarse a su persona, de trabajar por su felicidad. Ahora bien, todo esto ¿no implica el renunciar a sí mismo, otorgando su confianza al otro, y sin deseo de retractarse? Todas las compensaciones que el amor puede aportar no hacen variar en nada este dato. Se dirá que debe haber reciprocidad: ¡sea! Pero esto no hace cambiar en nada el hecho de que deba uno mismo sacrificarse cuando dice que ama. Seguramente, el sacrificio del otro facilita la renuncia. La novia se sentirá más valiente, se entregará con más generosidad si sabe que su novio hace cuanto puede por contribuir a la felicidad de ambos. Y viceversa. Pero el don seguirá siendo el don, el sacrificio seguirá siendo el sacrificio, la muerte de uno mismo seguirá siendo la muerte de uno mismo. Y esta muerte es la vida del amor.

Por consiguiente, la pregunta: «¿Nos amamos verdaderamente?», significa: «¿Nos sacrificamos verdaderamente el uno por el otro?» Una ternura que no llega hasta ahí, pero que surge siempre para recibir más que para dar, es un engaño malvado. Y no vaya a creerse que se trate aquí de esos cambios de regalos, de esos dones materiales que se cruzan entre novios según la costumbre establecida. Dar algo no es darse uno mismo. Por eso tales dones materiales no tienen otro valor que el de signos. La realidad que recubren es de una hondura muy diferente. Se encuentra en lo más íntimo del ser: requiere esta renuncia radical por la cual el que ama acepta libremente no pensar ya en su propia felicidad, no preocuparse ya de ella, para dedicarse a hacer feliz al objeto de su amor.

4. El egoísmo, enemigo principal del amor

Quien se niega a semejante absoluto es incapaz de amor. Porque el que permanece replegado sobre su propia persona y corre hacia el otro como hacia un medio que piensa utilizar para alcanzar la felicidad, éste se entrega por entero a un egoísmo que es la negación misma del amor. La equivalencia no deja subsistir ninguna duda: *Cuanto más se ama, menos egoísta será uno, y cuanto más egoísta se sea, menos se amaré*. Cuando el yo predomina y reina como amo en un alma, ésta es estéril y el amor humano no puede arraigar en ella. *«El amor sólo es verdadero —se ha escrito— en la medida en que se da; no vive más que de intercambios. Cuanto más intensa sea la corriente de esos intercambios, más rico y bienhechor será. Todos los que hayan amado gozarán de los beneficios del amor; pero sus mayores beneficiarios serán los que más hayan dado»*¹. Por lo tanto, quiere esto decir que el amor es inversamente proporcional al egoísmo.

Cuanto menos piense uno en sí, cuanto menos se preocupe de sí, cuanto menos se reserve unos islotes intocables, cuanto menos se pretenda aferrarse a sus derechos... más enamorado estará porque entonces habrá reducido su egoísmo a servidumbre. No existe otra alternativa: o reduzco el egoísmo a servidumbre y renuncio a las exigencias orgullosas y al mismo tiempo rígidas, de un yo al que adoro, y entonces puedo decir al otro: «Te amo»; o no renuncio a mi egoísmo, que cultivo bajo cuerda, disimulándole tras unas sonrisas y unas carantoñas, y entonces no tengo derecho a decir al otro: «Te amo». Si lo digo, es que soy un mentiroso.

¡El egoísmo! Este es, por tanto, el monstruo que se alza entre los dos novios. Si pueden domeñarlo, es que hay amor; amor verdadero y promesa cierta de felicidad. Si no, se hacen creer cosas y se engañan a porfía; y al hacerlo, preparan una desgracia cierta.

¹ D. PLANQUE, *La chasteté conjugale, vertu positive*, Centre d'Études et Consultations familiales, Bruselas 1957, p. 89.

Será, pues, procurando suprimir en sí mismos el egoísmo, como el joven y la muchacha cultivarán el amor. No se tratará entonces de un amor de estufa, que se abre en un universo de ensueño y que vive del solo calor de los cuerpos, sino un amor de bella contextura, cincelado en la renuncia y acuñado en sacrificios.

¿Quiere esto decir que hay que renunciar a conseguir la felicidad? ¡Claro que no! Precisamente ése es el mejor camino para lograrla. Por otra parte, la voluntad de alcanzar la felicidad, es además demasiado normal, está demasiado anclada en la naturaleza humana para pretender extirparla de ella con el pretexto de que el amor es un don. Se trata simplemente de canalizar ese deseo que todo ser humano lleva en sí como primera aspiración de su naturaleza. Por extraño que pueda parecer, la única manera de llegar a la realización de ese *deseo de ser feliz* que cada cual recibe con la vida, es transformarlo en un constante *querer hacer feliz*. El amor se expandirá entonces de un modo maravilloso, de tal suerte que los esposos que viven en esta perspectiva verán la felicidad llamar en la puerta de su hogar.

Hace ya veinte siglos que Cristo esclareció esta extraña ley de la felicidad, formulando la paradójica advertencia: *«El que busca su vida la perderá... Pero el que consiente en perder su vida por mí, vivirá eternamente»*. Esta regla sorprendente que rige nuestras relaciones con Dios se aplica, muy adecuadamente, al amor humano. Quienquiera, ligado a otro ser por el amor, que busque ante todo su propia felicidad la perderá, pero quienquiera que consiente en perder su propia felicidad (es decir en no preocuparse ya de ella), encontrará la felicidad más extraordinaria que existe.

Por eso hace falta mucha generosidad para vivir en el amor. Éste no es fácil; no se trata, para unos novios que están a punto de sellar para siempre su vida con el sello de ese amor que creen sentir el uno por el otro, de entrar en un festejo de placer sin fin en donde el gozo reinará eternamente. *El amor es siempre doloroso*, y no conduce nunca a la alegría sino después de haber avanzado por el camino de la cruz. La luz fulgurante de pascua no llega más que a través de las tinieblas opacas del viernes santo. Esto es lo que ocurre en la vida de los que han escogido el amor humano. No hay otro camino. La luz no brillará entre vosotros, novios y pronto esposos, sino como consecuencia de la aceptación del sufrimiento con que vais a arder interiormente al realizar todos los sacrificios requeridos para hacer la felicidad del otro.

La alegría que sentiréis entonces será tanto más profunda y deslumbrante cuanto más os haya costado. Por eso hay que escuchar la apremiante invitación que un gran poeta hizo a todos aquellos a quienes el amor solicita:

Cuando os llama, debéis seguirle,
aunque sus sendas sean muy duras y escarpadas.
Y cuando sus alas os envuelvan, ceded a él,
aunque la espada oculta en su plumaje os hiera.
Y cuando os hable, creed todos en él,
aunque su voz pueda destruir vuestros sueños,
como el viento del norte devasta los jardines.
Pues, de igual modo que el amor o corona,
debe crucificaros. Y así como os acrece
siempre, a un tiempo, os decrece.
E igual que a vuestra altura asciende,
y acaricia vuestras más leves ramas

que tiemblan bajo el sol,
así penetrará hasta vuestras raíces,
y las sacudirá en su apego a la tierra ¹.

En resumen, el verdadero concepto del amor lleva a afirmar con arreglo a la extraña pero indiscutible lógica que le es peculiar, que *«el amor es lo que reúne y liga inseparablemente la acción de entregar y la de recibir»* ². Y para precisar más aún, añadiremos que no se puede recibir, en amor, más que en la medida misma en que ha entregado uno algo de sí mismo.

5. El amor no es un juego

Se comprenderá ahora el sempiterno estribillo que se repite a todos los jóvenes. Es motivo de inquietud verles, «llevados en alas del amor», disponerse alegremente al matrimonio. Es de temer que se hayan imaginado que el amor es un juego.

Un juego epidérmico. Porque los novios del siglo XX pertenecen a un mundo en el que la noción de amor ha sido envilecida. El fenómeno es ahora social, y como tal, influye más o menos hondamente, pero casi de un modo infalible, sobre las ideas de los novios de hoy. Hagamos notar aquí que no se trata de vilipendiar nuestra época comparándola con otras consideradas superiores, sino simplemente de situarse ante un hecho, ante un dato que no se puede dejar de reconocer: hay, sin ningún género de duda, una violenta crisis moderna del amor. *«Que el amor del hombre y de la mujer, fuente de la vida y base de todo otro amor, atraviesa en este momento una crisis temible —ha escrito Thibon— basta abrir los ojos para darse cuenta de ello. Esclerosis y fragilidad de la pareja clásica, poligamia vergonzosa del cínico, pérdida del sentido del hogar, disminución de la natalidad y aumento del aborto, mecanización de los gestos y sentimientos del amor, son otros tantos síntomas de un mal que se insinúa poco a poco en todas las capas sociales»* ³. Aunque no sea tranquilizador, el cuadro, no por ello es menos exacto. Ahora bien, estas desviaciones atraen, unas veces con todo descaro y otras sutilmente y con rodeos, a los jóvenes que se orientan hacia el amor. El resultado de semejante estado de cosas es la existencia de muchas parejas de novios cuyo amor no es más que un juego y cuyo porvenir conyugal se asienta sobre la base ruinosa de la epidermis humana.

Para unos, la belleza. A los veinte años, cuando se acaban apenas de descubrir los valores carnales y el cuerpo adquiere tanta importancia, no se piensa en el tiempo que pasa. Se olvida que la belleza, por sorprendente, por atractiva, por arrobadora que aparezca, es efímera. Terriblemente efímera. Hay apenas unos años de tregua entre los veinte y los treinta; luego, comienza aquélla a traicionar y a sufrir el inexorable marchitamiento del tiempo. Porque es peculiar, podría decirse, de la esencia de la belleza el pasar, mientras que el amor requiere la duración. *Basar el amor sobre la belleza, es, por tanto, predestinarlo a que se marchite con ella; con la misma certeza y la misma rapidez que ella*. La ecuación es evidente. Por tanto, el amor profesado a un ser, fundándose en su sola belleza desaparecerá cuando desaparezca la belleza. Pascal, implacablemente irónico, advertía a aquellos a quienes fascina la belleza hasta tal punto que la condicionan a su amor: *«Quien ama a alguien a causa de*

¹ KALIL GIBRAN, *Le Prophète*, trad. Camille Anoussouan, Casterman, París 1957, p. 13-14.

² RABINDRANATH TAGORE, *Sadhana* (trad. Jean Herbert), Albin Michel, París 1956, p. 98.

³ GUSTAVE THIBON, *La crise moderne de l'amour*, Éd. Universitaires, París 1953, p. 51.

su belleza, ¿le amaré? No, porque las viruelas que matan la belleza sin matar la persona harán que no le ame ya»¹. Ese futuro es digno de notarse: ¿le amaré? Para unos novios, se trata de futuro, porque el noviazgo no es sino una breve transición entre el celibato y el matrimonio. El problema del amor a los novios se les plantea, tanto, o acaso más, en términos de futuro como en términos de presente. Se trata, para ellos, de ver si el amor de hoy contiene realmente la promesa del amor de mañana. Ahora bien, es evidente que, si está ligado a la belleza, pasará como ésta, y el futuro no será más que una huida desatinada hacia otras bellezas llamadas a encubrir la ausencia de una belleza ajada. ¿Y quién no ve que esto implica la desgracia de la pareja?

No quiere ello decir que el amor que se siente por una persona deba pasar por alto la belleza de ella. No hay inconveniente en que la belleza de la novia, por ejemplo, haga el amor más grato, más fácil, más sonriente. Y tanto mejor si esa belleza puede durar, por excepción, toda la vida. Pero que no se base en ella el amor, porque éste tendría entonces la misma fragilidad que aquélla. Que sea un rayo de sol; y si llega a no brillar más, no por ello se apagará la luz del sol. Pero que no se convierta la belleza en el sol del amor, porque al extinguirse, no habría ya más que tinieblas y habría muerto el amor.

Por consiguiente, podemos afirmar que el amor debe liberarse de la belleza si quiere durar más de un día.

A esta primera fórmula de amor epidérmico que nuestro siglo propone, viene a añadirse una segunda —que no deja por lo demás de tener relación con la primera—: *la idolatría de la carne*. En un mundo en que el sexo ha llegado a ser un dios, cuyos libidinosos profetas predicán con gran acompañamiento de pornografía brutal o literaria el evangelio pseudo-freudiano, ¿puede sorprender que el amor haya llegado a ser, para muchos, una obsesión sexual? Se confunden entonces con el amor los impulsos enfermizos de una carne en constante erupción. Porque se «desea» un ser, porque se le codicia, porque se aspira violentamente a saciar la pasión, se dicen invadidos de un amor loco. Si se trata de locura, concedido, hasta la evidencia. Pero si se trata de amor, la cuestión es muy discutible.

También respecto a esto, precisemos bien que todo amor humano establece, entre los que se aman, cierta atracción de la carne y aspiran a comulgar en ella como comulgan en su alma. Tal es, en efecto, la tendencia totalmente normal y sana de la naturaleza humana que une en un mismo impulso el alma y el cuerpo.

Pero así como ese impulso carnal que incluye el amor es normal y compatible con él, e incluso es una expresión auténtica del mismo, la fogosidad exasperada que rebasa todo control y devasta literalmente el espíritu, puede ser una negación de todo amor. Porque el amor humano, como tal, debe conducir al triunfo del espíritu y no a la esclavitud. Quien llama «amor» al fuego lúbrico que le consume se engaña lamentablemente: en vez de llamarse «hombre», él reconoce que no es más que un «macho» y en vez de amar a su novia, proclama con su actitud que codicia a una «hembra», ¿Y quién llamará amor a eso? Es más, quien no se sienta desconcertado por lo que las anteriores expresiones, en su brutalidad misma, contienen de indignante, es un asiduo ya embrutecido de la abyección en que nuestro mundo ha sumido el amor.

¹ BLAS PASCAL, *Pensées*, en *L'Œuvre de Pascal*, Gallimard (Pléiade), París 1950, p. 903.

¿Será necesario añadir aquí que si unos novios confunden amor y deseo carnal y se ilusionan hasta el punto de prometerse el uno al otro fidelidad en nombre de su amor, cuando se trata todo lo más de atracción sexual, son vanas sus esperanzas? Gozarán, durante una temporada al menos de unos placeres violentos, pero no conocerán nunca el gozo profundo que irradia la felicidad del amor. Porque, en realidad, están movidos por un egoísmo sórdido que les impulsa a ligarse uno a otro para aprovecharse el uno del otro; no se consagran al otro, sino todo lo contrario. Se apropian como una cosa de la que se hace un medio útil para conseguir fines estrictamente provechosos a uno mismo.

6. Hacer intervenir la razón en el amor

De esas dos deformaciones que la mentalidad general ha infligido al amor, los novios se preservarán impregnando su amor de razón. Aunque la fórmula, pueda parecer seca a primera vista, no por ello deja de ser la única orientación a seguir. Dios sabe lo que cuesta introducir la razón en la esfera del amor. Con el pretexto de que el amor debe ser espontáneo, se ha adoptado como fórmula ideal, como regla superior, el falaz: *Love at first sight* (algo parecido al *flechazo*: «Ama a la primera mirada»), con el cual los propagandistas contemporáneos de un matrimonio tan frágil como un castillo de cristal, nos atruenan los oídos. Para legitimar esta ridícula teoría, intentan apoyarse en el pensamiento de Pascal: «*El corazón tiene razones que la razón no conoce*»¹. Por otra parte, no se toman el trabajo de indagar qué sentido daba Pascal a esa afirmación. Infieren simplemente como conclusión, con una flagrante falta de Lógica, que la razón no tiene nada que ver con el amor. Lo cual está tan lejos del pensamiento de Pascal como el color negro está alejado del blanco. En prueba de esta afirmación citaremos lo que ese célebre genio escribió sobre el mismo tema, en otro pasaje de su obra: «*Le han quitado desacertadamente el nombre de razón al amor, y los han opuesto sin un buen fundamento, porque el amor y la razón no son más que una misma cosa... No excluyamos, pues, la razón del amor, puesto que es inseparable de él*»².

Decir que el corazón tiene razones que la razón ignora es afirmar simplemente lo que hay de imponderable en todo amor. Hay, en efecto, de modo innegable, unas preguntas a las cuales no puede responder el amor. Pero no por eso hay que suprimir toda parte de razón en el amor. Sería una excepción bastante singular la que sustrajera a la razón (siendo ésta lo peculiar del hombre) el fenómeno clave de su alma, y le prohibiese intervenir en el momento en que, en el matrimonio, va a empeñarse el porvenir entero del hombre.

Hay que convenir en que el matrimonio es una decisión cuya importancia primordial no ofrece duda. Ahora bien, esta decisión, no se adopta súbitamente al final del noviazgo en un momento en que el amor ha dispuesto ya de todo. Esta libre decisión que es el matrimonio forma cuerpo con el amor. El amor, por muy espontáneo que se muestre, debe ser libre para ser verdaderamente humano. Libre como la decisión en la cual encuentra su resultado y que imprime sobre él el sello de la indisolubilidad matrimonial. Ahora bien, de no estar el mundo al revés, la libertad va unida a la razón. Por consiguiente, sólo en la medida en que la razón sea admitida a juzgar el amor, o mejor dicho, a fecundarle, será éste realmente libre y ple-

¹ *Ibíd.*, p. 963.

² PASCAL, *Discours sur les passions de l'amour*, en *L'Œuvre de Pascal*, Gallimard (Pléiade), París 1950, p. 903.

namente humano. Kierkegaard lo comprendió al juzgar con lucidez el problema de las relaciones *amor - razón - espontaneidad* en estos términos, henchidos de tan hondo valor:

«La dificultad consiste en que el amor y la inclinación amorosa son completamente espontáneos, el matrimonio es una decisión; sin embargo, la inclinación amorosa debe ser recogida por el matrimonio o por la decisión: querer casarse quiere decir que lo que hay de más espontáneo debe al mismo tiempo ser la decisión más libre, y lo que origina la espontaneidad debe al mismo tiempo efectuarse en virtud de una reflexión, y de una reflexión tan agotadora que de ella provenga una decisión. Además, una de estas cosas no debe seguir a la otra, la decisión no debe llegar por detrás a paso de lobo, todo ello debe realizarse simultáneamente, las dos cosas deben encontrarse reunidas en el momento del desenlace»¹.

El amor debe, pues, acoger la razón, cuyo papel no consistirá aquí, como se teme con harta frecuencia, en estorbar la espontaneidad para conducir a un amor dirigido; la razón no interviene en el amor más que para comprobar la naturaleza de esta espontaneidad tan característica, tan inexplicable también, que lanza a dos seres el uno contra el otro, ligándoles con una fascinación recíproca. Si esta espontaneidad descansa sobre brillantes falsos, sobre imitaciones de riqueza, la razón ciertamente la reprobará negando el nombre de amor a lo que no es en realidad más que un capricho. Pero si esta espontaneidad tiene su origen en una riqueza interior auténtica, si ese impulso no es la expresión falaz de un egoísmo henchido de deseo explosivo, si aporta con ella la evidente generosidad que es su única garantía verdadera, entonces la razón no podrá sino reconocerla, y luego aprobarla con alegría y entusiasmo. En estas condiciones, la razón se convertirá, por lo demás, en la servidora, la guardiana y la protectora del amor.

Para hacerlo, cuidará de que no desaparezca jamás, envuelto en las circunstancias, ligado por la fuerza de las costumbres, o desgastado por los años, el deseo de hacer feliz, que es la expresión vital del amor.

La expresión «Te quiero bien» refleja admirablemente el estribillo de amor que la razón no cesará de murmurar al oído de los novios, y más adelante de los esposos: «Te quiero bien». Es la única forma de diálogo —sea cual fuere el tema que se trate— que debe escucharse entre dos personas que se aman. Como ya hemos subrayado, en este «amor del otro», activo y efectivo, es donde se realizará inmejorablemente el «amor de sí» de cada uno de los esposos.

Desde ese momento, ese amor de sí, legítimo y necesario, se traducirá por un triple proceso al que el amor servirá admirablemente: conocerse, dominarse, guiarse².

Conocerse a fin de saber lo que se ofrece al otro. Muchos de los que se figuran, en efecto, que ofrecen un Potosí, llegan con las manos casi vacías. Otros sufren creyendo que no tienen nada para dar porque desconocen su propia riqueza. Conocerse, a fin de valorizar en sí mismo los dones recibidos de Dios y de franquearse por completo al otro para que pueda éste extraer esos dones que enriquecerán su amor.

Nada nos desvía más fácilmente que el amor propio. Hasta el punto de que la mayoría de los hombres se aman demasiado a sí mismos, o se aman mal. De este modo caen en un

¹ SOEREN KEIRKEGAARD, *Étapes sur le chemin de la vie*, Gallimard, París 1948, p. 88.

² PAUL SCORTESCO, *Amour qui es-tu?*, La Colombe, París 1955, p. 121.

amor de sí mismos que mina el amor conyugal en su base, porque ¿cómo se podrá conseguir conciliar un amor propio exorbitante, que acapara todos los sectores de la vida, con el amor del otro que exige el don y el olvido de sí mismo? Para evitar esta desviación es preciso que cada cual aprenda *a conocerse* a fin de moderar el amor que siente por sí mismo conforme a la cualidad de su ser. Cada uno tiende a considerarse como un pequeño fénix en el que abundan cualidades y virtudes, de tal manera que *a priori* se imagina digno de ser amado. La verdad está, sin embargo, muy alejada de eso: si en cada persona hay una indudable parte de virtudes y de cualidades, hay también en cada una lo que san Pablo llamaba el «hombre viejo». Un hombre viejo al que se puede y se debe amar, pero, sobre todo, al que se debe conocer... a fin de no amarle más allá de lo que conviene, y asimismo a fin de hacerle más amable a los otros. Podar el propio «yo» de lo que hay en él de desagradable, es trabajar para facilitar el amor del otro y asegurar su constancia. Pero una poda tal supone que cada uno haya llegado a ser seriamente consciente de las proporciones de su personaje, es decir, eso supone que cada uno se conozca. Descubrirse a sí mismo es, por tanto, indispensable; hay que hacerlo con cuidado recordando que ésta es una tarea mucho más difícil de lo que parece. En realidad, es una de las más difíciles que deba el hombre cumplir.

El doctor Allers, al estudiar este extraño fenómeno que es el desconocimiento de sí, dice: «*Así pues, conocemos mal o superficialmente nuestro propio espíritu y nuestro yo; estamos lejos de conocernos a nosotros mismos tan bien como nos conoce el prójimo, puesto que comprobamos que existen en nuestra alma fuerzas ignoradas, móviles insospechados, deseos contra los cuales nos defendemos, y que, en un oscuro rincón de nuestro espíritu, duermen unas energías ocultas, que pueden servir tanto al mal como al bien...*»¹. Podría añadirse aplicando esta a nuestro tema: ... que pueden servir para fortalecer o para destruir el amar. Por consiguiente, trabajar para conocer la fuerza misteriosa que puebla el alma y que será según los casos veneno o alimento para la vida conyugal es proteger el amor.

Así se reúnen y se coordinan estos elementos cuyo buen equilibrio asegura la victoria del amor conyugal: por parte de uno y de otro de los jóvenes esposos, un *conocimiento de sí* que conduce a un *amor de sí* legítimo y ponderado, que se abre y se expande en un *amor del otro* intenso y absoluto.

Además de este conocimiento de sí inicial, es preciso —como hemos dicho antes— preparar el amor por medio del *dominio de sí*. Dominarse: es decir conservar el control de sí, a fin de contener las erupciones de todo género, las violencias de todo calibre, que amenazarían con atacar la firmeza del amor. Se ha hablado ya de la urgencia que hay para el hombre y la mujer en comprenderse bien, a fin de que de esta mutua comprensión nazca un amor más profundo y total. Ahora bien, ningún esfuerzo de comprensión y de adaptación es posible más que en la medida en que cada uno pueda conservar el dominio de sí y jugar las cartas precisas en el momento en que sea necesario, para reforzar la unidad del amor.

El matrimonio para ser viable, requiere, en efecto, el ajuste de las dos personalidades que han aceptado el fundirse en la unidad. Si ese ajuste se efectúa mal, la unidad resultará evidentemente muy precaria, amenazada siempre por explosiones de egoísmo y sacudida sin cesar por crisis internas a causa de las cuales la armonía quedará cada vez más comprometida. No hay más que un solo camino que permita no envenenar nunca la vida conyugal por

¹ Dr. R. ALLERS, *Handicap psychologiques de l'existence* (trad. E. Marmy), Vitte (col. «Animus et Anima»), París 1954, p. 38.

unos desacuerdos que son infaliblemente una semilla de discordia: y es *el dominio de sí*. Mantener sujeto su carácter sin dejarle correr a rienda suelta por el camino de las recriminaciones ásperas, a fin de que conserve el hogar la serenidad requerida para el florecimiento del amor; controlar, también, lo más perfectamente posible todos los impulsos del universo pasional propio a fin de no herir al cónyuge con arrebatos desordenados y ofensivos; por último, domeñar en sí los apetitos de todo género: los del espíritu y los de la carne, a fin de instaurar un clima de equilibrio que favorezca la paz; éstos serán los frutos del dominio de sí. ¿Quién no ve, en esta sola enumeración, hasta qué punto será un poderoso auxilio para los que quieren realmente disponerse a entrar en la vida conyugal consagrándose a un amor definitivo? Éste no adquirirá todo su peso más que en la medida en que esté servido por un enérgico dominio de sí que permitirá a cada uno de los cónyuges ofrecerse al otro, conforme a las exigencias de las circunstancias.

Conocerse, dominarse. Y, luego, *conducirse*. Es decir, fijarse una finalidad de la que no habrá que desviarse después de haberla establecido con la más clara lucidez y el más ardiente amor. No salirse de este camino, evitar los resbalones peligrosos o los vuelcos súbitos, mantenerse en plena tensión hacia el fin asignado. Sin detenerse, sin retozar, sin desandar lo andado.

No les faltarán tentaciones a la pareja, que vendrán a batir en brecha las resoluciones más firmes y a volver a plantear las opciones más decisivas. Seguramente es más fácil decirse, a los veinte años, que se seguirá tal orientación, que se sujetará uno a tales reglas, que adaptarse fielmente a esos propósitos cuando los años se han acumulado, y, con ellos, las dificultades. *Conducirse* con arreglo a las normas preestablecidas teniendo en cuenta que se trata ante todo de salvar el amor: esto es lo esencial. Nadie debe dejar intervenir aquí al amor de sí hasta el punto de trastornar las orientaciones necesarias para la felicidad de la pareja. El amor tiene exigencias imperativas que no toleran ni los retrocesos, ni las desviaciones. Una vez fijados, en el fervor del comienzo, los fines que quieren conseguir conjuntamente, una vez definidas las actitudes que quieran imponerse a fin de que conserve el amor su fuerza y su juventud, una vez trazada la Línea que se compromete uno a seguir, no debe haber ya dilaciones. Hay que seguir su camino en derecho, sin permitirse contrariar las ocasiones, solicitar excepciones, tolerar debilidades. Ir rectamente al objetivo, obligándose a respetar las normas fijadas por las exigencias de un amor compartido, todo esto será, tal vez, coactivo para el *yo*. Esta dura disciplina es, sin embargo, necesaria, porque de lo contrario el amor se vendría abajo, hundiéndose en los abismos de egoísmo que se abren en todo individuo, no bien tolera en él el impulso siempre violento del *yo* invasor. *Conducirse*, es para cada uno de los cónyuges tener domeñado su *yo* a fin de dirigirle en derecho hacia la unidad conyugal.

He aquí, pues, lo que debe entenderse por «hacer intervenir la razón en el amor». Haciéndolo, se garantiza la calidad del amor y al mismo tiempo se asienta la base inquebrantable de la felicidad humana. Esta ¿podría lograr de otra manera su perfecta realización?

7. Perspectiva de eternidad

Pero cómo no recordar aquí que no puede haber más que un doble objetivo en el amor: hacer la felicidad del otro, *en la tierra y más allá* de la tierra. En la tierra: esto no requiere

explicación, y nadie que pretenda amar podría olvidar este objetivo importante. Pero más allá de la tierra también, es decir en la eternidad. Porque el amor humano llega hasta allí. No hay que olvidar nunca esta verdad esencial: *«El fin del amor es infinitamente elevado y su punto de partida, infinitamente bajo. ¡Entre la nada y Dios! Tal es el itinerario inconmensurable del amor humano»*¹. Olvidar esta última resultante del amor, sería no comprender su grandeza. Hay en él un peso absoluto que no permite apartarse de la faz de Dios. Cuando por desgracia el hombre se aparta de ella el amor retrocede y está a punto de extinguirse. *Todo amor desemboca en la eternidad*; la prueba perentoria de esta verdad fulgurante (y, sin embargo, tan olvidada) es la muerte misma que viene a separar los esposos para devolverlos a Dios. Es preciso que en el desenvolvimiento del amor en el curso del tiempo, los esposos recuerden esa finalidad hacia la cual caminan. Los novios, por su parte, deben verlo con claridad antes de iniciar su partida. Acuérdense de que deben juzgar su amor con esa perspectiva, pues no podrán decir jamás que se aman en tanto en cuanto no se acerquen a Dios en y por ese amor. El amor, en efecto, *«ese relámpago de un instante que ha brillado entre dos seres, es el signo de otra luz. La llama del hogar perpetúa ese ardor hasta el día en que los velos de la carne se apartan y el instante fugaz se convierte en eternidad»*².

Esta presencia de Dios en el amor ¿no es por lo demás la sola razón de su duración? Porque no se puede hablar de lo eterno sino en relación con el Eterno. La regla es absoluta, y su lógica lo engloba todo, hasta el amor mismo. El amor humano no será, pues, eterno más que por haberse elaborado ante el Eterno. Lo cual quiere decir que es precisa una cierta dosis de espiritualidad en todo amor para que resista al tiempo y se fije realmente en el corazón de los que él anima. Sólo por estar basado en ese espíritu religioso que da a las cosas su verdadero alcance es por lo que *«la palabra “siempre”, pronunciada con tanta imprudencia en la aurora de todo amor, deja de ser la traducción engañosa del éxtasis de un instante»*³.

En estas condiciones, no hay que temer ligarse audazmente por la fe en el amor, pues las palabras «siempre», «nunca», que estallarán como promesas de felicidad, gozarán de la verdad misma de Dios. Los que se aman, si se aman de verdad, no deben temer arriesgar el porvenir; y unos novios pueden llegar a ser esposos alegres, animados de esperanza y henchidos de una gran confianza, si, en la época de su noviazgo, han sabido tomar así la medida de su amor.

No hay manera más segura de amarse en la tierra que armarse en Dios. No hay manera más cierta de asegurar la duración del amor a lo largo del tiempo que vivirlo en función de la eternidad. La cordura soberana de los que tengan que iluminar su vida entera por el amor humano, estará en recurrir a la luz de Dios. Entonces, las tinieblas serán vencidas y con ellas las tristezas tan pesadas de los amores que decaen. La alegría y la paz se heredan siempre de Dios. No pueden florecer en el amor humano sino en la medida en que los novios, y después los esposos, abran su vida al Señor. Y Él es también quien podrá velar con mayor seguridad por los que ha llamado en la tierra a vivir de amor, puesto que Él es Amor.

¹ *Ibíd.*, p. 24.

² MADAULE, I.c., p. 50.

³ THIBON, o.c., p. 69.

V

El acuerdo entre los jóvenes esposos

No se puede hablar del amor sin que esto nos lleve en seguida a hablar de unidad. Es un hecho universalmente reconocido que el uno llama a la otra. Cuando se ama, se desea la unión con el amado. Ahora bien, la unión de los esposos sólo se realizará si se logran vencer las dificultades naturales que la obstaculizan. Por eso, no es una ilusión creer que la unidad conyugal surgirá espontáneamente.

Cuando unos novios se disponen a llegar al estado conyugal, se figuran que van a vivir en lo sucesivo en una «unidad» completa... Habiendo entrado dos en el matrimonio, esperan llegar a ser *uno*; durante todo el período del noviazgo, se han afanado por establecer entre ellos, unidad de opiniones, unidad de sentimientos, unidad de proyectos. Además ¿no es el matrimonio el sacramento de la unidad? Por él, serán dos en uno.

Estas esperanzas no carecen de fundamento. Hay que decir, sin embargo, que es raro ver realizarse en el curso de la vida matrimonial, una unión que, en ciertos momentos, no sufra eclipses. Dos jóvenes se aman, se casan y se imaginan —en los primeros tiempos— que son ya uno, y en breve plazo, se encuentran *dos*; un hombre y una mujer divergentes en tantos puntos que llegan a preguntarse entonces si todas esas esperanzas de unidad no eran más que una ilusión sin fundamento.

La unidad conyugal no es cosa fácil; no se exagera al decir de ella que es difícil de realizar, y tarda en llegar. Que se deba tender a ella como a un ideal elevado cuya ardua persecución ha de ser constante, es cosa evidente. Sin embargo, como todo ideal no se podrá conseguir la unidad afectiva más que superando múltiples obstáculos.

Éstos no vendrán todos del exterior. Algunos estarán, sin duda, ligados a las circunstancias, a los acontecimientos imprevisibles, a las fluctuaciones de la suerte. Pero la mayoría tendrán su origen en el interior mismo del ser y dependerán de la personalidad de los cónyuges. Entran tantas cosas en cuenta cuando se trata de conducir dos seres a que se unan hasta fusionarse; surgen tantas disparidades imprevistas; chocan tantas semejanzas que se creyó iban a facilitar el acuerdo. Todo esto se interpone entre ambos cónyuges desde los primeros meses, de tal modo que apenas han entrado ellos en la vida común, y ya ésta plantea problemas. Esto es normal, sin duda; pero no por ello deja de defraudar a los jóvenes esposos. ¡Hablase anticipado imaginativamente tanto y en tal forma lo que debería ser la vida en común, cuando no eran más que novios llenos de esperanza! Y luego, la realidad resulta muy diferente, tanto que, a veces, algunas parejas llegan a preguntarse si no habrán errado el camino. No, no se han equivocado. No hay que ceder a la sorpresa alimentando la decepción con todos los pequeños choques que van a producirse. Éstos son la moneda corriente de un matrimonio que comienza. La unidad más profunda llegará, pero será preciso

dejar pasar tiempo y poner en ello buena voluntad; una buena voluntad inteligente que se detendrá a observar la naturaleza de los obstáculos. Más frecuentes, de tal modo que se pueda ver de qué lado debe uno dirigirse para evitarlos. Lo esencial aquí es darse la mano y unirse tanto más estrechamente cuanto que las disensiones se produzcan sobre puntos más importantes. Antes de fusionarse, los jóvenes esposos deberán avenirse a pasar por esta prueba.

1. El choque de dos personalidades

Porque el matrimonio implica inevitablemente un choque de personalidades. Este choque no se produce súbitamente a la manera de un trueno anunciador de que muy pronto el cielo estará desgarrado por las aguas de una lluvia diluviana. El choque de las personalidades se prepara paulatinamente y se produce primero por cuestiones de detalle. A lo largo del noviazgo los novios han hecho un esfuerzo para moldearse cada uno según la personalidad del otro; han procurado evitar, en la medida de lo posible, sostener opiniones que chocarían con las del otro; han ocultado a veces los propios gustos e inclinaciones. Sin darse cuenta de ello, bajo el efecto de una coacción que se imponían espontáneamente, han falseado la propia imagen, por lo menos en parte. Una vez contraído el matrimonio y pasada la euforia de las primeras semanas, la coacción se afloja y cada cónyuge vuelve a ser él mismo. Entonces reaparecen las costumbres de todo género contraídas en la época del celibato; se revalorizan opiniones antes atenuadas, cuya intransigencia absoluta se deja ahora ver; en una palabra, la personalidad se afirma con su verdadero rostro despojada de todos los artificios que eran posibles en el período del noviazgo, pero que la vida en común, compartida por entero, hace de allí en adelante, imposible.

No hay que engañarse. Estas observaciones no quieren en modo alguno insinuar que se haya mentado o que se haya disimulado la verdad de una manera deliberada en la época del noviazgo. Los novios más rectos, incluso aquellos y aquellas que han intentado reflejar la realidad con la mayor exactitud, no pueden liberarse de la inevitable ilusión de esa temporada. Aun sin querer engañar, pero presentándose los novios bajo su mejor aspecto, lo cual es completamente normal, se inducen el uno al otro a forjarse una idea más o menos exacta de su manera de ser.

Sea como fuere, es un hecho que ya en los primeros meses de vida en común se plantea el problema de la aclimatación a ese nuevo género de existencia. Deslastradas de la excesiva buena voluntad de la época del noviazgo, las personalidades se enfrentan a veces con viveza, a veces sordamente. Con viveza, en cuantas ocasiones se cruzan las espadas abiertamente en asaltos, tan pronto pacíficos como violentos. Sordamente, todas las veces que, sin hablar, descubren los cónyuges, en ciertos casos con sorpresa y a menudo con despecho, que son diferentes de lo que parecían ser.

No es raro que se entreguen entonces a una agresividad mal contenida y que acumulen en sí un hervidero de represalias. ¿Será necesario decir que semejante actitud es nefasta, porque no puede llevar más que a conflictos multiplicados que estallarán, tarde o temprano, en violencias verbales? Ahora bien, éstas son siempre deplorables porque siembran la discordia y resultan a menudo irreparables. Importa saber distinguir dos elementos, quizá muy unidos y, sin embargo, muy diferentes, de la vida conyugal: el conflicto de personalidad y la guerra entre cónyuges.

Que surja conflicto entre dos seres que han vivido hasta entonces desconocido el uno para el otro y que, después de un año o dos de trato, se unen para vivir en común su existencia, no puede sorprender. El distinto ambiente familiar ha desarrollado en cada uno una mentalidad particular; ciertas amistades han influido sobre los novios en diversos sentidos; cada uno tiene su carácter particular, su temperamento propio, sus reacciones personales. Por tanto, sería preciso un milagro para que no surgieran conflictos. Al no producirse éste habitualmente, las personalidades se enfrentan. El porvenir conyugal entero, la felicidad de los esposos y del hogar, se basan sobre el resultado de tal enfrentamiento. Podrán salir de él unidos real y profundamente, no con la unión superficial de los comienzos, sino con esa unión profunda, probada, sólida que es el camino normal que toma el amor. Esta supone que no se han dejado arrastrar por el pánico y que han sabido orientarse cuando surgen los conflictos iniciales. Estos, que hay que saber prever desde el noviazgo para evitar amargas decepciones, se resuelven entonces para el mayor beneficio de la pareja. Además, con esta perspectiva, deben considerarse como normales.

Se convierten en anormales cuando, de conflictos que eran al principio, se transforman en guerra conyugal. Este es el resultado trágico en que terminan muchas parejas que han vivido su noviazgo ligeramente. Se imaginaban sumidas, sin más ni más, en una vida que la unidad de su amor haría serena: rechazaban la posibilidad de todo conflicto entre ellos como si esto fuera una ofensa a su amor. Pero al entrar en la realidad de una vida conyugal que les sorprende por las dificultades que le son inherentes, asombrados por los conflictos que brotan bajo sus pasos de recién casados, se sienten desconcertados ante unos choques imprevistos. En vez de intentar con calma evitar los primeros desacuerdos aprendiendo a manejar el uno al otro, adaptarse a él, interpretarle sin falsear sus pensamientos o sus sentimientos, abren fuego y se abruman con reproches mutuos. Y en seguida, comienza la guerrilla del matrimonio: se hostigan recíprocamente hasta que uno de los dos pierde la paciencia y, harto ya, abandona pasivamente la lucha y busca evasiones. Es ya una ruptura que, aun no siendo siempre patente, no por esto deja de ser menos grave y dolorosa.

Así como hay que considerar normal el conflicto de personalidades que se produce al comienzo de una vida conyugal, y por lo tanto, no debe sorprender en modo alguno, así también hay que condenarlo cuando se transforma en guerra interna. Cuando el conflicto se agrava de este modo y las personalidades, al endurecerse, se alzan una contra otra, el equilibrio del hogar se rompe, así como la felicidad, que se deshace entonces en un estallido con frecuencia irremediable.

A fin de evitar una evolución tan peligrosa, que los novios se preparen a esos conflictos, que aprendan a anticiparse a ellos, a resolverlos, a evitarlos, efectuando desde la época del noviazgo un serio trabajo de armonización de las personalidades. Que sepan prepararse con la mayor lucidez posible a los inevitables desacuerdos que surgirán a pesar de su buena voluntad.

2. El papel del amor

Tienen, además, a su disposición la mayor riqueza: su amor. En efecto, es evidente que ese difícil acuerdo de las personalidades, esa función interior de dos seres que van a esforzarse por encontrar un ritmo común en su manera de pensar, de sentir y de vivir, no puede realizarse más que por la fuerza del amor. Este, se ha dicho, *«es el camino que lleva al des-*

*«cubrimiento del secreto de un rostro, de la comprensión de la persona hasta la profundidad de su ser»*¹. Realmente, sólo puede comprenderse lo que se ama. Es más, no se comprende sino en la medida en que se ama. ¿No es, además, la mejor prueba del amor esta delicada adaptación de los comienzos? Prueba reveladora de la calidad de un amor serio, capaz de renuncia, de paciencia, de dulzura, ante un ser imperfecto y al que debe amarse a pesar de sus imperfecciones.

Sólo un gran amor puede alcanzar esta altura. El sentimentalismo no es el amor; éste es un propósito firme de hacer feliz a quien es su objeto. No es cierto sino en la medida en que es efectivo, y no es efectivo más que cuando los jóvenes esposos, apoyándose en él, llegan a comprenderse, a corregirse, a unirse más estrechamente con el pensamiento y el corazón, eliminando ambos los elementos de desunión.

Solamente un amor semejante hará posible el acuerdo de las personalidades, porque únicamente él aportará a los cónyuges las bases mismas de ese acuerdo: *la delicadeza y la perseverancia*. Son inútiles, en efecto, todas las tentativas de acuerdo y de unión que no se basen sobre esas dos cualidades indispensables.

Primero, la delicadeza. Más concretamente, con la perspectiva del tema tratado aquí, habría que decir: el *tacto*. Este es un arte de los máspreciados, absolutamente indispensable entre los esposos. Rige todos los intercambios entre ellos, delimitando lo que conviene decir u omitir, proponiendo el modo con que conviene hablar u obrar, determinando el momento mejor para hacer una confidencia o para dirigir un reproche. El tacto no sigue reglas rígidas y fijas; es esencialmente un arte de adaptación. Es, en suma, la expresión concreta de la delicadeza, que debe presidir las relaciones entre marido y mujer.

Es preciso, al entrar en la vida conyugal, aprender a suprimir toda brutalidad, incluso esa a la cual, a menudo se llama, franqueza. «Ser muy franco» no es siempre el modo más acertado de entenderse con su cónyuge. Toda verdad puede decirse, pero no *debe decirse toda verdad, en cualquier momento y de cualquier manera*.

Constituirá el primer paso en el camino del acuerdo el aprender a proceder siempre con tacto. Esta es tanto más importante de observar, y hay que insistir en ello aún más, cuanto que tenemos todos la tendencia a dejarnos dominar por el temperamento o a perder la paciencia ante las imperfecciones de otra persona. En estas circunstancias, hablar es exponerse a decir tonterías o a ofender con un lenguaje apasionado a aquel o a aquella a quien se pretende invitar a reformarse. ¿Será preciso repetir aquí que en la época de los primeros años de vida en común, a fortiori en la época de los primeros meses, se deberá repetir la antigua fórmula: «*Hay que morderse la lengua antes de hablar*»?

Digamos, en otros términos, que el tacto indispensable para la buena armonía conyugal impondrá a ambos cónyuges la necesidad de emplear las formas precisas para exponer sus agravios, para expresar su descontento. La preocupación por proceder con tacto conducirá, además, a no hablar nunca bajo el efecto de la emoción violenta que acompaña habitualmente la primera reacción. Le sucede a nuestro espíritu lo que al agua: cuando ésta se enturbia ya no se ve nada en ella; no hay más que dejarla reposar para que recobre su limpidez. De igual modo después de un raptó de malhumor subsiguiente a una torpeza del cónyuge debe uno esperar a recuperar la calma, y al propio tiempo la aptitud para juzgar objetivamente,

¹ NICOLAS BERDIAEF, *Le sens chrétien de la création*, Desclée de Brouwer, París 1955, p. 277.

antes de levantar la voz. Esta manera de proceder es, con seguridad, la regla de oro de que debe proveerse toda pareja juvenil cuando inicie su vida en común. Por no haberla seguido ¡cuántos han visto transformarse su hogar en una palestra cerrada en donde la pareja llegó a zamarrearse recíprocamente a la primera ocasión!

En toda observación, evitar las palabras agrias; en toda crítica; evitar las palabras ultrajantes; en todo reproche, evitar la aspereza; tales son las condiciones que se requieren previamente para el acuerdo conyugal. Éste no puede realizarse más que en un clima en que el afán de comprensión recíproco sea evidente; este ambiente se creará si de una parte y de otra se emplea la destreza necesaria para hablarse con provecho.

A este elemento primordial, habrá que agregar también un segundo: *la perseverancia*. Unos esposos pueden tener la mejor voluntad del mundo, pueden sentir un deseo vivísimo de adaptarse el uno a la personalidad del otro y pueden estar dispuestos a sujetarse a los más duros esfuerzos para conseguirlo. Perdura, sin embargo, el hecho de que, cuando un joven o una muchacha ingresan en el matrimonio, llegan a él con ciertas costumbres adquiridas y que han tardado una veintena de años en desarrollarse. Por tanto, resulta evidente que, pese a la buena voluntad, es imposible suprimirlas en unos meses. El cónyuge que sufre por una deformación cualquiera del carácter del otro, no podrá exigir de éste que realice un cambio completo y repentino. Deberá soportar con paciencia unas imperfecciones que el otro tardará forzosamente cierto tiempo en superar.

La paciencia y la perseverancia deben aliarse para crear el ambiente favorable a la armonía. Si no es fácil soportar las costumbres de gentes extrañas que, sin embargo, viven lejos de nosotros, con mucha mayor razón será difícil soportar las costumbres de una persona con quien se comparte la vida entera.

Saber repetir una corrección, repetirla sin dejar traslucir que está uno harto y a punto de estallar. Repetirla, por el contrario, con incansable afabilidad, con una pizca de buen humor incluso, pero nunca fuera de tiempo. Por ejemplo, nunca delante de extraños. No se reprende a la esposa o al esposo como se reprende a los niños. Vale la pena tenerlo en cuenta porque no hay medio más seguro de llegar a un desacuerdo completo como amonestando al cónyuge delante de amigos, inoportuna e intempestivamente. Una actitud semejante procede casi siempre de un egoísmo bien cultivado que quisiera que el otro fuera instantáneamente perfecto, de tal modo que no hubiera más que placer en su compañía.

Domeñar esta impaciencia, esta precipitación, e imponerse contar con el tiempo esperando que *poco a poco* se efectúe la evolución requerida, éste es el comienzo de la cordura conyugal. «*El tiempo destruye siempre lo que se hace sin él*», enseña el proverbio. En esta verdad se basa todo el secreto del acuerdo conyugal. La precipitación es en esta cuestión un enemigo muy peligroso que hay que vencer desde la época del noviazgo. Exigir del otro que se adapte, que procure mejorar su personalidad, querer que luche contra sus defectos y consolide sus cualidades, bien está. Nada más sensato ni más legítimo. Pero exigir que eso se realice en seguida, y que la transformación sea inmediata o poco menos, sería nefasto. Se obligaría entonces al cónyuge a contentarse con cambiar las apariencias, se le induciría a adoptar unas «actitudes» que serían forzosamente superficiales; el resultado no tardaría en manifestarse con un retorno a las costumbres antiguas y un mutuo desengaño. Si hay algo que debe evitarse, es eso. Más vale proceder gradualmente, contar con el tiempo y obtener resultados ciertos. Esta paciencia será, sin discusión, una de las formas superiores del amor

y un testimonio irrecusable de desinterés. Saber esperar a que el cónyuge logre superar sus defectos, animándole sin, hostigarle, ayudándole sin desquiciarle, éste es uno de los primeros pasos en el camino del acuerdo de las personalidades. Este acuerdo se efectuará con tanta mayor seguridad cuanto con más calma se proceda. Excitarse no servirá de nada; lo más que se conseguirá es exasperarse uno mismo y por ende exasperar al otro. En tal ambiente, el acuerdo, en vez de progresar, retrocedería multiplicando los roces y exacerbando los choques. Todo esto no quiere decir que se encierre uno en la pasividad esperando que el cónyuge se decida, de una vez, a realizar un esfuerzo para adaptarse, sino que significa que al exigir de él unas manifestaciones de buena voluntad, se impondrá uno a sí mismo una paciencia a toda prueba, respetando el curso del tiempo y contando con la lentitud normal de toda evolución humana.

La aplicación de esta doble regla: «*tacto y perseverancia*» proporcionará el clima necesario para un trabajo gradual de perfeccionamiento y de adaptación, que llevará a los esposos a una feliz fusión de sus personalidades.

Digamos ahora que es preciso que el uno y el otro tengan empeño en conseguirlo. Se dirá que mencionar esto es superfluo. Todo lo contrario. Porque no es raro encontrar este extraño e ilógico fenómeno por el cual los esposos se niegan a evolucionar en el sentido que exige su unión. Es el caso de todos los que se aferran a sus manías, a su manera de ver, de hablar, de obrar, con el pretexto de que sería debilitar su personalidad el hacerla cambiar en lo que fuera. Sin tomarnos el trabajo de refutar todo lo que puede haber de sofisma necio y de reacción enfermiza en semejante razonamiento, diremos que la actitud que define hace radicalmente imposible la vida en común de una pareja. Quienquiera que la sostenga se condena a la discordia constante e impone a su cónyuge un verdadero suplicio. La vida conyugal es esencialmente una marcha de dos seres emparejados: es preciso que de una parte y de otra, sepan obligarse a adoptar el paso que se necesita. En caso contrario, la unión será sólo exterior, y la felicidad se verá comprometida sistemáticamente.

Imposible vivir juntos si los cónyuges no tienden a la armonía interior procurando eliminar en ellos lo que pueda desagradar al otro. Se trata, en suma, de intentar hacer que desaparezcan los obstáculos que traen el riesgo de impedir al marido y a la mujer «unirse», es decir agradarse.

3. Algunos obstáculos importantes

Sin recorrer aquí toda la lista de las dificultades que pueden surgir entre marido y mujer, lista que sería además inagotable dada la complejidad de la naturaleza humana, nos detendremos, sin embargo, en algunos puntos principales cuya importancia no se le oculta a nadie. Existen, en efecto, ciertos escollos de los que deben precaverse los novios, incluso antes de iniciar su vida matrimonial.

Individualismo

Entre éstos el primero es el *individualismo*, gusano roedor de la unidad conyugal. Este mal, sólidamente arraigado en cada uno de nosotros, remonta siempre a la superficie, por más que se preste atención. Cada cual, impulsado por el individualismo, se dedica a pensar primero en sí mismo, a buscar su comodidad en detrimento ajeno, a facilitarse la vida, aun-

que sea a costa de unas complicaciones muy desagradables para los otros. Esta mentalidad llevada a la vida conyugal no tarda en minar el amor. Porque ¿cómo amar a un ser que vive sin cesar replegado sobre sí mismo, preocupado de sí mismo, un Narciso cuya actitud de autocontemplación hace de él un aislado en el seno de la pareja? El amor es una corriente bilateral; no puede vivir en sentido único sino por excepción, y no se debe nunca contar con esa excepción.

¡Cuidado, pues, con el individualismo! Los esposos deben desconfiar de él como de la peste, porque puede insinuarse sutilmente y minar las uniones más sólidamente instauradas. Y con mucha mayor razón si se trata de una unión que comienza. Renace la mayoría de las veces con virulencia después de unos cuantos meses de matrimonio. El yugo de la vida en común empieza entonces a dejarse sentir un poco más; las responsabilidades se multiplican, y por una reacción espontánea se tiende a reafirmar los propios derechos.

En general, el proceso principia por el lado del hombre, a quien sus actividades exteriores empujan fuera del hogar. Poco a poco se deja dominar de nuevo por una tarea acaparadora, se ve invadido por preocupaciones ajenas al hogar, y bajo la fuerza siempre tan perniciosa de la costumbre, se dedica a pensar y a reaccionar... como si siguiese todavía soltero. Ha vuelto a ser el «individuo» que era antes de su matrimonio. Esto resulta, más agudo y más indignante para la joven esposa, cuando ésta descubre después de breve tiempo que las atenciones de su marido hacia ella coinciden con los momentos en que él ansía la unión carnal. De aquí a inferir la conclusión que el matrimonio es para él una cuestión de interés fisiológico y no amoroso, no hay más que un paso. Raras son las que, en estas circunstancias, no lo dan. Y es entonces, del lado de la mujer, la caída en la soledad con todo lo que ésta implica de riesgos desconocidos. Se desprende psicológicamente de su marido, se repliega sobre sí misma y vive de sus recuerdos, de sus añoranzas o de sus sueños. Se endurece también contra aquel en quien nota que vuelve a ser un extraño, y por poco temperamento que ella posea, la ruptura se efectúa de manera cierta, al menos interiormente.

Se rompe entonces la unidad, y cada uno se halla en situación defensiva o de agresión con respecto al otro. Es el triunfo del individualismo y el fracaso del amor. Cuando se ha desarrollado el proceso descrito en las líneas precedentes, hay motivo para creer que los esposos acaban de dar la espalda a la felicidad. Ésta, una vez contraído el matrimonio, no es posible más que en la *unidad*. Ahora bien, la unidad resulta imposible allí donde triunfa el individualismo; esto es evidente. Por eso los esposos deben dar muestra de una vigilancia siempre viva. No bien asoma la oreja el individualismo, es decir, en cuanto se vuelve a hablar con demasiada frecuencia sólo en primera persona, en cuanto procura uno aislarse del otro en sus ocios, en sus actividades sociales, y a recobrar su libertad de acción, desde ese momento es preciso reaccionar a toda prisa. Hay que esforzarse en seguir siendo una pareja, unida con tanta frecuencia como sea posible y en todos los terrenos posibles; ciertamente, habrá, tanto del lado del hombre como del lado de la mujer, ciertas formas de actividad en las que se encuentra uno solo. Esto es normal y ahí no está el mal. Éste comienza cuando se suscitan esas ocasiones y se las provoca sistemáticamente, con el fin, *inconfesado*, pero sin embargo indiscutible, de liberarse. Hay que ser entonces lo bastante lúcido para comprender que se arriesga uno en una pendiente que someterá rápidamente el amor a una ruda prueba. Hay que reaccionar no bien esa tendencia aparece y volver entonces a esa ocupación del «*nosotros dos*» que es la salvaguardia primera de la armonía.

Sería ridículo e inconsecuente, después de haber escogido el amor y optado por el matrimonio, mutilar la unión por el solo motivo de negarse a vivir realmente en compañía del otro. Vivir con él en el sentido estricto de la palabra, con toda la solicitud atenta que ello supone.

El *culto del nosotros* es la clave primera del acuerdo entre esposos. Al aceptar el amor — y su consecuencia final que es el matrimonio— el uno y el otro han aceptado oficialmente el construir un *nosotros* en detrimento de su *yo*. No se debe, desde los primeros meses de vida en común, recuperar lo que acaba apenas de darse. Volver entonces a su *yo* para protegerle contra las invasiones legítimas del *nosotros*, intentar multiplicar las estratagemas para retirar con la mano izquierda lo que la mano derecha acaba apenas de ofrecer, reservarse terrenos intocables donde pueda uno aislarse y olvidar sus responsabilidades, esto se llama atacar seriamente la unidad conyugal. Cuando unos esposos comienzan a poner un cuidado exagerado en su propia personilla, cuando se aplican a reducir sus obligaciones al mínimo estricto, ¿cómo podría conservarse vivo el amor? Hay para todos los esposos un dilema inevitable: o desarrollan el culto del *yo*, o se consagran al culto del *nosotros*. No hay término medio entre estas dos actitudes; hay que adoptar la una o la otra. Ahora bien, quien se repliega sobre sí mismo y deja que el *yo* se hinche en él, verá muy pronto a éste ocupar todo el sitio. Volverá a ser un individuo preocupado sólo de su persona; y el hogar estará tras él como la jaula detrás del pájaro. Huirá de él. Será el final del amor. El final de la paz. El final de la felicidad. No hay acuerdo posible entre el individualismo y la vida en común. Bajo pena de ver que ésta se hace insostenible, hay que consagrarse a un culto constante y atento del *nosotros*. Pues de otro modo, no se logrará nunca la armonía conyugal. El individualismo es el enemigo acérrimo de todo amor, el combate que se entabla entre los dos es siempre decisivo allí donde triunfa el individualismo, el amor fenece; cuando se desea la victoria del amor, hay que domeñar el individualismo.

Los celos

Por otra parte, se evitará el desarrollar, en sentido contrario, un espíritu de posesión demasiado acaparador. ¿Quién no conoce esa mentalidad tan enojosamente mezquina con la cual el marido o la mujer tienden a considerar al cónyuge como «su cosa»? Ciertamente existe, ligado a todo amor, un exclusivismo sano, y cuya ausencia sería inquietante en quien dijese que ama. Pero de ahí a adoptar una actitud recelosa basada en una desconfianza suspicaz hacia el cónyuge, hay un margen considerable. Esto equivaldría a mostrar todos los síntomas de esa llaga perdurable de la vida conyugal: los celos. Nadie duda que éstos sean un estado morboso de los mejor caracterizados. Están constituidos por un conjunto de complejos que se recortan en las divagaciones de una imaginación cuyos tinglados llegan a veces al delirio. No se puede hacer razonamientos a un celoso; no hay más que resignarse a soportarle. Ahora bien, tal resignación, con todo lo que contiene de disgusto y de lasitud, sería difícil de mantener durante toda la vida. Por eso no vacilamos en advertir a los novios a quienes, están destinadas estas páginas que en caso de que los celos hagan su aparición desde la época del noviazgo, no hay más que una solución, por dura que sea: la ruptura.

¿Tal vez se piense que esta solución es demasiado radical? Se intentará entonces reformar al celoso inspirándole una confianza a la cual no puede llegar, se esforzará el otro en evitar toda actitud equívoca que pudiera prestarse a una falsa interpretación. Toda esta buena voluntad será, sin embargo, trabajar en balde porque el demonio de los celos es de los

más tenaces; no abandona fácilmente a aquel en quien mora. No hay quizá para el amor un extravío más comprometedor que éste. Y es que, bajo el influjo de tal pasión, el clima de armonía que se, basa por completo en la confianza mutua, se altera rápidamente. Las escenas se suceden: se acusa, se implora el perdón, y, apenas concedido éste, se vuelve a empezar con más fuerza, entregándose de nuevo a la estratagema de las suposiciones gratuitas.

Estos cambios no pueden durar indefinidamente sin que la vida llegue a hacerse insoportable. Ahora bien, quién querría empeñarse en una existencia tal? Nadie, seguramente. Y, sin embargo, hacia esta situación infernal se encaminan el novio o la novia cuando aceptan casarse sabiendo que el otro es celoso. Después, es ya demasiado tarde; no hay más que zafarse de la situación intentando mejorarla con la mayor habilidad posible. En caso necesario, no hay que temer en recurrir a un tratamiento psiquiátrico. El celoso es un enfermo y hay que saber considerarle como tal.

Por lo demás, los esposos deben ser siempre circunspectos y cuidar de corregir la menor desviación en ese sentido, en cuanto aparezca. Como ya hemos dicho, existe un exclusivismo de buena calidad, exigido por el mismo amor; pero no bien se entregue ese exclusivismo al juego de la imaginación y se cree problemas con exceso frecuentes o demasiado violentos, sin causa proporcionada, hay que contenerlo. Una pareja no puede vivir más que de confianza mutua; sin ésta la tortura será segura con las rebeldías brutales que forzosamente originará. Hay, podría decirse, una higiene del amor que se denomina confianza. Ésta se desarrolla por intercambios periódicos de opiniones, que deben mantenerse a fin de que la imaginación, sobrecargada en ciertas horas, se modere y recobre su aplomo. Por eso es preciso que todo cónyuge desarrolle en sí mismo un reflejo defensivo contra las sospechas que puedan surgir eventualmente en su interior. Saber probar el fundamento de aquéllas es absolutamente necesario, y la regla prescribe que, en caso de duda, se confíe en el cónyuge. Es ésta la primera manera de ser justo con él.

Humor detestable

Siempre dentro del capítulo de los obstáculos que se alzan en el camino del amor, y contra los cuales viene a estrellarse con frecuencia la armonía de la pareja, hay que señalar además el malhumor crónico. ¡Poco importan todas las explicaciones que se aporten para justificarlo! Ya provenga de un hígado averiado o de un estómago enfermizo, ya sea simplemente efecto de un mal carácter, o ya dependa de un sistema nervioso fuertemente quebrantado, en cualquier caso el malhumor lo estropea todo. Actúa como pantalla en el amor, a semejanza de las nubes que se interponen entre la tierra y el sol. Éste, sigue estando allí y brilla en el firmamento, pero ni su luz, ni su calor consiguen atravesar la densa capa de nubes que lo aíslan de la tierra.

En un hogar donde impera el malhumor, el amor puede muy bien existir e incluso ser profundo, pero no brilla y se olvidará muy pronto que existe, disimulado como está detrás del biombo estanco de las caras desabridas. Cuando el mal se revela constante, lleva por lo general a aquel de los cónyuges que debe soportar la irritación del otro, o bien a responder en la misma moneda, o bien a huir. La primera solución engendra, sin duda, roces multiplicados cuya intensidad se hace más peligrosa cada vez. Entonces, es la cólera la que hace su aparición y lanza a uno contra otro, a un hombre y a una mujer, que deberían procurar entenderse pero que, por exaltarse, acabarán muy pronto por injuriarse y ofenderse.

Contra tal peligro conviene cultivar la serenidad. Una atmósfera en calma favorece mucho más la armonía que las actitudes obstinadas; hay un gran peligro en entregarse a esos modales por medio de los cuales muestra uno su descontento enojándose. En realidad, enojarse es una puerilidad que resulta intolerable en los adultos. Que la mujer, sobre todo, se guarde de manejar esa arma de dos filos; la tentación es quizá mayor en ella a causa de su sensibilidad tan propensa a la influencia. Una mujer adulta no se enoja si alguna vez lo hace, será accidentalmente. Pero si, por desgracia, a causa de una falta de madurez flagrante se entregase a esa costumbre tan desagradable, ¡qué amenaza significaría para el hogar! En efecto, en tales circunstancias, éste llega a ser inhabitable para el marido, que no sabe nunca lo que va a encontrar en su casa: una cara sonriente o un «rostro de palo». Cuando éste último es desde luego más frecuente, el esposo busca disculpas para huir de un hogar que, por ese motivo, no tiene nada de atrayente. Es la evasión, con los riesgos innumerables que implica. Casi siempre la evasión del esposo es fruto del malhumor de la esposa. Por tanto, hay que hacer lo posible por conservar la serenidad que permite a los esposos complacerse en su compañía mutua.

Además, con mucha frecuencia, en el origen del enojo, está el orgullo. Algunas torpezas inconscientes y repetidas traen como consecuencia que la mujer ofendida se refugie en una protesta silenciosa pero virulenta. Se encierra en sí misma, negándose a avanzar más por el camino de la comprensión. Y no admite el perdón. Pensando que ha iniciado ella demasiadas veces los pasos para la reconciliación, se repliega ahora a la defensiva y manifiesta su protesta con una terquedad irreducible.

Aparte de que esta manera de comportarse es anticonyugal, ¿no resulta evidente que es también, simplemente anticristiana? Con el seudónimo de Heylem, un autor que se dirigía precisamente a las esposas y a las madres, subrayando el peligro que hay para ellas en eludir el esfuerzo, transcribía brevemente el discurso que se dirige una para sus adentros en esos casos: «No, no cederé. Estoy ya harta de hacer el papel de la "buena chica" que da siempre el primer paso, el primer beso, la primera sonrisa. Si fuese mía la culpa, estaría justificado. Pero... no transigiré. Es una cuestión de justicia. Y también de amor propio. Además, no me gusta perder prestigio, ni siquiera ante mi marido»¹.

A modo de respuesta a esta actitud agresiva, tan peligrosa para la armonía conyugal, el autor recordaba la parábola del hijo pródigo en la que el padre está a punto de perder prestigio ante el hijo. El perdón es una de las piedras de toque del verdadero cristianismo; debe, pues, extenderse a toda la vida y a toda persona. Con mucho mayor motivo se impone, como una necesidad, a los esposos que, además de amarse con caridad, comparten un amor humano por el cual se han entregado el uno al otro sin reserva.

Hay que insistir en este aspecto. Hablábamos antes de la mujer que se refugia con frecuencia en el «enfado» y se niega a perdonar. Si esto se produce a menudo en ella, es que su sensibilidad, mucho más vulnerable que la de su marido, la expone aún más a heridas internas. No posee ella, sin embargo, el monopolio del malhumor. Hay que reconocer que el hombre, a su vez, lo utiliza con frecuencia, impulsado por su orgullo. Se ha ofuscado por un motivo o por otro, y entonces se apoya en su soberbia sublevada, decidido a no hacer ninguna concesión. En él también, la fobia a dar el primer paso puede triunfar. Semejante política es, evidentemente, anticonyugal. Si hay una manera de hacer la vida en común insostenible,

¹ HEYLEM, *Il n'y a qu'un amour*, Éd. Feu Nouveau, París 1950, p. 170.

es realmente ésa. En este caso, el triunfo de la terquedad, del orgullo y del malhumor, significa la ruptura del acuerdo entre los esposos; prepara el terrible empuje de un egoísmo que se desarrollará sobre el amor como un cáncer, royendo todas las facultades de entrega, mirando todas las generosidades.

Es necesario, a todo precio, vencer el malhumor, y para conseguirlo, cultivar el arte del perdón recíproco. Que no se tema ir demasiado lejos en ese sentido, porque si es peligroso perdonar demasiado, mucho más peligroso es no perdonar lo suficiente. De tener que elegir entre los dos excesos, habría que optar sin titubeo por el primero, porque un exceso de bondad sólo puede servir al amor, mientras que por el contrario, éste no podría sobrevivir a una negativa de perdón. En la vida conyugal es donde tiene mejor aplicación la respuesta de Cristo: ¿Cuántas veces hay que perdonar? Setenta veces siete... Es decir, ¡siempre! Solamente en la medida en que el uno y el otro hagan de esta ley cristiana norma de su vida cotidiana florecerá la vida en común en la comprensión.

Cualquier otra orientación sólo puede acarrear endurecimientos y choques que acabarán por destruir la felicidad. Para que la vida en común sea bella, para que sea armoniosa y reine en ella la alegría, para que el amor sea fácil, es preciso que marido y mujer se traten con toda caridad, concediéndose recíprocamente un perdón renovado sin cesar.

Muy cercana al malhumor del que acabamos de hablar está —igualmente nefasta— la taciturnidad. El malhumor se caracteriza por cierta agresividad que se deja sentir hasta en los silencios y que se trasluce en los menores gestos. La taciturnidad se caracteriza, al contrario, por la pasividad. Es un estado de espíritu en el cual no se encuentra nada que decir; se encierra en un silencio que confina con la indiferencia y se atrinchera en sí mismo.

Este defecto es, la mayoría de las veces, patrimonio del hombre. Aun no siendo siempre consecuencia de mala voluntad, no por ello debe dejar de ser corregido. Hay maridos que no comprenden que imponen así a su mujer un verdadero suplicio. A lo largo de todo el día, ésta queda confinada en su hogar donde no tiene nadie con quien conversar, ¡como no sea con sus pequeños! Cuando llega el marido, siente ella una necesidad muy comprensible de «comunicarse» con él. Pero éste, cansado, rendido, no se encuentra con ganas de conversar. Unos cuantos monosílabos revelan en seguida a la esposa que el silencio es norma fija. Cuando esta se repite con regularidad, cuando el marido no piensa más que en arrellanarse beatíficamente en un sillón para leer la reseña de los actos deportivos o concentra toda su capacidad de atención en los comentarios que difunde la radio, la mujer se siente rechazada. Si el marido se contenta con un breve saludo para encerrarse después en un mutismo desconcertante, ¿cómo podrá él llegar nunca a comprender a su mujer? Por seguir este sistema bastante simplista más de un marido ha llegado a ser un extraño para su esposa hasta el punto de no saber ya nada de ella: de sus pensamientos y de sus sentimientos; de sus esperanzas y de sus decepciones, de sus alegrías y de sus penas. Ahora bien, cuando unos cónyuges llegan a ser extraños el uno para el otro, cualesquiera que sean los beneficios que puedan lograr por otra parte, están al borde del fracaso. La situación es tan falsa, en efecto, que no puede durar, y tarde o temprano, un acontecimiento vendrá a arrancar la máscara para dejar aparecer la triste realidad de un amor desengañado.

Que el marido sepa, pues, hacer un esfuerzo para salir de sí mismo y para dedicar a su esposa, *por lo menos*, tanta atención como prestaba en otro tiempo a su novia. ¿No es extraño, en efecto, que en la época de las relaciones, haya uno tenido tantas y tantas cosas de que

tratar, hasta el punto de no acabar nunca de conversar durante las tres o cuatro tardes en que los novios estaban juntos? Es un contrasentido sorprendente pensar que una vez casados, no se pueda encontrar medio de conversar juntos seriamente, de cuando en cuando. Por eso, así como hay que combatir el malhumor, hay también que luchar contra la taciturnidad, a fin de que el hogar brille siempre con la luz de la alegría. Ésta, solamente, prepara el clima necesario para una comprensión honda y duradera; es, indiscutiblemente, la mejor salvaguardia del amor.

El alcohol

Por último, entre los obstáculos que pueden comprometer irremediablemente la armonía conyugal, no puede dejarse de mencionar el alcohol como uno de los más perniciosos.

Es obvio que el alcoholismo enfermizo que transforma el marido en un beodo inveterado es enemigo del amor. No insistiremos en ello, pues ningún hombre sensato pretenderá lo contrario.

El peligro llega a ser más especioso en aquella situación en que el alcoholismo no es todavía enfermizo. Se infiltra poco a poco con los aperitivos que se multiplican, los licores, los vinos, etc. Se sostiene entonces que no se trata de un exceso sino de un uso moderado que no puede alterar en nada la paz del hogar. A esto, y no por dar crédito a una teoría cualquiera y sin otro fin que prevenir las dificultades en las que se hundieron numerosos amores juveniles, responderemos que un uso, aun moderado, no bien se hace un poco intensivo y sobre todo habitual, es siempre un abuso. Si no en sí mismo, al menos en las consecuencias que ocasiona.

Para ilustrar esta idea hay que recordar la observación del doctor Massion-Verniory: «Para manifestarse —escribe— la desarmonía no requiere que el marido vuelva borracho perdido o excitado hasta el punto de llegar a vías de obra con los que le rodean. Se manifiesta ya en el matrimonio en el cual el marido, agente comercial, funcionario o empleado, le gusta entretenerse con un compañero al regreso de un viaje o a la salida de la oficina, antes de volver a su domicilio. Se va al bar o se acomoda en un café. Con el número de camaradas aumentan las rondas, así como el tiempo pasado lejos del hogar». El cuadro no es imaginario; está tomado del natural y describe con exactitud unos hechos de los que todos han sido testigos.

De igual modo, las siguientes líneas señalan las consecuencias desastrosas que esa manera de proceder puede acarrear en el ámbito conyugal: «*El marido vuelve eufórico, un poco excitado, y se siente en vena de probárselo a su mujer. Irritada ya por su retraso y asqueada por su aliento, ella se muestra reacia a ciertas insinuaciones, sobre todo si éstas se efectúan en medio de una ocupación absorbente. La cólera ruge en ella; y los reproches se profieren en un tono amargo y agrio. Si el marido no tiene fuerza de voluntad para dejar de beber, puede surgir un conflicto agudo, cargado de consecuencias para la estabilidad del hogar, porque la esposa acaba a la larga por sentir repulsión y desprecio hacia el ser al que amaba intensamente*»¹. Repulsión, desprecio, asco, tales son las consecuencias inmediatas del alcohol. La pareja se ve arrastrada rápidamente a unas rupturas que al principio se superan, pero que se hacen cada vez más hondas, para acabar siendo irreparables.

¹ Dr. L. MASSION-VERNIORY, *Le Bonheur Conyugal*, t. I: *Ses obstacles*, Casterman, Tournai 1951, p. 139-140.

Por eso conviene insistir ante los novios para que ese peligro quede descartado desde el principio. Será necesaria, por encima de todo, una constante energía para que el joven marido no se deje captar por incitaciones que las costumbres de nuestra época multiplican, sin que se advierta. Y necesitará la joven esposa mucha habilidad para apartar a su esposo de esa tendencia.

4. Aceptar las imperfecciones del otro

A todos estos obstáculos que hemos señalado por ser los más frecuentes, se añaden otros. Cada pareja deberá descubrir los que le sean particulares para superarlos lo antes posible. El amor es hermoso y entusiasmador, pero no llegará a sobrevivir si no se le asegura una atmósfera sana. Ahora bien, la salud del amor, es la armonía. Se realizarán, pues, todos los esfuerzos precisos para conseguirlo, y se aplicará la pareja a efectuarlo desde los primeros meses. Para llegar a un acuerdo perfecto, a una armonía definitiva, se recordará que ésta requiere una larga temporada y, por consiguiente, se pondrá en ello la paciencia necesaria. Pero desde el período del noviazgo, se preocuparán de depurar su personalidad para que ésta presente la menor cantidad de asperezas. Y se trabajará conjuntamente en preparar una unión que sea realmente inquebrantable: ¡No de palabra sino de verdad!

Convivir dos personas no es un modo de existencia fácil. Porque si hay, de una parte, numerosas cualidades, elementos seguros de armonía, hay también, de la otra, en cada uno de los esposos, unas imperfecciones no menos ciertas, unos defectos no menos numerosos. Por consiguiente, la convivencia de dos seres, para desarrollarse armoniosamente y llevar a la felicidad, deberá construirse teniendo en cuenta esas deficiencias. Aplicarse, sobre todo, a superarlas será indispensable; en otros términos, cada uno de los esposos deberá entablar consigo mismo un combate diario, a fin de hacerse más maleable extirpando de su persona todo lo que pudiera engendrar conflictos y producir el desacuerdo, a más o menos breve plazo. Sentirse consciente de esta necesidad verdaderamente vital para el amor, aceptar concretamente el conformarse a ella, no incurrir, en el curso de los años, en la desatención a fin de que el otro no se entregue a la indiferencia, esto aparece como la ley fundamental del acuerdo entre los esposos. A lo cual podría añadirse que es preciso, además, aceptar las imperfecciones del cónyuge; aceptarlas, no como una molestia a la que está uno, a su pesar, condenado y que sólo se soporta a regañadientes, sino aceptarlas como la prueba misma del amor que dice consagrar al otro. Porque sería fácil amar a un ser perfecto; pero ¿semejante amor no pararía en el egoísmo? Por el contrario, amar a un cónyuge imperfecto, vivir con él en la más profunda comprensión, esforzarse en hacerle feliz sin tener con él más que exigencias, matar en sí la tentación del reproche constante, esto es verdaderamente una prenda de amor. Sólo puede alcanzarse la felicidad, en la vida conyugal, cuando el amor llega hasta ahí.

VI

Vuestro cuerpo y vuestro amor

Al comienzo del capítulo anterior recordábamos que el amor requiere la unidad. Esto rebasa evidentemente el plano psicológico. En su calidad de humano, el amor hallará su expresión lo mismo al nivel de los cuerpos que al de las almas. Por eso suscitará siempre una atracción sensible entre los que se aman. La forma última de esta inclinación natural será la unión sexual tal como la exige el matrimonio. Sin embargo, esa atracción se elaborará gradualmente a lo largo del noviazgo, y creará con frecuencia situaciones sumamente delicadas. Por eso es indispensable abordar con entera claridad esta cuestión.

Sería hacer un malísimo servicio a los novios el resbalar, sin tocarlo, sobre el problema espinoso y delicado que a todos ellos se les plantea con una agudeza más o menos grande según los casos; el problema de la pureza de su relación.

1. Los datos del problema

Para enfocar bien esta cuestión, es preciso ante todo plantear el problema con arreglo a sus verdaderos datos. Los vamos a examinar explícitamente con el fin de hallar una solución positiva: el sentido de la sexualidad, las dificultades que promueve su dinamismo natural y, por último, las condiciones sociales en las que se desarrollan las relaciones de los novios.

El sentido de la sexualidad

Digamos, en principio, que no hay que perder nunca de vista el origen divino de esta fuerza tan impetuosa que sorprende a veces al hombre con sus irreductibles violencias. A menudo, por una deformación cuyos orígenes no cabe examinar aquí, se identifican sexualidad y mal, hasta el punto de que se llega a tomar por artículo de fe que todo lo que es sexual aleja de Dios. Ahora bien, es ésta una aberración de las más perniciosas, porque desorienta las conciencias y destruye el equilibrio interior de los que la padecen; y es también de las más falsas porque contradice directamente los hechos, tal como la propia revelación los refiere. ¿No se lee, en efecto, muy al comienzo de la Biblia, cuando el escritor sagrado relata el origen del género humano, que Dios dividió a éste en dos sexos, complementarios uno de otro y ordenados el uno al otro: «Dios creó el hombre a su imagen, a imagen de Dios le creó; varón y hembra los creó»?¹.

¹ Gen 1, 27.

No hay que ser muy letrado para inferir de ello que en el hombre la sexualidad no se presenta como una fuerza maléfica que es preciso contener a todo precio rechazándola al subconsciente, sin reconocerle nunca ningún valor objetivo, ninguna dignidad, ninguna nobleza. Lejos de eso. La sexualidad es buena, con la misma bondad del hombre. Este, cuyo ser —cuerpo y alma— es una imagen, la más perfecta de toda la creación, del ser del Creador, no podría ser condenado según el valor de su propio ser. Ciertamente, su actividad puede ser deficiente, la debilidad de su libertad le expone a veces a profundos fracasos, pero no se puede inferir de ello que su ser sea malo. Dios que le creó, le ha dado un ser bueno. Bueno en su totalidad: *en su cuerpo y en su alma*. De aquí proviene esta verdad primordial: la sexualidad del hombre que es la propia expresión de la vida que Dios ha instaurado en él no podría, en sí misma, ser juzgada mala. Innegablemente, así como todas las otras fuerzas que en el hombre se encuentran puede ella viciarse por el hecho de un mal uso; se hace entonces reprehensible a causa de este abuso. Pero en sí misma, no por eso deja de ser un dinamismo que tiene su origen en Dios, encontrando en ello un título indiscutible de nobleza. Como no se comprenda bien esto y se destruya en su más honda raíz el tabú con que el término mismo de sexualidad está rodeado —y con mucha mayor razón la realidad que recubre ese término— nos alejaremos de un concepto verdaderamente recto del hombre. El bien no gana con ello nada, y el mal lo gana todo, porque el ostracismo a que se ha condenado a menudo el sexo no conduce más que a unas desviaciones mórbidas; y lo peculiar de estas últimas es preparar erupciones, cuya violencia imprevisible es tan estrepitosa que llega a resultar catastrófica, tanto para el equilibrio humano como para el equilibrio sobrenatural.

Tal es, por tanto, la primera verdad que revela el texto sagrado. A ésta se añade una segunda que no es menos importante ya que especifica en qué sentido lo sexual se encuentra orientado.

En efecto, inmediatamente después de haber afirmado la creación del hombre a *imagen de Dios* es cuando los primeros versículos del Génesis mencionan la dualidad de sexos. Considerado como imagen de Dios, el hombre es creado «varón y hembra». Ahora bien, como ya se sabe, según la célebre definición dejada por san Juan, «*Dios es amor*»¹. La comparación se impone por sí misma. Puesto que «Dios es amor» y el hombre es su imagen, estará también marcado en su propio ser por y para el amor. Llamado así al amor, es creado «varón y hembra», es decir, que esta dualidad de los sexos, en el género humano, se sitúa en una perspectiva de amor. En tanto en cuanto es el hombre capaz de amor, a semejanza de Dios, encuentra en él esta fuerza instintiva de la sexualidad: y es en el amor, a imagen de su *Creador* en el que está él llamado a convertirse en *procreador*. La continuación del texto sagrado que establece explícitamente el objetivo de la sexualidad, confirma además esta interpretación: ya que en seguida añade: «*Dios los bendijo y les dijo: Fructificad, multiplicaos y llenad la tierra*».

Aquí también hay otro punto de vista importante: así como era indispensable reconocer el *origen divino* de la sexualidad, es igualmente esencial reconocer que no tiene sentido más que *practicada* en el amor y *orientada* —al menos en su manifestación perfecta— *hacia la fecundidad*.

Olvidar esta segunda verdad conduciría a unas actitudes cuando menos tan morbosas, y quizá más aún, que la ignorancia de la primera. Respetar la naturaleza de la sexualidad, en

¹ | Jn. 4, 8.

su totalidad, es decir reconocer su origen y finalidad, sin intentar desviar la una o la otra con sofismas impuestos por apetitos irregulares, es indispensable. Es el primer paso y el más decisivo. Fuera de esta justa perspectiva, no se puede llegar más que a destruir el amor, a pervertir el dinamismo sexual, y a romper al mismo tiempo que el equilibrio del hombre sus posibilidades de felicidad. No se trata de despreciar la sexualidad, ni de exaltarla como si lo fuera todo en la vida, sino simplemente de colocarla en su sitio, situándola conforme a sus exactas proporciones en el universo del hombre. Para resumir el orden providencial en el cual se inscribe la sexualidad, diremos, en unas palabras, que, en su origen, proviene de Dios, que debe manifestarse en el amor y que está ordenada, por naturaleza, a la procreación.

Estos datos fundamentales son indispensables para comprender que quien reclama la pureza del hombre y de la mujer, no pretende en modo alguno negar el dinamismo sexual que aflora constantemente entre ellos; se trata simplemente de canalizar por medio de la pureza ese dinamismo con arreglo a su naturaleza profunda, permitiéndola alcanzar su mayor perfección.

En este sentido, Berdiaef definió con raro acierto el sentido de la pureza: «*La vida sexual supone la pureza*», ha escrito; es «*una manifestación sexual, una de las vías por donde se manifiesta la energía sexual. Es en la pureza donde se conserva la unidad del hombre. No es, por tanto, la negación de la sexualidad, sino tan sólo su salvaguardia*»¹.

La pureza no se impondrá, pues, como una prohibición gratuita impuesta a los novios por el gusto de crearles molestias. En ningún momento cultivará ella el desprecio de lo sexual ni pretenderá condenar el mundo de los afectos sensibles. No será impuesta como el enemigo del amor y de la ternura. Al contrario. Exigir a los novios jóvenes que se impongan esta dura disciplina y que se obliguen a respetar su cuerpo, es invitarles a no dejarse llevar por el desorden. Un desorden tanto más temible para ellos cuanto que ataca las fuerzas vivas del amor y desorienta a los que se entregan a él. La naturaleza del hombre está hecha de tal manera que tiene exigencias imperiosas con respecto a la razón: exige de ésta que dirija la evolución de todo el ser humano. Lo sexual no se libra de esta exigencia, que —lejos de ser impuesta gratuitamente desde el exterior— brota de lo más profundo de nuestra naturaleza misma. Porque, según acabamos de ver, la sexualidad en el hombre no es una fuerza ciega que surge en todos sentidos, indiferentemente; es un dinamismo turbulento, si se quiere, y difícil de mantener bajo control pero orientado en un sentido bien definido y que requiere, para florecer con plenitud, desenvolverse conforme a su orientación fundamental. Es necesario comprender que soltar el instinto sexual, es negarle que sea verdaderamente humano. La ley inscrita en la naturaleza del hombre responde en este punto a las exigencias de Dios, y la negativa de la pureza conduce al desequilibrio de esta potencia de don que es la energía sexual. Tenía razón aquel filósofo que, parándose a reflexionar sobre estos datos de la vida humana, escribió: «*El demonio tienta a menudo al hombre por el sexo, a fin de arrancarle a su contexto, a su historia, porque, si su vida se desordena, su ser se desgobierna*»². Exigir la pureza, no es, por tanto, negar al hombre que sea él mismo; es, por el contrario, impulsarle a luchar para realizar su verdadero ser, domeñando en él una fuerza que podría destruirle. Recordar esto es capital, para no incurrir en las teorías sofisticadas de los que

¹ NICOLAS BERDIAEF, *Le sens de la Création*, Desclée de Brouwer, París 1955, p. 237.

² MAX PICARD, citado por J. M. OESTERREICHER, *Sept philosophes juifs devant le Christ*, Éd. du Cerf, París 1955, p. 470.

pretenden que el hombre lleve a cabo su expansión, corrompiéndole. A este respecto es la virtud la que salva la naturaleza, y no es, en absoluto, entre los disolutos donde hay que buscar el dinamismo sexual más potente. Berdiaef lo ha advertido, formulando esta verdad en términos que se aplican a nuestro propósito: «*Los ascetas cristianos, que habían domeñado en ellos toda vida física, reconocían, sin embargo, la importancia del problema sexual, con más agudeza quizá que muchos de sus contemporáneos que hacían, en el siglo, una vida "natural". Porque el ascetismo es uno de los aspectos metafísicos de la sexualidad*»¹. No es éste lugar apropiado para ahondar esta última verdad. Retengamos, sin embargo, que en el dominio de la sexualidad, virtud y naturaleza se encuentran por completo.

Las dificultades que promueve su dinamismo

Habría, sin embargo, que estar poseído de un raro idealismo para no reconocer que, bajo la violencia natural de esta fuerza, se efectúa en el hombre una rotura de su equilibrio. Se podría comparar la sexualidad a una corriente subterránea que corre bajo tierra para brotar de pronto, en el momento más inesperado, haciendo estallar todo lo que parece querer resistirla. En el hombre más equilibrado la sexualidad puede súbitamente elevarse y rugir hasta el punto de que, movido, según una expresión consagrada, por una «fuerza ciega», se encuentra a cien leguas de sus pensamientos habituales, sacudido por una conmoción cuya intensidad misma le aterra. Y es que, por secundaria que sea en el hombre la sexualidad, no por ello deja de imponerse con gran impetuosidad. «*La paradoja de la sexualidad*—observa Marc Oraison— *consiste en que representa una de las potencias psicoafectivas más intensas, pero que no es, como tal, más que secundaria en una síntesis espiritual de la persona. No es sino un registro de las manifestaciones de la personalidad, pero este registro es particularmente sonoro*»². Esta sonoridad de la sexualidad es sobre todo intensa en la época de la juventud, cuando el cuerpo se halla en plena salud y el «misterio sexual» sigue siendo una razón más o menos cerrada, atractiva precisamente por lo que hay en ella de desconocido.

Por eso es preciso inclinarse ante el hecho de que el período de las relaciones, sobre todo cuando ha alcanzado el punto culminante que es el noviazgo, presenta dificultades especialmente agudas. El joven y la joven están enamorados; aspiran el uno al otro según la propia tendencia que toma la naturaleza en semejante contexto, y aspiran también a manifestar el afecto que se profesan mutuamente, con muestras de ternura que se imponen de manera espontánea. La «sonoridad» del registro sexual es entonces extraordinariamente sensible; no domina uno el teclado sobre el que toca, hasta tal punto que se oye un ruido atronador cuando no se esperaba oír sino un hilo de sonido.

En este terreno, la dificultad del control no debe sorprender a nadie. En el estado de debilidad en que el hombre se encuentra desde que ha sido vulnerado en su equilibrio fundamental, de resultados del pecado original, resulta explicable que, ante el empuje de una fuerza eruptiva como ésta, pueda quedar desconcertado. El daño no es sólo personal, es general; es una debilidad de la especie, podría afirmarse, y estaría uno en lo cierto. Porque la especie humana ha sido creada en la dualidad *carne espíritu*, como se señalaba al comienzo de estas páginas. Es decir que el orden de la creación establece un equilibrio entre esas dos fuerzas divergentes que él reúne en la unidad del ser humano. La expresión típica de esta unidad

¹ NICOLAS BERDIAEF, o.c., p. 235.

² MARC ORAISON, *Amour ou contrainte*, Spes, Paris 1956, p. 160.

será el instinto genital. Es, por tanto, natural, como señala Henry Bars, que la grieta comience y se difunda por ahí, si el orden de la creación está agrietado ¹. Así resulta cierta la frase de Bernanos: «*La lujuria es una llaga misteriosa en el costado de la especie*».

Nadie se libra de esta herida; algunos sienten su agudeza en el estado crónico, otros no sufren su mordedura más que con intervalos; pero todos la sufren. Cada pareja conocerá, pues, una dura dificultad para mantenerse en estado de equilibrio, y el problema con el que tendrá que enfrentarse no debe ser minimizado. Aun siendo general, no por ello este problema deja de implicar incidencias personales que cada cual deberá esforzarse en descubrir a fin de poner remedio a los peligros que ha de afrontar.

A este respecto, hay que evitar dos actitudes, tan falsa la una como la otra. Una primera actitud sería la de pánico. A este fin, hay que penetrarse bien de lo que hemos dicho anteriormente: las dificultades en este orden son atributo común, y si hay que temerlas, no debe uno inquietarse en demasía. La segunda actitud que hay que evitar es la de la presunción. Ésta conduce a prejuzgar las fuerzas de que se dispone; se imagina uno ser un gigante cuando en realidad no es más que un enano. Bajo el influjo de tal ilusión se aventura uno más allá de su capacidad de resistencia, presume de la energía de su voluntad, lucha con riesgos demasiado grandes, se ve envuelto sin necesidad en circunstancias que acaban por hacerle víctima de ellas. En esta materia, se impone la prudencia a los novios al mismo título que la humildad. Ya tendremos ocasión de volver sobre el tema, pero importa decir desde este momento que, en el contexto de la debilidad común a toda la humanidad, nadie está seguro de obtener un triunfo personal. Y no mentiremos si afirmamos que cuanto más se imagine uno y se proclame invulnerable, en tanto mayor peligro de perdición está.

Las condiciones sociales

Además el ambiente de nuestro tiempo no incita precisamente a la búsqueda del equilibrio sexual. Basta con mirar y escuchar a nuestro alrededor para comprender hasta qué punto la mentalidad general no favorece en nada a la virtud. Se exalta la carne, hasta dar a entender que el único camino que permite conseguir la felicidad, y satisfacer esa sed que tortura a todo hombre, es entregarse a las extravagancias de una sexualidad desordenada. Es inútil insistir más cuando todos hemos podido experimentar la pesadez de esa atmósfera en la cual se pretende que la carne se expanda en detrimento del alma, como si no hubiese entre las dos una unidad, realizada a partir de la «animación» de toda carne por el espíritu, y que hace que se exalte la una a expensas de la otra, que se provoque un desequilibrio cuya gravedad no podría medirse.

La pareja contemporánea debe, pues, redoblar sus esfuerzos si quiere resistir a todas esas corrientes que amenazan arrastrarla. A las propias incitaciones interiores que surgen violentamente desde el fondo del ser para dejarle presa de un trastorno tan doloroso como amenazador, se añaden las ruidosas propagandas de un mundo corrompido en donde se idolatra el sexo creando la ilusión de un paraíso de la carne. El resultado más claro —y también el más desdichado— de tal corriente es vender a los jóvenes quimeras, dejándoles creer que les ofrecen la felicidad. Una de estas falacias de Satán consiste precisamente en impulsar a una pareja de novios a confundir sus deseos con el amor, de tal suerte que entregándo-

¹ HENRY BARS, *L'homme et son âme*, Grasset, París 1958, p. 229.

se a la satisfacción de dichos deseos crea conseguir el amor. Quien dice aquí Satán, no debe pensar que el Ángel caído va a aparecer él mismo para presentar su pacotilla. Sería esto demasiado honrado. Tiene sus mandatarios, que son legión, y que crean una atmósfera tan densamente impregnada por las preocupaciones de la carne que al espíritu no le cabe vivir allí más que con gran dificultad. Quien quiera consolidar su amor debe, pues, defenderlo contra esas impulsiones venidas de fuera. Como no se unan en una lucha enérgica, y en ciertos momentos casi feroz, contra las incitaciones —a veces sin rebozo, con frecuencia disimuladas, siempre presentes— del mundo en el cual tienen que vivir, un joven y una muchacha corren el riesgo de ver morir su amor. Porque cuando la carne, abandonada a ella misma, se hipertrofia en el hombre hasta el punto de absorber todas sus preocupaciones, de condicionar sus inquietudes, de poblar ella sola el universo de sus deseos, ¿cómo podría seguir viviendo el amor, que es más que nada cuestión del espíritu? Preservar el amor de la contaminación demasiado general que afecta a nuestra civilización, he aquí el deber de la pareja. Se ha hablado de una «verdadera conspiración de la literatura, de la prensa, de los espectáculos y de las diversiones»¹, conspiración que representa uno de los peligros más inmediatos para la pareja. Liberarse de esta conspiración es indispensable. Para no resbalar por la pendiente de las tentaciones fáciles, los novios mostrarán empeño en plantearse claramente el problema de la *pureza de su amor*.

Después de haber pesado juntos los principales elementos que entran en juego, después de haberse tomado el trabajo de situar la sexualidad en el plano providencial tal como está inscrito en la naturaleza del hombre, después de haberse abroquelado contra un derrotismo que no conduciría a nada, después de haberse dado clara cuenta de las reacciones que se imponen en el ambiente deletéreo en que viven, abordarán el ángulo personal de la cuestión.

2. El ángulo personal de la cuestión

Ante todo, se guardarán de examinar tan sólo el aspecto negativo de esa lucha, diciéndose, ante unas circunstancias concretas siempre renovadas: «¿Qué es lo que podemos permitirnos sin pecar?». Esta manera de intentar vivir su vida moral bailando sobre la cuerda floja del pecado equivale a un veredicto de suicidio espiritual. ¡Cuántas veces, en efecto, unas parejas cargadas de intenciones bastante buenas, pero animadas por esa mentalidad calculadora según la cual se procura siempre aprovecharse de todo hasta el máximo no sacrificando a las exigencias superiores sino *lo menos posible*, se han precipitado neciamente en el fracaso! Con toda evidencia, empezar así, es marchar hacia atrás orientándose a ciegas, es comportarse temerariamente. Esta actitud profundamente negativa que conduce a unos novios a medir sus «derechos» con la elasticidad de una conciencia a la que se niegan muchas veces a iluminar, porque la luz sería demasiado exigente, no puede engendrar más que el raquitismo espiritual. Ahora bien, ante un problema tan espinoso como es el del desorden de la sexualidad humana, el raquitismo espiritual está ya derrotado, antes incluso de que se haya iniciado. Esto es, sin duda, lo que explica que tantas parejas se hallen sumidas en una situación desesperante en la que prostituyen su amor a la violencia de sus deseos y a la multiplicidad de las ocasiones que ellos crean.

¹ ROBERT-HENRI BARBE, *Aspect médicopsychologique de la chasteté masculine dans le célibat et le mariage*, en *Médecine et Sexualité*, Spes, París 1950, p. 106.

Por eso hay que saber dar la vuelta a la pregunta y formularla bajo su ángulo positivo. Resulta entonces más singularmente comprometedora y no podría tolerar todos esos compromisos que la actitud precedente alentaba. Se puede formular de la manera siguiente: «¿Cómo, con nuestra simplicidad, nuestra reserva, nuestra delicadeza, nuestro respeto mutuo, vamos a ayudarnos recíprocamente a preservar nuestro amor de toda decadencia, en este período de nuestro noviazgo?».

Que se hagan esta pregunta precisa, recordando lo que ya se ha dicho del *amor*. Que se recuerde, sin eludir la brutalidad de los términos, que amar no es buscar egoístamente unas satisfacciones epidérmicas, unas sensaciones que no serían más que la expresión balbuciente de una carne que no logra encalmarse. Que se formulen esta pregunta a la luz del análisis en el cual la naturaleza del verdadero amor aparece como marcada por el sello característico del sacrificio. Entonces no se servirán el uno del otro como de un instrumento de placer a fin de apaciguar periódicamente una sexualidad enfermiza.

Si amar es desear el bien del ser amado (¿y cómo sería posible negar esta definición del amor humano sin condenarse uno mismo, así como a su pareja, a una esclavitud indignante e insoportable?) no se puede dejar de considerar el problema sexual de la pareja desde un punto de vista elevado y a situarlo en su perspectiva completa. El bien del otro ¿estaría, por casualidad, en el solo apaciguamiento de una carne que, en tales circunstancias, sobrepujaría al espíritu exponiéndole al desequilibrio y al fracaso espiritual? ¿Y quién podría decir, en el momento en que se dispone a arrastrar al otro en el dédalo de los deseos desenfrenados y de las excitaciones lúbricas, que se entrega a ese juego para «bien» del otro? ¿Para bien del otro? ¡No! Para su propia satisfacción, ¡sí! En todo caso, para su beneficio personal. En suma, no es el amor el que triunfa entonces, sino el egoísmo. El amor no es más que un pretexto, hasta el punto de que está uno dispuesto a mofarse de él para contentar su apetito carnal.

En este sentido, hay que confesar que la pureza del noviazgo no es una exigencia cualquiera, creada por unos moralistas apasionados de actitudes defensivas y que cultivan lo prohibido. Está ligada al amor mismo que la exige, como puede exigirla un sano concepto del equilibrio humano. La requieren la naturaleza del amor y la naturaleza del hombre; con este título la impone el propio Dios. Quien se niega a ella no solamente ofende a Dios, sino que desprecia el amor al que transforma en un comercio abyecto; y se destruye al suscitar en él esos tentáculos monstruosos que son los deseos desordenados de una naturaleza desequilibrada.

3. Necesidad de la pureza en el amor

Se puede, por tanto, hablar, y hay que hacerlo, de *un imperativo* de pureza que se impone a los novios no como una coacción penosa cuya única finalidad sería crearles molestias, sino como una fuerza interior que vivifica el amor elevándolo y manteniéndolo en un plano superior. Esta pureza pretende estar libre de todo desprecio hacia el cuerpo y se basa, por el contrario, sobre el respeto soberano a la carne a la que restituye su equilibrio, eliminando los elementos de defeción que son un peligro para ella. En cuanto al amor mismo, lo consolida y prepara así la felicidad de que gozará la pareja cuando se halle ligada por la vida en común.

Este último punto de vista es de gran importancia y merece ser subrayado con insistencia. No se repetirá nunca lo suficiente hasta qué punto es esta virtud una condición indispensable para la felicidad.

Fundamento de la confianza mutua

Sobre ella, en efecto, se instaura uno de los primeros fundamentos de la felicidad de los futuros esposos: *la confianza mutua*. ¿Será necesario recordar que una vida conyugal se hace radicalmente insostenible en cuanto los esposos pierden la confianza del uno en el otro? Si temen la infidelidad, el uno del otro, si están cansados de no poder entregarse a un reposo legítimo en ciertos períodos de su vida, si el espectro del engaño acompaña una insatisfacción sexual que las circunstancias imponen al cónyuge ¿cómo se puede ser feliz? No hay felicidad conyugal posible más que en un clima de confianza absoluta entre ambos esposos. Si ésta no florece en el hogar, sobrevendrán las sospechas, las inseguridades, los celos, las represalias y las disputas. A fin de no incurrir en esas calamidades que llegan, en muy poco tiempo, a destrozarse el amor más hermoso, es preciso que la joven esposa pueda descansar sobre la certeza moral de que su marido está lo bastante liberado de las esclavitudes sexuales para conservar el amor que por ella siente, aun cuando, en caso de fuerza mayor (dictámenes médicos, por ejemplo), la pareja deba imponerse ciertas restricciones. ¡Y bien sabe Dios que tal situación no es rara! Inevitablemente, en semejantes circunstancias, la joven esposa se volverá hacia el pasado y juzgará el presente bajo su luz. Si ella recuerda a su novio enfermo de deseo, minado por codicias incontroladas, exigiendo, suplicando, maniobrando para conseguir las satisfacciones de las que no pueden prescindir por más tiempo sus sentidos enloquecidos, ¿cómo no va a estar inquieta y cómo va a impedir que el veneno de la inquietud se infiltre en su espíritu?

Lo mismo le acontece al joven esposo. En la hipótesis de que una ausencia prolongada le imponga el tener que abandonar su mujer a sí misma, o también en caso de que unos motivos personales no le permitan responder a las exigencias inconfesadas, quizá, pero no por eso menos imperiosas de un apetito sexual demasiado intenso, ¿cómo no comprometer el presente volviéndose hacia el pasado? Si él encuentra entonces la imagen de una sirena electrizada por un apetito carnal siempre insatisfecho, ¿cuál no será su inquietud?

Pero si uno y otro pueden entonces recordar con alegría sus esfuerzos comunes, realizados durante los meses en que hayan conseguido domar el deseo en ellos, con la fuerza de su amor, ¿qué seguridad no encontrarán en ese recuerdo! Tendrán entonces la inapreciable certeza de que el cónyuge merece una confianza total ante la prueba misma que él haya dado en esa ocasión de su equilibrio y de su autodomínio. Fuera de esta perspectiva, no queda sitio para la confianza... ni tampoco para la felicidad que va unida a ella.

La fuente del dominio de sí mismo

Además, la pureza es, sin discusión, una escuela de autodomínio para los novios. El joven, sobre todo, se beneficia de los esfuerzos que aquélla impone para disciplinar sus reflejos instintivos y someterlos al control de la razón.

Ahora bien, en esto también, nos encontramos con una condición indispensable para la felicidad conyugal. La experiencia acumulada en el curso de los siglos, confirmada hoy por los datos que unas encuestas sistemáticas han revelado, establece que una de las causas

principales del desacuerdo conyugal es la insatisfacción sexual de la mujer, frustrada en su eclosión normal a consecuencia de la imposibilidad en que se encuentra el hombre de conservar el control de sus reacciones sexuales. Esta quiere decir, sin posible duda, que el hombre que durante su juventud ha desdeñado todas las exigencias de la pureza para entregarse sin esfuerzo a las inclinaciones que le incitaban con tanta mayor violencia cuanto que creaban en él un desequilibrio cada vez mayor, se prepara a un fracaso matrimonial. El hombre debe aprender su oficio de marido en su época de novio; y por paradójico que esto pueda parecer a primera vista, no será por medio de una anticipación desdichada como aprenderá ese oficio de hombre, sino adquiriendo un completo *dominio de sí mismo*. Sin éste, en lugar de hacerse un hombre, seguirá siendo un adolescente poco evolucionado. Sus reacciones, originadas por una sexualidad infantil y eruptiva, le conducirán a hacer de la unión carnal un embrollo irreparable. Teniendo en cuenta la experiencia, podemos afirmar de un modo indudable que *«la unión armoniosa es imposible sin el dominio del espíritu sobre los sentidos»*¹. Ahora bien, este dominio debe adquirirse antes del matrimonio bajo pena de complicar enormemente, a veces de una manera irreparable, los primeros meses de vida conyugal. Pero ¿cómo llegar a este tanpreciado dominio de sí más que por la pureza?

Que se tome buena nota de ello: no se ingresa en el matrimonio porque se haya hecho imposible conservar el control de una situación que ya no se puede dominar. Es éste un error de bulto basado en una concepción mezquina y radicalmente falsa del matrimonio. No se debe entrar en éste sino en el momento en que un suficiente dominio de sí asegure al joven la fuerza requerida para no herir a la muchacha con una precipitación de mala calidad. Lo cual quiere decir que la pureza se convierte en una condición previa al matrimonio, cuyo éxito prepara, asegurando el dominio de un instinto sexual que ella refrena sometiéndolo a la razón.

Todo cuanto se ha dicho hasta aquí no proviene de consideraciones religiosas apriorísticas o gratuitas. La ley de Dios se adapta en este terreno a las exigencias mismas de la naturaleza humana, hasta el punto de que negarse a obedecer ese precepto de pureza, es condenarse a falsear la propia personalidad con una desviación cuyas consecuencias traerán, casi seguramente, el fracaso del amor.

Quien se ha inclinado sobre la angustia de tantas parejas desgraciadas para buscar la explicación del fracaso conyugal, encuentra casi siempre ese mal. La mayoría de las veces, había en el joven tal inmadurez sexual que la armonía ha quedado radicalmente comprometida por ella. No se doma un potro salvaje dejándolo correr por las praderas. Hay que embriarlo, mantener bien sujetas las riendas, enseñarle a obedecer la voluntad de su dueño. Sólo entonces llega a ser apto para el servicio. El instinto sexual debe mantenerse igualmente bien refrenado. El joven debe aprender a conservar el dominio de sí mismo a fin de hacerse, llegado el día, apto para entregarse a su esposa. Si, durante las relaciones, no ha aprendido a dominar sus impulsos, será incapaz de adoptar al principio la actitud de reserva que se impone en todo esposo juvenil. Y al propio tiempo, estará a punto de comprometer la felicidad futura del hogar. A los enamorados, Kalil Gibran les dice con mucha perspicacia: *«Vuestro cuerpo es el arpa de vuestra alma, y os atañe a vosotros extraer de ella una música dulce o unos sonos confusos»*².

¹ CLAUDE PRUDENCE, *L'Art d'aimer sa femme*, Éd. du Levain, París (s.f.), p. 69.

² KALIL GIBRAN, *Le Prophète* (trad. Camille Aboussouan), Casterman, París 1957, p. 72.

Por medio del largo aprendizaje de la pureza el alma del joven prometido preparará su cuerpo al don conyugal que pueda ser realmente el triunfo del amor. Para unos novios, no hay mejor manera de preparar su amor futuro asegurando su duración, que vivir su amor presente en la pureza.

La prueba del amor

A estas consideraciones se puede añadir también que la pureza se presenta como *la prueba del amor*. Es fácil la confusión entre el verdadero amor y todas las falsificaciones de éste. Ahora bien, lo peculiar de la virtud de pureza es precisamente efectuar una división entre lo que proviene propiamente del amor y lo que proviene más bien de la pasión carnal. Hemos subrayado ya el peligro de confusión que hay en esta materia, por el hecho de que todo amor implica una resonancia carnal, mientras que la inversa no es necesariamente cierta. En ese punto precisamente interviene la pureza, revelando la naturaleza del verdadero sentimiento que atrae dos seres el uno hacia el otro. Si se trata de la trivial aventura de dos cuerpos que se buscan: entonces se cederá a los impulsos del instinto sin tomarse el trabajo de luchar, por poco que sea, para elevarse más allá de un falso amor que es tan sólo una promiscuidad sexual velada. Si se trata, por el contrario, de un verdadero amor: se intentará entonces dominar los movimientos del apetito sexual y subyugarlos en nombre de un bien superior. En tal caso, incluso si hay caída, la lucha se mantiene enérgica y tendrá que acabar en una liberación del espíritu. El amor queda en cierto modo purificado, y se tiene la certeza de que los lazos que atan el uno al otro no son exclusivamente los de la carne, sino ante todo los del espíritu. En esta certeza se basa, al mismo tiempo que el gozo de ser amado, la garantía de lo inquebrantable del matrimonio.

Fundamento de la confianza mutua, fuente principal del dominio de sí, prueba del amor: así aparece la virtud de pureza aplicada a los novios. ¿Quién no ve, desde ese momento mismo, el imperativo importante que representa? Hasta tal punto que se puede afirmar sin exageración alguna, que quienquiera que pretenda menospreciarlo, verá, tarde o temprano, fenecer su amor. No se puede edificar un matrimonio sobre el desprecio de lo sexual, y esto es precisamente lo que hacen quienes se niegan, con el pretexto que sea, a mantenerse castos en su amor. La pureza, en este sentido, no es realmente facultativa. Se impone como una necesidad.

4. Posibilidad y condiciones de la pureza

Esta necesidad y el papel primordial que la pureza está llamada a desempeñar en la preparación inmediata al matrimonio, son demasiado evidentes para que una pareja reflexiva no se detenga en ellos. Ocurre, sin embargo, que después de haber visto su importancia y admitido su necesidad, se retroceda ante los sacrificios que impone. Se recurre entonces a una disculpa demasiado fácil: la de la imposibilidad que existe para los jóvenes de nuestra época, de vivir su amor en un clima tal de pureza. Y se inventan entonces mil pretextos que intentan eludir todos los compromisos.

En respuesta a esto, basta mencionar el hecho indiscutible de tantos y tantos novios que, pese a todas las circunstancias, contra viento y marea, se mantienen firmes, y logran alcanzar contra ellos mismos y contra todas las corrientes que se coaligan para vencerlos,

esta admirable victoria que significa un noviazgo de pureza. ¿Por qué, pues, lo que es posible para unos ha de ser imposible para otros? Substancialmente, se puede creer que todos se enfrentan con los mismos problemas, hasta cuando para algunos, ciertas circunstancias difieren y hacen la lucha más azarosa. Además, todos tienen a su disposición la gracia de Dios y la fuerza de su amor. Se trata, pues, de convencerse de que allí donde otras han triunfado, todos pueden triunfar. Esta convicción desempeña un importante papel en el resultado de semejante lucha. En efecto, quienquiera que la entable con la idea preconcebida de que le es imposible triunfar, capitulará desde los primeros choques y quedará abatido por un desaliento peligroso. Cada pareja de novios debe creer en ella; debe tener la inquebrantable convicción, cualesquiera que sean sus dificultades y sus fracasos, de que lo mismo que otra cualquiera puede alcanzar esa cima del amor que es la pureza. Pues de otro modo sería la decadencia y el derrumbamiento de todo ideal de vida. Ahora bien, lo que valga el ideal de quienes se aman, es lo que valdrá su amor. Para mantener éste en buena salud, tienen, pues, el deber de hacer que conserve una gran dosis de ideal, a lo cual se aplicarán fomentando la convicción de que pueden conseguir depurar su afecto, si saben perseverar sin retroceder.

Una vez adquirida esta convicción y sólidamente aferrada al espíritu del uno y del otro, se dedicarán a determinar las condiciones prácticas en las cuales será realizable su victoria. Entre éstas, algunas corresponden al joven y otras a la muchacha.

La parte del joven

Al joven, primeramente. Estando a punto de señalar las condiciones que harán posible la castidad del joven novio, ¿no es necesario ante todo eliminar ciertos prejuicios tan difundidos según los cuales es imposible, e incluso perjudicial para el joven, practicar la castidad? Con frecuencia se escudan en testimonios seudomédicos, que además son falsamente alegados o mal interpretados. Éstos no son más que burdos pretextos a los que no se les puede conceder ningún valor. En fecha todavía reciente, una de las celebridades médicas contemporáneas, el doctor Cossa, jefe del servicio psiquiátrico de los hospitales de Niza, refutaba magistralmente esas alegaciones. Respondiendo de modo sistemático a las preguntas: ¿Puede el hombre abstenerse de la actividad sexual? ¿Puede hacerlo sin inconveniente? ¿Es deseable que se abstenga de ella?, el doctor afirmaba, en conclusión, y de una manera que desbarata todas las objeciones, la conveniencia de la castidad masculina ¹. Y deteniéndose, después de él, en el análisis de ese problema, el doctor Robert-Henri Barbe, afirmaba: «Desde el ángulo medicopsicológico que nos interesa, no se ha repetido lo suficiente la posibilidad y la inocuidad de la castidad masculina bien entendida» ². Conviene además afirmar, añadía, que es oportuna. A estos testimonios, ya bastante explícitas por sí mismos, añadiremos este otro que barre de golpe todos los sofismas acumulados sobre el tema: «La práctica de la castidad no ha hecho enfermar ni enloquecer a nadie: es, por el contrario, un poderoso elemento de equilibrio para quien sabe vivirla en su plenitud» ³.

¹ «Bulletin de la Société médicale de Saint-Luc», 1947, n.º 8, p. 195-209.

² ROBERT-HENRI BARBE, o.c., p. 107.

³ Dr. FABIENNE SIGNOUD, *Aspects medicopsychologiques de la chasteté féminine dans le célibat et le mariage*, en *Médecine et Sexualité*, Spes, París 1950, p. 139.

Por tanto, sería inoportuno buscar pretextos para justificar los extravíos a los que tantos hombres se entregan. Lo mismo que la mujer, el hombre puede y debe mantenerse casto. Para conseguirlo, tiene que someterse a ciertas condiciones. Entre otras cosas, el joven debe, ante todo, revisar su concepto de la mujer. Por desgracia, sucede en efecto que la idea que de ella difunden el cine y una buena parte de la literatura contemporánea no está en conformidad con lo que ella debería ser. ¡Cuántos, para quienes la mujer es ante todo una «despertadora de deseos», no ven en ella más que el instrumento requerido para satisfacer sus pasiones desequilibradas! Detrás de las medias sonrisas y de las miradas de reojo, se cultivan falsos reflejos de tal modo que, llegado el momento de elegir esposa, arrastran a su zaga ese triste bagaje del que no logran ya desprenderse. Ahora bien, es esencial que su concepto de la mujer lleve al hombre a ver en ella, *no un ser que codiciar sino un ser que respetar*, a amarla tal vez por su belleza, pero mucho más por su bondad, por el impulso hacia el bien que lleva ella dentro, por su fineza interior que aportará al hombre ese complemento de alma que él necesita. Considerarla como su compañera *ante Dios*, la que le ayudará a ir hacia Él, pidiéndole a cambio su propio apoyo. Considerarla también como madre de sus hijos, la que será en el hogar fuente de vida y corazón de la alegría. En suma, recogiendo la magnífica idea de Gina Lombroso, volverse hacia la mujer como hacia *«la que es esencialmente madre, aquella en quien el amor habla más alto que la ambición, la que necesita encontrar un apoyo y darlo a su vez, la que tiene sed de ser amada y de amar ella también»*. A menos de alimentar en él tan elevado concepto de ella, el hombre no podría ser digno de la mujer y su amor se reduciría a no ser más que una triste toma de posesión al nivel de la carne.

En el mismo sentido, el joven debe habituarse a la idea de que sus bruscos arrebatos, que son fruto de la pasión en él y que rugen cada vez que el deseo asciende, pueden llevarle a herir de modo irremediable la delicadeza de su novia. Es muy crecido el número de las que entran en el estado matrimonial ocultando tras su máscara sonriente un auténtico temor.

En numerosos casos, éste proviene de unas relaciones ambiguas, debidas al hecho de esa violencia incontrolada que han percibido en el hombre. Se sienten deseadas más que amadas, lo cual no puede sino engendrar en ellas una inquietud desgraciadamente justificada. Que el hombre aprenda a amar y a manifestar su amor sin dejarse turbar por los impulsos equívocos de su potencia sexual, porque no hay otro medio de evitar a la joven novia las torturas de una angustia que, con toda evidencia, permanece siempre secreta. Que él despliegue, pues, toda su energía para evitar el dejarse deslizar y llegar a tomar *por anticipado el don total del mañana*. Porque hay cosas que no se rompen más que una vez; después no queda más que llorarlas. Tal es, con respecto al joven, la imagen de él que lleva dentro su novia. No hay más que una primera noche, que debería estar marcada por el amor más tierno, más delicado, más generoso. ¿Por qué, al anticiparla, marcarla con el recuerdo indeleble del egoísmo, de la violencia, del daño y de la tristeza? ¿Por qué ofrecer a la novia esa entrada deprimente y desesperante en el mundo del amor, que debería ser confortante y bello? ¿Por qué exigir de ella hoy lo que no tiene ella derecho a entregar hasta mañana? Acaso consentirá ella, a fuerza de circunloquios y con frecuencia por temor a perder al hombre a quien ama, a la infamia de entregarse demasiado pronto; pero conservará siempre de ello una amargura profunda porque creará haber pagado su amor con su carne. Y no podría haber para ella un recuerdo más penoso.

La parte de la muchacha

Queda ahora por recordar a la muchacha que ella tiene también su parte que realizar en esta lucha tan difícil. Lo primero que hace falta es que ella *comprenda* a su novio. Que sepa que en él, debido a su propia constitución fisiológica, puede haber a ciertas horas un deseo carnal de una gran violencia sin que por eso el novio sea malo. Paga él simplemente entonces el rescate de su sexo, una de cuyas características es precisamente esta sensibilidad sexual intensa y a menudo tan difícil de vencer. Cuando la muchacha perciba en su pareja un ardor que le parezca sospechoso, que se guarde mucho de juzgarle por ese solo signo y de situarle entonces entre las bestias. Tal juicio sería injusto. Que se guarde también de rechazarle entonces neciamente, y que sepa disimular la firmeza de su negativa con una delicadeza que su novio le agradecerá infinitamente. La brusquedad, en tales circunstancias, no puede conducir más que al desacuerdo.

La mejor baza de la mujer, en este terreno, será la prudencia. A este respecto, diremos además, que con frecuencia la mujer carece de ella. Entregándose a una coquetería a la cual la inclina espontáneamente su feminidad, cultivando de un modo inconsciente su afán de agradar y de seducir, sucede que, sin darse cuenta, la muchacha llegue a mostrarse provocadora. Es un desastre el que prepara entonces, porque el hombre, estimulado en su natural violencia por un despliegue de artificios harto eficaces, llegará a no poder resistir más. Sin saberlo quizá, pero de una manera cierta, la muchacha le habrá conducido entonces a las puertas de la exasperación.

Para evitar una situación tan peligrosa, que la novia sea muy prudente en su manera de vestir, en su manera de expresar su ternura, en las manifestaciones de su poder femenino. *En este terreno no está permitida ninguna inconsciencia, y no sería una disculpa alegar la ignorancia.*

Pero una vez asegurada esta colaboración por su parte, una vez bien utilizada esta prudencia comprensiva, que se arme de una gran firmeza. Pudiera ocurrir que, bajo la impresión de una negativa, aunque ésta sea hábil, el joven impulsado por su fogosidad proteste; pero una vez restablecida la calma sentirá más estimación, más confianza, más respeto e infinitamente más amor. No hay camino más seguro para engendrar el respeto del hombre que el autorrespeto que muestra la mujer en semejante ocasión. Sólo al precio de esta amable firmeza la mujer se engrandecerá en el corazón de su novio.

La norma: un esfuerzo conjunto

Finalmente, como última norma en esta materia: sabrán darse la mano para elaborar *entre los dos* una estrategia de la prudencia. Unos novios deben comprender que les resulta imposible resolver ese problema si no se aplican a ello conjuntamente. Por eso no deben temer el hablar juntos a este respecto a fin de analizar la *situación concreta*. Se quejan a menudo de estar siempre luchando con una eterna repetición. Se adoptan grandes y hermosas resoluciones que se olvidan en seguida. Lo malo de esas resoluciones es que son con frecuencia demasiado vagas. No se ciñen a la realidad y, por ello, se vienen abajo en seguida.

Es preciso, por tanto, que la pareja, con un esfuerzo leal e intransigente, determine el camino a seguir para eliminar las ocasiones que provocan generalmente sus fracasos. No es necesario crearse dificultades; una pareja que se detenga a analizar su comportamiento

habitual encontrará muy pronto sus puntos débiles. Una revisión sistemática e inexorable, efectuada conjuntamente por el novio y la novia, tendrá sin duda como resultado el revelar las brechas por donde se infiltra el mal. Determinar en suma lo que pueden permitirse y lo que deben evitar... aunque «en sí» no sea un mal.

No existe sobre este tema un código al cual pueda uno atenerse con certeza; sería pueril querer redactarlo. Verdad es que hay ciertos límites precisos que no está nunca permitido rebasar. Pero hay otros que pueden imponerse a una pareja mientras que no se imponen a otra. Por eso cada pareja de novios debe aplicarse a trazar el camino que le sea apropiado a fin de evitar el verse, tarde o temprano, empujados ante un muro prohibido.

En caso de duda, téngase como un deber el consultar humilde y simplemente a un confesor, cuidando de exponerle los antecedentes *verdaderos* de la situación y con quien se podrán discutir las actitudes generales que deben adoptarse. Con frecuencia, este simple paso, prenda de honradez y de buena voluntad, traerá por sí solo gracias innumerables de las que se beneficiará la pareja en sumo grado.

¿No será éste, además, el mejor medio de asegurar la perseverancia y la continuidad del esfuerzo? Porque hay que tener muy en cuenta esta realidad: los mejores quedan muchas veces destrozados en sus esfuerzos hacia el bien. No hay que vacilar nunca en acudir entonces a la misericordia divina; ésta es inagotable, como nuestra miseria y nuestra flaqueza. Por eso, no hay que abstenerse de hacerlo con el pretexto de que se teme abusar o mostrar una falta de lealtad. Ciertamente, no se trata de coleccionar absoluciones sin tomarse el trabajo de mejorar la situación; sería ridículo e indecoroso. Pero quien quiere hacer un verdadero esfuerzo y se obliga a no ceder, debe buscar el perdón de Dios, cuando ha habido extravío.

Lo que Dios espera de nosotros, siempre y en todo terreno, no es que triunfemos fácilmente y en el acto, sino que luchemos tenazmente, aunque la derrota ocasional haya de ser el resultado desalentador de esa perseverancia. Que se guarden en esto de incurrir en exámenes de conciencia enfermizos y de insistir machaconamente sobre sus culpas. Que sepan olvidar sus pecados como Dios mismo los olvida, sin aferrarse a ellos con desesperación. Hay que escuchar las palabras de Péguy:

Vuestros pecados, ¿son acaso tan preciados que haya que catalogarlos y clasificarlos
Y registrarlos y alinearlos sobre mesas de piedra
Y grabarlos y contarlos y calcularlos y compulsarlos
Y recopilarlos y revisarlos y repasarlos
Y enumerarlos y culparos de ellos eternamente
Y conmemorarlos con no se sabe qué clase de piedad? ¹.

Desde el momento en que unos novios están verdaderamente decididos a realizar el esfuerzo, desde el momento en que no se niegan a sacrificarse para mantener su amor en ese saludable clima de pureza que les servirá para lograr la felicidad, que se vuelvan hacia Dios con tanta frecuencia como la que mostraron en apartarse de Él; extraerán de Él una fuerza nueva y esa gran paz que proporciona el pensamiento de un ayer olvidado y de un mañana naciente. A todas las parejas de novios que luchan por conservar el esplendor de su amor,

¹ CHARLES PÉGUY, *Le mystère des Saints Innocents*, en *Œuvres Poétiques complètes*, Gallimard (Pléiade), Paris 1954, p. 326.

cualesquiera que hayan sido los fracasos, les está permitido repetir las palabras que el poeta de la misericordia presta a Dios:

La jornada de ayer está cumplida, hijo mío, piensa en la de mañana,
Y en tu salvación, que está al término de la jornada de mañana.
Para ayer, es demasiado tarde. Mas para mañana, no es demasiado tarde ¹.

¹ *Ibíd.*, p. 329.

VII

Cómo tratarse durante las relaciones

El amor no es un juego. Es un compromiso cuyo alcance es tan profundo que llega hasta lo más íntimo que hay en el hombre. Se abre, en efecto, sobre la eternidad a la que conduce, puesto que desemboca en la muerte; se abre también sobre la felicidad terrena a la que permite realizarse lo más totalmente posible. Esta sitúa el amor en su perspectiva verdadera e impone considerarlo, no como un juego entablado por dos jóvenes inconscientes, sino como un fenómeno de una importancia primordial.

Hemos señalado ya el verdadero sentido del amor y hemos dicho hasta qué punto los novios deben preocuparse de preparar en él su futura unidad. Esta preparación indispensable se realizará en el curso de los meses de relaciones que precedan al matrimonio. Por lo cual ese período, llamado del noviazgo, es, decisivo, puesto que permite a la pareja iniciar la unión interior que se expresará en una mutua comprensión. ¿Será necesario recordar aquí que el amor no puede vivir sin la comprensión? Por lo cual es indispensable para la felicidad y se presenta como una condición necesaria de ésta. Ahora bien, tal es precisamente el primer objetivo de las relaciones: iniciar la comprensión.

1. Tratarse para conocerse

¿Para qué, si no, un joven y una muchacha pasan juntos durante meses, algunas tardes cada semana? ¿Se trata simplemente de hacerse compañía? ¿De distraerse recíprocamente? ¿De acudir juntos a invitaciones? ¡Nada de eso! Las relaciones carecen de sentido si no se desenvuelven en un clima de descubrimiento. Descubrir al otro. Conocerle, traspasar su corteza, averiguar detrás de las apariencias la verdadera configuración de su personalidad, captar su valor profundo, aprender a adaptarse a sus reacciones, a intuir sus deseos; he aquí por qué deben ser siempre orientados. Además en este sentido son indispensables, porque si es cierto decir que el amor sigue al conocimiento, ¿cómo no ver que entre un joven y una muchacha los lazos del corazón serán tanto más sólidos, tanto más duraderos cuanto más profundo y más serio sea su conocimiento mutuo?

Si tantas parejas han conocido la amargura de la decepción, inmediatamente después de su matrimonio, no siempre era porque su unión estuviese mal armonizada. La mayoría de las veces es porque han omitido el tratarse seriamente. Quien emplea esos meses en mariposear, en retozar, en divertirse solamente, quien en lugar de inclinarse con avidez sobre el alma del otro, sobre su espíritu, sobre su persona, se limita a multiplicar las galanterías y a hacerse el apasionado, malogra sus relaciones. Y, por lo mismo, corre un gran riesgo de malograr su matrimonio. Esta historia es, por desgracia, corriente; los que la han vivido, lo han

hecho inconscientemente y, después, han culpado al azar, al infortunio, a todo y a todos menos a ellos mismos.

No hay garantía más segura del amor que unas relaciones inteligentes. No hay relaciones inteligentes más que aquellas que implican, de una parte y de otra, una voluntad bien decidida de *conocer mejor al otro para amarle mejor*. En el umbral del noviazgo, una pareja que se trata ya desde hace unos meses debe ante todo preocuparse en saber cuál ha sido hasta ahora su orientación. Porque son fáciles las desviaciones y no es raro que después de haberse propuesto seguir un camino, se siga otro. Ahora bien, cualquier otro camino aleja del amor. Es preciso, por tanto, fijarse la siguiente finalidad con una energía tenaz y una conciencia constantemente alerta: *conocer al otro*.

De esta manera, colocarán los cimientos de su felicidad futura en un terreno sólido, cuidándose de no cultivar la planta de la ilusión. Unas relaciones seriamente llevadas no dejarán sitio alguno a las quimeras. Verdad es que hay algunas que subsistirán inevitablemente y, sin duda, no será esto un mal. Pero en conjunto, se despojará la pareja de todas las máscaras para llegar a la verdadera fisonomía de cada uno. Se conocerá al otro detrás de sus virtudes aparentes, sus defectos gentiles, y, bajo ciertas reacciones desconcertantes a primera vista, se sabrá encontrar lo que hay en él de constante y de más profundo. Para decirlo todo en pocas palabras, se descubrirá el carácter, el temperamento, el valor moral del otro. Se aprenderá a seguir en él la línea que traza una idea, desde el instante en que se la ve nacer hasta el momento en que reaparece bajo su forma definitiva. Llegará uno a ser capaz de prever sus reacciones ante tal o cual frase, ante tal o cual actitud, de modo que estará en condiciones de dirigir su propio comportamiento en concordancia con el del otro. Se sabrá pesar al futuro cónyuge según su verdadero peso, sin valorar con exceso sus cualidades, sin minimizar sus flaquezas, sin apartarse de su verdadero rostro para idolatrar dentro de sí una falsa imagen de él.

De no llegar a este punto de lucidez, las relaciones sólo serán un engaño, una puerta abierta al camino amargo de un falso amor y de una unión destinados a la ruptura. Es preciso, por tanto, afirmar en principio que las relaciones son esencialmente una etapa de descubrimiento que supone la atención: el querer conocer, el ejercicio constante del juicio, cierta capacidad de examen de conciencia. Sólo a este precio, las relaciones llegarán a ser una preparación eficaz para el matrimonio. De otro modo, no serán más que el preludio inconsciente de la desgracia. De todos los momentos de la vida en que hay que mantener los ojos bien abiertos, el de las relaciones es sin duda el más decisivo. Aprovechar este período para conocerse, para conocerse *muy bien*. ¿Parecerá tal vez extraño insistir tanto sobre lo que parece evidente? Es que esta evidencia, que todos consideran como una cosa que, en principio, habla por sí sola, sigue siendo, sin embargo, en la práctica, letra muerta, para muchos. ¡Cuántas parejas hay para quienes el noviazgo es un feliz intermedio entre dos etapas de vida! Procuran aprovechar hasta el máximo este intermedio pensando más en divertirse que en estudiarse recíprocamente, a fin de conocerse. Se dicen que más adelante, muy pronto incluso, surgirán las cargas de la familia que no permitirán ya entregarse a la vida; y se esfuerzan en aprovechar lo más posible lo que les parecen ser sus últimos meses de libertad.

Esta mentalidad, mucho más difundida de lo que se cree, es una obra maestra de estupidez y de inconsciencia. Procediendo de ese modo se llega al matrimonio sin saber, lo que significa y sin conocer a la pareja con quien se contrae. Serán precisos unos cuantos meses de vida en común para descubrir con estupefacción que existe una incompatibilidad y que no

estaban hechos bajo ningún aspecto para unirse. La situación se hace entonces bastante penosa porque no queda más que tomar una decisión poniendo a mal tiempo buena cara. Lo cual no siempre se consigue.

Evitar semejante atolladero es esencial. No se juega uno su vida, su felicidad, de una manera inconsciente. No se casa uno sin haber sondeado seriamente las posibilidades de acuerdo, sin haber juzgado, pesado sus probabilidades de éxito. Ahora bien, nadie emite un juicio seguro sino después de haber considerado, examinado, las cosas; después de haberlas confrontado juntas. Entonces es cuando se pronuncia afirmativa o negativamente, decretando que están acordes o desacordes.

En el matrimonio sucede lo mismo. La decisión que se adopte al pronunciar el «sí» que empeñará para siempre y que encadenará la libertad, deberá haber sido larga y seriamente preparada. Antes de entregarse recíprocamente el uno al otro, es preciso haber juzgado al otro, porque el «sí» matrimonial equivale a una afirmación; supone, en efecto, que se reconoce que existe compatibilidad entre ambos contrayentes. Ahora bien, este juicio es imposible de emitir si no se han demorado en conocerse y estudiarse.

La razón de ser de la época de noviazgo estriba en eso por completo. Se tratan ante todo para conocerse. Aunque también sea necesario aplicarse a ello cuidadosamente con simplicidad y confianza, es cierto, pero también con toda la perspicacia y la atención que se pueda desplegar. Por consiguiente, es de capital importancia aplicarse, ante todo, a observar. Observar al otro con sagacidad, en toda su conducta, en sus reacciones, en sus impulsos espontáneos, en sus actitudes más habituales, en sus efusiones repentinas que son a menudo tan reveladoras. Todo esto debe realizarse sin tensión, con serenidad y calma, pero debe realizarse, sin embargo. Para esto sirve el trato.

Conviene repetírselo a fin de penetrarse bien de este principio fundamental. Unas relaciones, para que no se conviertan en un juego infantil y ridículo, deben desarrollarse en un clima de descubrimiento. Llegar a conocer al otro tan perfectamente como sea posible a fin de no casarse a ciegas y de no empeñar estúpidamente su vida.

2. Conservar la serenidad

Para crear un clima semejante, hay que saber defenderse de sí mismo y no dejarse asombrar desde las primeras semanas. El amor está dotado de una virtud entusiasmante. Cuando dos jóvenes están enamorados uno de otro y perciben entre ellos los primeros chispazos del amor, es muy raro que no se sientan arrebatados por una euforia enardecedora. Hasta aquí, no hay nada anormal ni censurable. Que con las primeras certezas que uno tenga de ser amado se sienta henchido de alegría y lleno de esperanzas, ¿no es de lo más normal? Que no se «piense» tanto y que se «sienta» mucho, es éste un fenómeno totalmente espontáneo que no se puede más que señalar sin censurarlo. Tiene uno derecho a emplear la censura cuando se llega a cultivar ese estado de cosas para prolongarlo indebidamente y vivir en ese falso clima.

No hay que temer romper el encanto y volver a la tierra... lo antes posible. Porque por gracioso y confortante que sea un amor naciente, no por eso debe dejar de madurar o, si se prefiere, de hacerse adulto. Debe ser contrastado con la vida, no con los sueños, y el entu-

siasmo que le está permitido es el que nace de la realidad entrevista, más bien que el que sólo puede desarrollarse en un falso idealismo.

Diremos además, dentro de este orden de ideas, que se deben seguir dominando unos impulsos pasionales que pueden traer el riesgo de lanzar a una pareja juvenil en la terrible refriega de los deseos, negándole esa liberación y sin la cual no puede actuar la inteligencia. Cuando de una y otra parte (o aunque sea de una sola parte) se ve uno hostigado sin cesar por las exigencias ciegas de una carne que palpita forzosamente tan sólo al ritmo de lo inmediato, cuando está uno sumido en un hervidero de codicias siempre renacientes y cada vez más vivas, ¿cómo penetrar en el mundo interior del otro? Se fija uno sin más, en las apariencias, se juzga con toda inconsciencia, se ama en la periferia, y cuando llega el momento de comprometerse a amar, sin remisión, no se sabe a qué compromete esto, ni con quién se compromete.

Así pues, es preciso, a todo precio, conservar la serenidad. No significa ello que se ignoren o se desprecien los incidentes sentimentales del amor, sino que se situarán en su exacto lugar, que no es ni el primero ni el más importante. Conservar la serenidad, quiere decir que no se dejará uno arrastrar al azar por el entusiasmo de un amor nuevo y efusivo. Hay que tener cuidado, una vez concedido al sentimentalismo lo que tiene uno derecho a concederle, en detenerse para reflexionar. Se examinará entonces la situación en la que uno se encuentra, no a través del espejo imperfecto de su corazón, no a través del prisma de su carne insatisfecha, sino a través de la luz completamente límpida de una inteligencia que sabe formularse la pregunta: «¿Podemos ser felices juntos y en qué condiciones?».

El que no formule esta pregunta y responda a ella con sinceridad, sin paliativos, sin trampa, sin evasión, sin rodeo, no estará en condiciones de casarse. Este compromiso es demasiado serio, implica demasiadas consecuencias, para ser asumido con inconsciencia. Y también, para ser asumido con debilidad. Porque no hay nada más temible que la debilidad de los que no quieren ver, por temor a encontrarse expuestos a optar por la ruptura inmediata. El noviazgo sólo tiene validez en la medida en que se ha entablado estando dispuesto a... romperlo.

¿Qué quiere esto decir exactamente? Pues que no hay que admitir nunca, en amor, la fuerza de la costumbre, ni sufrir la esclavitud del qué dirán. Y tampoco la del temor a herir, si no hay otra manera de proceder. Algunos, en efecto, comprenden que no pueden contraer un enlace feliz, y, sin embargo, no tienen el valor de decir no, porque son demasiado blandos; no quieren causar al otro la pena inherente a tal retirada. Sin embargo, es evidente que más vale una pena pasajera, por aguda que sea, que un fracaso definitivo y una desdicha irreparable. Por eso debe uno defenderse contra esas falsas piedades que no son, en realidad, más que hijas de la cobardía.

Que esté uno en plena fuerza cuando llegue la época del noviazgo, y que se ligue al otro conforme a lo absoluto de un «sí» total, pronunciado con plena consciencia y sin reticencia alguna. Las relaciones sólo valdrán si del clima en que se hayan desarrollado permite este «sí». Un clima de calma, de ponderación, de medida. Nada de arrebatos irreflexivos cuya violencia arrastraría a unas promesas desatinadas y a compromisos inconsecuentes. Nada de respuestas dictadas por los imperativos pasionales. Nada de impulsos cuya impetuosidad no podría soportar el peso de la inteligencia. Conviene recordar que si el amor es un movimiento del corazón, no por ello deja de estar basado en la inteligencia en lo que respecta a unas

promesas futuras. Ya hemos explicado ampliamente, y en este mismo sentido lo decimos aquí, que hay que saber «conservar la serenidad» a fin de entregar su vida con entero conocimiento a un amor viable y cierto.

¿Tal vez se sienta alguien tentado de protestar alegando que tal estado de espíritu despojaría a la juventud de todo su encanto, de su espontaneidad, de todo cuanto la hace alegre y grata? Semejante protesta sería, sin embargo, injustificada. No se trata, en efecto, de exigir de los novios que renuncien a divertirse como es propio de su edad. No se trata tampoco de pedirles una actitud circunspecta. Se trata simplemente de abogar por la lucidez. Que se diviertan tanto como quieran, pero que sepan mantenerse despiertos y no se dejen arrastrar por una loca embriaguez. El entusiasmo, la alegría de vivir, el ardor en lo que se hace, la confianza en el porvenir, todo esto, sí: ¡es la juventud misma! Y sería inadecuado querer prohibir a la juventud que sea lo que es. Pero la ligereza, la inconsciencia, el ensueño, la temeridad ciega, ¡no! Son éstos unos venenos que han hecho fenecer demasiados hogares y que han sumido en la desgracia amores que habrían llegado a ser maravillosos.

Conservar la serenidad, para que los corazones sean realmente fogosos, con una fogosidad que no desaparece con el paso de los días. Porque si el amor es comparable a un fuego, hay que recordar que puede haber fuego de paja o fuego de leña; a nuestra elección. Fuego de paja: la llama chisporrotea y se extingue. Fuego de leña: la llama se alimenta poco a poco y prepara una hoguera que conservará su calor hasta la mañana. Así, en el amor. No es ser enemigo del amor querer conservar la serenidad. Por el contrario, es ser su defensor. Los esposos más felices no son, sino muy rara vez, los que en la época de las relaciones se han contentado con los arrullos de su cariño. Los esposos más unidos, son siempre los que han aprovechado su noviazgo para juzgarse en su justo valor. Y así han llegado a estimarse profundamente; y de esta estimación recíproca vive su amor.

Los novios más apasionados se convierten a menudo en esposos fríos. Los novios más sosegados preparan con frecuencia un hogar en donde un amor efusivo se asentará de una manera estable. Reteniendo esta lección que los hechos corroboran se podrá pedir a los novios que conserven la serenidad. Sólo entonces cultivarán su amor como debe ser y se prepararán a un matrimonio sensato y reflexivo. Se casarán con conocimiento de causa, sabiendo cómo pueden enriquecerse recíprocamente, qué es lo que no podrán darse, y aquello con que pueden contar.

3. No crear un clima artificial

Para emitir, en este sentido, un juicio sano y verdadero, hay que procurar no crear un clima ficticio. La artificialidad es uno de los peligros más terribles. Es exponerse a un error de juicio establecer un ritmo de frecuentación que sustraiga al novio o a la novia de su medio propio. Los hay que se ven así: van en coche, se detienen un momento en el hogar —apenas el tiempo de saludar a los padres— recogen a la muchacha y vuelven a partir en seguida hacia otro objetivo: cine, club, montaña. Ambos se separan entonces del medio normal y se crea un ambiente en el cual pierden contacto con la realidad. El peligro de este modo de proceder estriba en condenar a los novios a vivir en la ilusión. Pasados unos meses, cuando entren en la vida en común, no vivirán en el cine, ni tampoco en el club nocturno, ni en la montaña. Vivirán en un hogar muy sencillo, la mujer desplegando sus dotes de ama de casa, el hombre aportando allí su buen sentido y su amor al hogar. Si es así el cuadro normal de evo-

lución de la pareja casada, así debe ser también el cuadro normal de las relaciones. Estas, deben, por consiguiente, hacerse en el hogar mismo.

En el hogar de la muchacha, primero. El novio podrá observar allí a su futura esposa en su papel por anticipado. Lo que sea ella en su casa, lo será en su futuro hogar. Si él la encuentra por entonces agría, sin interés, torpe, desdeñosa ante los trabajos hogareños, soñadora, siempre en acecho una reivindicación o de una protesta, así será el día de mañana. Si por el contrario la encuentra valiente, activa y hábil en los trabajos caseros, llena de animación y de buen humor, si la encuentra capaz de vivir en su casa alegre y serena, así será ella mañana en su propio hogar.

Y esto se aplica en los dos sentidos. El joven debe, a su vez, permitir a la muchacha que le vea evolucionar en su medio familiar. Si, observándole, le ve ella desaliñado e indolente, violento y grosero, impaciente y exigente, sabrá que él será así cuando vivan juntos. De igual modo si le ve amable con sus padres, lleno de delicadeza y de solicitud con su madre, cordial con sus hermanas, afable con todos los suyos, puede ella estar segura de que será así el día de mañana.

Esta regla es importante, porque siguiéndola se podrá levantar el telón de las actitudes artificiales y bosquejar, tras la fachada de las atenciones, toda la red de costumbres que caracterizan una personalidad. No es, en verdad, frecuentando los cines dos o tres veces por semana, agazapándose en la oscuridad para entregarse a unos sueños, la mayoría de las veces estúpidos y ridículos sugeridos por la pantalla, como se prepara uno a entrar en la vida en común. Es viendo cómo evoluciona el otro en la vida real, observándole cuando se despoja de toda cohibición y se desenvuelve con plena naturalidad, mostrándose espontáneamente bajo su verdadero aspecto, como se prepara el futuro.

Importa también saber cómo es juzgado el otro por quienes le rodean. Desde hace años los padres, hermanos, hermanas viven juntos; han tenido ocasión de estudiar las constantes más hondas de la personalidad del hijo o de la hija. Escuchando discretamente, el novio podrá descubrir lo que es su novia a través del juicio, por lo general bastante justo, que sus íntimos forman de ella; y recíprocamente.

Captar así, a lo vivo, el comportamiento del otro es de primerísima necesidad, porque no hay nada más revelador que esta experiencia. Tanto más cuanto que permitirá al mismo tiempo saber en qué medio familiar el futuro cónyuge ha llegado a ser lo que es. Los recientes adelantos de la psicología y de la psiquiatría han subrayado suficientemente el aspecto decisivo de la influencia familiar sobre la constitución de la personalidad para que se sepa que volviendo a situar los novios en su medio habitual, se les une a su origen mismo. Por eso resulta prácticamente imposible no ser uno mismo cuando retorna a su casa. Los desdoblamientos se hacen difíciles cuando hay que mantenerlos ante aquellos a quienes se les debe el ser como uno es, y con quienes se vive a diario.

Con miras a una comprensión profunda del otro, este conocimiento del medio familiar y de las reacciones que suscita, no puede ser más importante. Allí se sabrá por qué el joven ha evolucionado en un sentido más que en otro, por qué la muchacha se ha hecho esto en vez de aquello; allí se descubrirá el camino seguido por cada uno en la elaboración de su personalidad, y al mismo tiempo, se sabrá lo que debe decirse y lo que no debe decirse, lo que conviene hacer y lo que es preferible no hacer, las actitudes susceptibles de ayudar o de perjudicar la expansión del otro. Sin contar, además, que así se establecerá contacto con los futuros pa-

dres políticos. Sería superfluo insistir sobre la importancia de las relaciones entre jóvenes esposos y suegros. Las dificultades tan célebres que oponen a menudo unos a otros, no son solamente tema para fáciles bromas. Son, por desgracia, una realidad. «*Quien se casa adquiere una familia*». Ciertamente, no hay que exagerar, haciendo creer que con el marido o con la mujer, se casa uno con toda la familia. No se casa uno con ésta, pero pasa a ser parte integrante de ella. Lo cual supone que se ha aprendido también a conocerla y a adaptarse a ella.

Tal adaptación no se realizará por el simple hecho del matrimonio. Este instituye *de derecho* al nuevo cónyuge miembro de la familia del otro. Queda la cuestión *de hecho* que es, sin duda, la más importante. Con arreglo a las circunstancias concretas que rodean tal acontecimiento, el cónyuge ¿aceptará que esa familia sea ahora la suya? Por otro lado, la familia ¿va a dispensar una acogida cordial al recién llegado o va a cerrarse a él? A fin de responder a esta pregunta se debe frecuentar el medio familiar lo más posible. Cada cual deberá entonces esforzarse para no dejarse dominar por unos prejuicios antipáticos. No se trata de conceder un diploma de alta perfección a la familia del otro, pero aquí también (¡siempre se vuelve a lo mismo!) se trata de comprender, para poder, luego, amar. Porque bajo pena de dejar infiltrarse entre ellos un veneno que, no por estar disimulado y por pasar desapercibido, será menos nefasto, los jóvenes esposos tienen el deber de querer a sus padres políticos. Ahora bien, ¿cómo llegar a quererlos sin aprender a conocerlos? ¡Cuántos conflictos se evitarían si, desde el período del noviazgo, supieran, tanto el joven como la muchacha, percibir claramente esta dificultad y prevenirla! Pueden existir circunstancias que separen a los esposos de su familia política, pero si esto se produce —y es caso excepcional— que se sepa al menos desde el período de las relaciones, a fin de evitar, después, dar pasos en falso que comprometerían el equilibrio del hogar.

Será, pues, el afán de adherirse a la vida concreta sin dejarse llevar sobre las alas siempre peligrosas del idealismo, lo que obligará a frecuentar, primeramente y ante todo, el medio familiar.

4. El medio social

¿Quiere todo esto decir que se aislarán los novios del resto del mundo? Evidentemente no. Pues así como el medio familiar tiene su importancia, de igual modo el medio social tiene la suya. Cada cual evoluciona en un ambiente dado, al que le impulsan sus tendencias naturales, sus lazos de amistad o las exigencias de su trabajo. Aunque quisiera, no podría el individuo sustraerse del todo a ese marco. Se puede reducir su influencia, pero no eliminarlo. Por eso importa que cada uno de los novios sepa calar ese medio en que habrá forzosamente de entrar. «*Los hombres no son islas*», ha escrito Thomas Merton. Nadie es una isla, es decir que el que se casa no ingresa en un universo cerrado. Por el contrario, se encuentra ante un universo nuevo en el cual toda clase de figuras ocuparán su lugar; ese mundo en el cual evoluciona el otro. O tiene que aceptar ese universo e integrarse en él, o tiene que rechazarlo. En el primer caso, tiene derecho a saber a qué se compromete; en el segundo caso, el otro tiene derecho a que le prevengan de la recusación.

En esto también hay que evitar el replegarse sobre sí. La pareja debe aprovechar sus salidas para entrar en comunicación con ese pequeño mundo constituido por los amigos. Está en el deber de penetrar en ese mundo, no imaginando que podrá apartarse de él más adelan-

te, sino pensando, por el contrario, que los amigos de hoy serán los amigos de mañana. Que, por una parte, se les juzgue, pues, con esta perspectiva; y por otra parte, que el novio y la novia hagan su elección del otro teniendo en cuenta la necesidad en que se encontrarán más adelante de vivir en el medio de ese otro. El hombre que al día siguiente de su casamiento, no pueda llevar consigo a su mujer a su círculo de amigos, o la mujer que no pueda invitar a sus amigas a su hogar, se hallarían en una situación de las más complicadas. Y esta complicación es la que se trata de prevenir en la época del noviazgo no apartándose del medio futuro.

Permítaseme subrayar aquí que, sobre todo para la mujer, existe el peligro de imaginarse que por la sola fuerza de su amor o por su sola habilidad, podrá, más tarde, separar al hombre de ese medio. Sería una grave ilusión. Puede suceder así, ciertamente, pero representa la excepción, la rarísima excepción. En la mayoría de los casos el joven esposo sigue tratando a sus amigos de antes. No debe, pues, la novia confiar demasiado en sí misma y creer que podrá eliminar a aquellos a quienes se niega a aceptar. Esta eliminación debe hacerse *antes*, y de mutuo acuerdo, o si no es de creer que no se hará nunca. Se ha dicho de la mujer que ella alimenta la ilusión de triunfar allí donde todos habían fracasado antes de ella ¹. Si hay en ello algún elemento de verdad, es aquí donde puede aplicarse.

Es difícil arrancarse al medio en donde se ha vivido y, quiérase o no, se conservan siempre amistades cultivadas en el tiempo de la juventud. No hay, pues, que pensar que una vez casados puedan los novios apartarse de golpe de todas aquellas personas que les rodeaban. En modo alguno. Al regreso del viaje de novios, las invitaciones, de una parte y de otra, se encargarán de reanudar bajo un ángulo nuevo, las relaciones de otro tiempo. Cada uno de los cónyuges heredará un nuevo círculo de amistades: el del otro. Si el joven esposo se muestra reacio a las amigas de su esposa, o si la muchacha no puede soportar los amigos de su marido, ¡cuántos conflictos surgirán! Por eso hay que poner cuidado en conocer esos futuros amigos antes de casarse.

Además, por regla general, se obtendrá de este modo una preciada indicación, porque el proverbio ha quedado con frecuencia comprobado: «*Dime con quién andas y te diré quién eres*». Es posible juzgar a alguien por sus amigos. Que pueda haber en ello una probabilidad de error, es indiscutible; pero en la mayoría de los casos es realmente revelador. Por eso, lo que podría llamarse el «*test*» de las amistades debe efectuarse en el período de las relaciones. Ahí se encontrará el reflejo de las ideas que sustenta el futuro cónyuge, así como el de sus preocupaciones. La ventaja que hay en conocer y observar ese medio es que se entrega sin reservas ni rodeos. Los amigos se muestran habitualmente tal como son y si, quizá por inconsciencia, el novio o la novia disimulasen, los amigos los revelarán a plena luz. A este respecto, valen, pues, su peso en oro, porque permitirán saber cuál es la mentalidad general del joven y de la muchacha.

He aquí por qué no hay que separar al futuro cónyuge de su medio social. De igual modo que el medio familiar le revelaba, así el medio social le revelará también. Además, así como al casarse se adopta la familia del cónyuge, se adopta igualmente su círculo de amistades. En ambos casos, es preciso saber lo que es, desde antes del matrimonio. Lo mismo que no había que olvidar la familia, tampoco hay que olvidar el medio social.

¹ «Nuestras amigas, en efecto, tienen de común con Bonaparte que creen siempre triunfar allí donde todo el mundo ha fracasado», ALBERT CAMUS, *La chute*, Gallimard, París 1956, p. 70.

Las relaciones deben, pues, conducir la pareja a descubrir el medio de vida en el cual uno y otro evolucionan, a fin de adaptarse a él. Ya se trate del medio familiar o del medio social, la regla es la misma: el mayor peligro está en aislarse. Se esforzarán, por tanto, en tratarse en las mismas circunstancias en que tendrán que vivir en un futuro próximo, para familiarizarse con todo lo que ese modo de vida implica. En otros términos, hay que entrar a formar parte del círculo que rodea el otro cónyuge.

5. Defender la intimidad

De todo cuanto llevamos dicho hasta aquí, no debe inferirse que la pareja tenga que llevar un ritmo de frecuentación que le entregue por entero a las exigencias siempre invasoras de una vida social demasiado intensa. Ni tampoco, que deba enajenar su intimidad con los futuros padres políticos ligándose a ellos en un clima de dependencia de excesiva amplitud. Los novios deben reservar lo mejor de su tiempo para ellos mismos. Por eso sería un error craso el preocuparse de todo menos de salvaguardar la intimidad.

Porque el matrimonio no es sólo un contrato que liga externamente, es decir según los elementos aparentes, sino porque es un compromiso que liga al nivel de los corazones, o mejor aún al nivel del alma, no se debe contraer sin haber aprendido a conocer el alma del otro, todo ese mundo secreto que se agita detrás de la máscara y que no se revela más que poco a poco, gota a gota, parcela a parcela. Quien no profundice hasta ahí y no logre trazar la fisonomía interior de su cónyuge, no tiene derecho a unir su existencia a la del otro, porque no sabe lo que hace. En efecto, al contraer matrimonio, se pronuncia un «sí», que posee claramente el sentido de *siempre*. Ahora bien, no durará la unión por la carne sino por el alma. Es preciso, por tanto, que el conocimiento del otro llegue hasta su mundo interior, hasta el alma del futuro cónyuge. Como no se consiga esta percepción del alma del novio o de la novia, el otro lo ignorará todo de la persona con quien se liga, sin embargo, *para la vida entera*. ¿Cómo no ver el flagrante ilogismo de tal situación?

Descubrir verdaderamente el mundo interior del otro, es, como dijimos al principio de este trabajo, el auténtico objetivo de las relaciones. Ahora bien, la intimidad de los novios es el único camino que permite ese descubrimiento. Encontrarse, día tras día, a solas, y entregarse el uno al otro a lo largo de conversaciones que revelen poco a poco una parte de la riqueza del otro, y que descubran gradualmente, sin que se note apenas, su ser más profundo. Esta detención periódica, este corte con el exterior, esta concentración sobre el alma del otro, poseen la mayor importancia; *en esto se reconoce el carácter serio de unas relaciones*.

Con toda evidencia, no bastará parlotear juntos a la manera de esos novios a los que no se les ocurre decir más que trivialidades. No se trata de una charla insulsa sino de un intercambio. Descubrir mutuamente su alma, discutir sus respectivos conceptos sobre la mujer, el hombre, el amor, el matrimonio, los hijos, la vida y... Dios. Porque a lo largo del camino que pronto van a emprender conjuntamente, son esos conceptos los que entrarán en juego y serán fermento de discordia o elementos de unión. No se construye un hogar sobre la gracia de una sonrisa, sobre el atractivo de un rostro, sobre la ternura de un instante. Se construye el hogar sobre todo lo que es la esencia misma del yo: los pensamientos, los deseos, los sueños, las decepciones, las penas, las esperanzas, las alegrías, las tristezas. El amor implica la puesta en común de todo eso; por ello las relaciones enderezadas a consolidar el amor y a preparar la unión indefectible, deben desarrollarse en ese plan, y exhibir ante el otro ese

fonda secreto de sí mismo, cada uno de cuyos elementos favorecerá o perjudicará la futura unión.

Para que este clima sea posible, es preciso que la pareja sepa no dilapidarse, malgastando su tiempo en naderías. Que se diviertan, bien está. Que no hagan más que divertirse, aquí estaría el mal. Que los novios realicen, pues, un sensato reparto de su tiempo y que se impongan la obligación de proteger su intimidad, de velar por ella que es su riqueza más preciada ahora y siempre.

6. Ser sincero con el otro

Se esforzarán además en disciplinarse recíprocamente según las exigencias psicológicas que hacen posible y viva la intimidad. Entre ellas, la primera es la sinceridad. *Querer franquearse con el otro*. Esto puede ser mucho más difícil de lo que se cree o de lo que parece. Porque cada uno de nosotros quiere guardar ocultos los secretos de su corazón. Accede gustoso a hablar de esto o de aquello, siempre que no se trate más que de cosas secundarias y externas. Para descubrir el propio yo para dejar ver lo que se agita en el interior del mismo, es algo que cuesta. Inconscientemente nos negamos a abrirnos. Se encubre esta negativa tras numerosos pretextos, se encuentran mil y una razones de guardar para sí mismo el curso de sus pensamientos; en realidad lo que uno quiere es sustraerse al juicio ajeno. Hay, a este respecto, un reflejo defensivo que cada cual experimenta a la manera de la tortuga que esconde la cabeza dentro de su concha no bien se siente amenazada.

Los novios no deben «esconder la cabeza». Por el contrario, deben franquearse mutuamente, lo más posible, dentro de, claro está, los límites de una sana decencia. No se debe incurrir en el exceso contrario y llegar a un exhibicionismo tan inútil como fuera de lugar, que les llevaría a detallar todas sus sandeces pasadas. Se trata de revelar al otro el pensamiento propio; de definir ante él esas grandes orientaciones por las cuales un ser se diferencia de cualquier otro, y conforme a las cuales efectúa su elección en la vida. Todas las almas se parecen, en cierto modo, pero todas son también diferentes. Estos elementos diferenciales son los que hay que poner al descubierto a fin de que los novios puedan orientarse con respecto a su futuro cónyuge.

Por tanto, hay que hacer un esfuerzo para entregarse. Desatar esos lazos del individualismo. «Traducirse» al otro, nos atreveríamos a decir aquí, porque el lenguaje del alma es peculiar de cada cual; nadie tiene acceso a ese misterio, como no sea introducido en él. Por todo cuanto hemos dicho podemos ver hasta qué punto el amor está basado en la comunidad de pensamiento. Ahora bien, ésta no existirá sino en la medida en que los novios muestren una voluntad, decidida y eficaz, de realizarla. Desde la época de las relaciones, hay que aplicarse a ello con energía, porque si la unión interior no se inicia ya en ese período, no será nunca posible después. Por lo menos así lo revela la experiencia, que nos muestra a tantas parejas separadas por el muro impenetrable del individualismo.

Habrán que añadir a la sinceridad un gran afán de lealtad. Porque no se debe intentar presentar una imagen favorable de sí, cuando ésta no corresponde a la realidad. A este respecto ¿no es también una tendencia espontánea de nuestra naturaleza la de mostrarnos tan sólo bajo el aspecto más halagador? Con los extraños, no hay nada anormal en ello. Nadie está obligado a ser totalmente sincero con el primer venido. Pero cuando se trata del futuro

cónyuge, éste tiene derecho a saber a qué se va a ligar su existencia. No vivirá el día de mañana con una persona idealizada; se encontrará con un ser que oscilará, como toda criatura humana, entre perfecciones e imperfecciones, cualidades y defectos, virtudes y vicios. Por lo cual, es preciso guardarse de disimular. No podría haber mayor mezquindad, ni mayor estupidez, que la de no mostrar más que el lado favorable de uno mismo. Evidentemente, el futuro esposo o la futura esposa podrían quedar decepcionados, lo cual es como decir que sería de temer una crisis conyugal tanto más profunda cuanto más se hubiera disimulado.

Nunca se insistirá bastante sobre esta lealtad que deben mostrar los novios, recíprocamente. Todas sus relaciones deben estar impregnadas de ella, a fin de que su amor pueda conseguir así la solidez que necesitará para subsistir a lo largo de los años. *La franqueza de alma con la más total lealtad* será, pues, el medio por excelencia de evitar, el uno y el otro, las ilusiones pueriles. Con esta actitud, el amor encontrará realmente su fuerza y sólo con ella impedirá que se destruya, en breve plazo, contra los primeros obstáculos que surjan. Unas relaciones que no estuvieran animadas por este espíritu no serían más que una diversión tonta. Los novios que no quieran hacer de payasos y reducir su matrimonio a una triste bufonada, deberán, pues, seguir esta regla con todo rigor, a lo largo de esos meses durante los cuales se preparan para casarse.

Pero para practicar esa fórmula, tendrán que tener una gran humildad. Esta ocupa un lugar en el amor, como en todas partes, por lo demás; por haberla olvidado, muchos han acabado por no amarse ya. Porque no puede haber amor duradero sin sinceridad, como acabamos de observar. Ahora bien, toda sinceridad es radicalmente imposible sin humildad.

El peligro, en la vida conyugal, está siempre en alzarse el uno contra el otro, encerrándose cada cual dentro de sí. En la mayoría de los casos, semejante actitud proviene de un orgullo demasiado vivo que no se ha aprendido a dominar durante las relaciones. Cuando los primeros lazos del amor han ligado a un joven y una muchacha con la suficiente fuerza para que piensen en entregarse por entero y de un modo definitivo el uno al otro, deben aceptar manifestarse según la más estricta verdad, sin intentar hacer creer —aunque sea sin malicia— que son personas superiores. Tener la humildad de reconocerse tal como es uno, ni más ni menos, y presentarse al otro sin falsa riqueza, sin falso esplendor, sin ese brillo de bondad con el que cada cual procura adornarse sin saberlo. Es ésta una condición necesaria para la futura armonía de la pareja y para la *verdad del amor*. Sin esto, se corre el riesgo de sustituirse por un personaje inexistente; y cuando llegue la hora decisiva de la vida en común, que suprime todas las apariencias reduciendo cada cual a su verdadera estatura, se verá que el otro descubre poco a poco el error. Y desde ese momento, el amor no puede ya vivir, ni la unión subsistir.

Las relaciones deben desarrollarse ante todo en la verdad, y la verdad no será posible sin humildad, una humildad nacida del amor mismo y basada en el respeto mutuo con que deben tratarse los novios. Porque es necesario un inmenso respeto al otro para confesarle que uno no es más... que lo que es... y que él habrá de acomodarse a esta pobreza durante toda su existencia. Tiene uno entonces todas las probabilidades de que esta pobreza misma tome el aspecto de una gran riqueza, iluminada como estará por el amor, la verdad, la humildad. De este modo se habrá colocado la piedra angular de un matrimonio que tendrá todas las garantías posibles de duración, al haber sido preparado por unas relaciones verdaderamente serias.

7. Abrirse al otro

Digamos finalmente, para terminar estas reflexiones, que si es necesario ser sincero *con* el otro, es decir mostrarse a él bajo su verdadero aspecto, hay también que abrirse al otro, es decir aprovechar la época de las relaciones para corregir sus preocupaciones egoístas y convertirlas en una constante solicitud hacia el otro.

Porque el amor es incompatible con el egoísmo, y porque las relaciones deben preparar el amor definitivo, nada más lógico que exigir de los novios que aprendan a salir del círculo cerrado de sus intereses personales. Los esposos que no se esfuerzan en vivir el uno para el otro, que no consigan olvidarse de sí mismos para enriquecer al cónyuge, estarán muy cerca de la desgracia. Se encontrarán suspendidos al borde del abismo del irremediable fracaso matrimonial. Desde el momento en que se reconoce esta verdad, no queda más que predicar la urgente necesidad que se impone a los novios de luchar contra la tendencia innata al egoísmo que si florece significará la muerte del amor.

Desarrollar la preocupación por el otro de un modo concreto. En esta, cada uno debe educarse a sí mismo. Cada uno debe esforzarse, por ejemplo, en asociarse a las preocupaciones del otro, en compartir sus gustos, en hacer suyos sus ocios. También sobre esto, hay que repetir que sería ilusorio pensar que todo ello «se hará después del matrimonio» y que siempre habrá tiempo de sacrificarse así a la voluntad arbitraria del otro. Desde el noviazgo hay que aprender a franquearse con el otro, a renunciar a todo por él, a cultivar ese indispensable reflejo por el cual quien ama de verdad, quiere ante todo hacer la felicidad del amado. Hasta en las cosas pequeñas.

Esta generosidad debe desarrollarse mucho antes del matrimonio a fin de que los primeros meses de éste no se perturben con penosas disputas. En suma, a la humildad de que antes hablábamos, hay que añadir una caridad soberana que va a iniciar, desde el período de las relaciones, el desposeimiento que implica todo amor.

Así aparece, pues, la orientación general que debe darse a las relaciones. Tal orientación tiene en cuenta la naturaleza misma de aquéllas, que no podrían concebirse más que con la perspectiva del matrimonio al que están normalmente ajustadas. Como no se desarrollen en este sentido, las relaciones asiduas son injustificables y peligrosas: corren el riesgo de llevar a situaciones equívocas y a amores descarriados.

Pero para quien las comprende y las vive en el sentido que acabamos de exponer, se presentan como el período muy feliz en que el amor se consolida, se esboza la armonía futura y se prepara la felicidad del mañana. Para unos novios no puede haber escuela más provechosa que ésa que refleja ya desde tan cerca lo que será su vida en común.

Surgirán sin duda dificultades. Es muy natural. No se aprende de golpe a convivir con otra persona. Es preciso para ello un largo aprendizaje que no terminará hasta pasados varios años de vida conyugal. Pero ya unas relaciones bien llevadas y sanamente orientadas consolidan una pareja y la preparan admirablemente para la unidad en la cual habrá de vivir en lo sucesivo, durante su vida entera. La importancia que tiene el aprovechar inteligentemente esa época es tal, que no se podría nunca exagerar. Unas relaciones serias, llevadas con toda conciencia y con el verdadero sentido del futuro, son un prelude de la felicidad. Cuántos sinsabores evitarán, cuántos fracasos impedirán. Ciertamente, no harán desaparecer todas las dificultades inherentes a la vida conyugal pero las reducirán mucho, tanto en

número como en intensidad. Y sobre todo, pondrán en acción lo que podría llamarse el *mecanismo de la armonía* que consiste en ese juego recíproco por el cual la psicología propia de cada uno se transforma poco a poco para adaptarse al otro. En realidad, el secreto de la felicidad en la vida conyugal depende de ese mecanismo. Cuanto antes funcione, antes se logrará la felicidad. En cambio, cuanto más se retrase, más obstáculos se acumularán, más simas se abrirán y más comprometido estará el amor. Saber tratarse bien, es amarse mucho, y es edificar el mañana en el amor de hoy.

VIII

Novios hoy, padres mañana

Entre la serie de problemas que deben abordar unos novios no se puede omitir el que plantea ante ellos su futuro estado de padre y de madre. Novios hoy, serán mañana esposos, y, como tales, llegarán en breve plazo a ser padres. En efecto, el amor y el matrimonio desembocan en el hijo. Tienden a él como a su finalidad, y no encuentran su plena eclosión y su sentido completo hasta que han conocido esa madurez que es la fecundidad. Jacques Leclercq ha escrito admirablemente: «*El árbol tiende al fruto, el hombre tiende a la obra; el hijo es el fruto y la obra del amar*»¹. Amor y matrimonio se encuentran, pues, en esta unidad de orientación que los centra sobre el hijo.

Ocurre, sin embargo, que la evolución psicológica suscitada por el amor en el corazón del joven y de la muchacha no desprende habitualmente esa luz hasta que nace el primer hijo. Se descubren entonces él y ella padre y madre, con todo lo que esto entraña de alegría profunda e indecible, y también con todas las inquietudes que implica. Podría decirse, con entera verdad, que no se piensa en ser padre y madre hasta el día en que se ha llegado a serla de hecho.

Antes, han pensado sobre todo en amarse. Todas las preocupaciones de los novios, ¿no se desarrollan a ese nivel? Se inquietan el uno por el otro, están atentos el uno al otro, alerta a todo cuanto pueda complacer al otro. Se vive entonces en un universo cerrado, podría decirse, un universo en donde todo gravita alrededor del novio y de la novia. Se piensa: *tú y yo*, y si por casualidad se dice *nosotros*, esta significa *nosotros dos*. Está uno tan absorbido por el amor, éste proyecta sobre el uno y el otro una luz tan cruda que el resto del mundo se esfuma y parece retroceder muy a lo lejos. Así es cómo durante los meses en que preparan las bases de su hogar, el joven y la muchacha se aíslan, en cierto modo, para entregar su corazón entero a la llamada del amor.

De aquí se infiere que su vida futura se entrevé, casi siempre, con esa sola perspectiva. Novios, saben que van a ser futuros esposos, y cuando piensan en el mañana, lo hacen repitiéndose que serán marido y mujer, y anticipando en su espíritu el universo de delicadeza, de ternura, de amor que en él se contiene. Que llegarán a ser padres, muy pocos lo piensan; y a la mayoría les parece esto un fenómeno accesorio, una consecuencia secundaria de su amor. Todo esto ¿se halla además tan lejos! Lo que está cerca, lo que es inmediato, y por tanto lo que fascina, es el amor que va a tomar cuerpo en el matrimonio, del que se repite en todos los tonos, que será la puerta abierta a la felicidad.

¹ JACQUES LECLERCQ, *Le mariage chrétien*, Casterman, París 1949, p. 128; trad. castellana: *El matrimonio cristiano*, Rialp, Madrid 1965.

Que tal fenómeno se produzca, es cosa que no debe sorprender. Que el entusiasmo del amor sumerja entonces el tiempo y falsee un tanto las perspectivas, esto no es ni anormal ni alarmante. A condición, sin embargo, de que se sepa no entregarse a este arrebató, y no se deje uno arrastrar tan lejos que se llegue a olvidar el tomar la medida de las responsabilidades futuras. Ciertamente, como dice Boris Pasternak: «*El hombre ha nacido para vivir, no para prepararse a vivir*»¹. Pero aun conservando plena conciencia del presente y agotando la riqueza de éste, debe, sin embargo, entrever el porvenir y empezar a prepararla desde hoy. De otro modo, se precipita en el desastre. Y una pareja que quisiera limitarse a los placeres del noviazgo, conocería quizá un mañana muy decepcionante.

Tal como implica la voluntad providencial cuya expresión se señala a través de la voluntad providencial cuya expresión se señala a través de la naturaleza misma de la pareja, el amor invoca la fecundidad, y el hogar no adquiere su sentido definitivo más que en el momento en que la pareja se ha multiplicado, conforme al designio explícito del Creador. El dinamismo peculiar del amor establece, en efecto, la fecundidad de los esposos como ley fundamental; hasta el punto que la unidad de la pareja tiene su razón de ser en ese hecho. Para consumarse perfectamente, para ocupar en la tierra el lugar que debe, el amor humano ha de orientarse claramente hacia el hijo. Pertenece a su esencia el no poder desarrollarse hasta estar ampliamente abierto, y no alcanzar los límites del infinito hasta haber encarnado en hijos nacidos de él.

Quien intenta captar el sentido del amor no puede llegar más que a esta conclusión, que toma entonces valor de principio. Toda pareja debe, pues, orientar su amor y su vida a la luz de ese principio, al cual es preciso conformarse, bajo pena de que el amor humano se disipe como una quimera y muera por haber perdido su razón de vivir.

Digamos, más simplemente, que es un principio que debe insertarse en plena vida amorosa, y que jóvenes y muchachas que se disponen a casarse deben recordar que su vida no tendrá nada de un dúo. En esta, los hechos confirman además este principio de una manera definitiva.

1. No sólo esposos, sino padres

En este sentido creemos esencial que los novios vean la verdadera dimensión de su vida matrimonial. Sería falso imaginarse que siempre serán dos. Porque ¿cuánto tiempo estarán los jóvenes esposos solos en su pequeño universo doméstico? Muy poco. ¿Unos nueve meses?

Algunos años, todo lo más? El hijo vendrá pronto, por decisión o por «sorpresa» (lo cual es, sin duda alguna, claramente deplorable); y hasta su vejez, los novios que han llegado a ser padres compartirán su existencia con otros seres nacidos de su amor. La «soledad de dos» será muy pronto un recuerdo del pasado, y *el nosotros* de la realidad no será el equivalente del *nosotros dos* sino la expresión numerable de los miembros de la familia.

Ahora bien, puesto que ésa es la realidad que se dibuja en el horizonte de un amor de novios, ¿por qué no mostrarla a plena luz? Si unos novios se preparan para su vida de amor como si no fuesen más que dos a vivirla... equivocan el camino. Deben, desde la época de su

¹ BORIS PASTERNAK, *Le docteur Jivago*, Gallimard, París 1958, p. 354; trad. castellana: *El doctor Jivago*, Noguer, Barcelona 1966.

preparación, comprender que, al convertirse en esposos de novios que eran, se convertirán al propio tiempo en *padres*. Marido y mujer, serán padre y madre. Y para encuadrarse en esta perspectiva, la única que es expresión de la realidad, deberán reflexionar juntos sobre tal cuestión. No pensar solamente: ésta será mi mujer, éste será mi marido; sino repetirse a menudo: ésta será la madre de mis hijos, éste será el padre de mis hijos.

La ventaja de semejante estado de espíritu consistirá en proporcionar a los novios el sentido agudo de las *responsabilidades* que implica su unión. Ciertamente, el amor mismo entraña ya una importante responsabilidad, puesto que el uno y el otro aceptan el consagrarse por entero a la realización de la felicidad temporal y eterna del cónyuge. Pero esta primera responsabilidad, por importante que sea, no por ello debe apartarse de esta otra *responsabilidad*, mayor aún, que suscita el nacimiento del hijo. Porque de allí en adelante, el hogar no estará constituido por dos adultos: un hombre y una mujer, que se han entregado el uno al otro; estará constituido por ellos dos y por ese primer hijo, así como por todos los otros, pequeños seres que se hallan en dependencia directa de aquellos de quienes han recibido la vida. Ante la existencia que no han solicitado pero que les han dado, ante la vida que no han elegido pero que les han impuesto, ante un universo del que han venido a formar parte sin que les hayan dejado la elección, esos hijos carecen de defensa. Lo esperan *todo* de los que han escogido libremente, amándose y uniéndose, traerles al mundo *¡Todo!* ¡Lo cual no es decir poco! Porque además de su existencia humana, del comer y del dormir, además de su vida intelectual futura, hay igualmente la dependencia espiritual. La pareja que va a dar la vida a unos hijos debe ser consciente de este hecho, verdaderamente extraordinario: *prepara unos elegidos o unos condenados*, unos ciudadanos de la ciudad de Dios y del cielo, o unos hijos del Príncipe de las Tinieblas y del infierno. En este plano último se sitúa el problema. Y así como un individuo debe analizar su modo de existencia con respecto a este resultado absoluto, así como debe dirigirse por sus elecciones cotidianas a un lado o a otro, así los padres orientan a sus hijos depositando en ellos una semilla que crecerá a lo largo de los días, para revelarse pronto como salvación o como perdición.

¡Qué terrible carga! No sólo la de unas bocas que alimentar, de unos cuerpos que cuidar, sino aquella, cuánto más delicada, de varios seres, formados a imagen de Dios, a quienes está uno encargado de abrir el camino de la salvación. No se ingresa en el matrimonio como en una tienda de juguetes, para salir de allí con un lindo muñeco bajo el brazo, con un hijo-juguete inanimado. Se ingresa en el matrimonio sabiendo que va uno *a dar la vida* a unos pequeños seres que han de quedar en lo sucesivo prisioneros de esta vida, que les conducirá a la eternidad. A las puertas de ésta, llegarán ellos un día, llevados en cierto modo hacia la muerte por aquellos que les dieron la vida. Y entrarán en otra Vida, o en otra Muerte, según lo que puedan ofrecer en ese término de su existencia.

Cada pareja debe tener clara conciencia de este pensamiento temible: que va a forjar para el hijo los instrumentos que le servirán para avanzar por el camino de la vida hasta Dios. Cuando cojan en sus manos juveniles, cálidas aún de amor, a su primer hijo, deben mostrarse conscientes de su función sagrada que es el conducir a diario ese hijo hacia el Señor. Si no se muestran conscientes de ese deber, faltarán a él y entonces cuál no será su tristeza! Habrán condenado su hijo al fracaso.

A esto se objetará que cada hijo, una vez adulto, hace su propia elección, sigue sus propias orientaciones y emplea su libertad para elegir entre Dios y el Diablo. ¡Sea! Pero no se recordará nunca lo suficiente la influencia de los dieciocho primeros años sobre la libertad

del hombre. Ésta no es un absoluto, una planta que crece al margen de todo cultiva, apartada de toda raíz. Brota del ser humano como el manantial de la tierra, impulsada por fuerzas misteriosas. La libertad del adulto no es un fenómeno repentino; muy al contrario, hay en el hombre tal continuidad que la libertad del adulto se encuentra enriquecida o empobrecida según la riqueza o la pobreza espiritual de la infancia vivida anteriormente. Cada uno de nosotros, como cada uno de esos hombres que llegarán a ser los hijos de toda pareja, puede repetir por su propia cuenta: *«Lo que quiero en cada momento, es lo que soy interiormente, lo que quiero ser, pensamientos, sentimientos, preferencias, aversiones, amores, ideales concebidos y adoptados; todo esto en donde se ha acumulado todo mi pasado, soy yo; evidentemente, de todo esto emanan mis decisiones libres, y cada una ha de estar en conformidad con todo esto...»*¹.

Ahora bien, ese yo que se forma gradualmente en el curso del tiempo realiza su eclosión desde la infancia. Cada uno, cuando viene al mundo, lleva en sí todo el potencial requerido para convertirse en un hombre realmente adulto, es decir un ser libre y orientado hacia el bien; en cuanto a saber si ese potencial se desarrollará... esta depende, ante todo, de sus padres. A este respecto la responsabilidad se hace infinitamente grande. Por eso hay que exigir de los novios que se preparen a aquélla y que no cometan el error de creer que su vida matrimonial se cerrará de nuevo sobre ellos. ¡Nada de eso! Novios, llegarán a ser marido y mujer; desde ese momento serán sembradores de hombres, es decir responsables de unos hijos a los que conducirán, o al menos prepararán, a la salvación o al fracaso eterno. Porque serán unos «creadores» de libertad y, según la frase de Camus, *«al final de toda libertad hay una sentencia...»*².

2. Prepararse para ser padre y madre

Ese ha de ser, por tanto, el pensamiento del joven y de la muchacha que se disponen a fundar un hogar. Tendrán que hacer suya la verdad terriblemente comprometedor que expresa de una manera metafórica este axioma que debería presidir toda educación: *«El vaso conserva siempre el olor del primer vino que en él se vierte»*. Estar alerta a esta responsabilidad es, por tanto, primordial. Y prepararse a ella también. Porque es preciso decirse que no se está preparado a ser realmente padre o realmente madre, por el solo hecho de que sea uno capaz de procrear. Esta potencia, separada de su sentido humano, depende de las leyes biológicas solamente; para realizarse en su plenitud, debe comprometer al alma, y en este sentido hay que hablar aquí de preparación a la paternidad y a la maternidad. Una preparación para el matrimonio que no se efectúe con esta perspectiva, será incompleta y formada de ilusiones. De igual modo, y al mismo tiempo que deben prepararse a ser esposos, los novios deben prepararse a ser padre y madre. ¡Cuán legítima es, a este respecto, la enérgica protesta de Pío XII contra los que pretenden hacer de padre y madre improvisados, como si esta función no exigiera una preparación minuciosa! *«Hoy día —decía él— veis una cosa extraordinaria... Mientras que a nadie se le ocurriría hacerse de pronto... sin aprendizaje ni preparación, obrero mecánico, ingeniero, médico o abogado, a diario jóvenes y muchachas, en*

¹ PALHORIE, *Épanouissement de la vie*, p. 264.

² ALBERT CAMUS, *La chute*, Gallimard, París 1956, p. 154.

*crecido número, se casan y se unen sin haber pensado ni un solo instante en los arduos deberes que les esperan con la educación de sus hijos»*¹.

Nótese bien que se trata aquí menos de preparación técnica que de preparación propiamente humana y cristiana. En nuestros días, en que está de moda la psicología, es acaso conveniente subrayar que el secreto de la educación que se da en el hogar no depende *ante todo y sobre todo* de la aplicación de ciertas técnicas de psicología infantil. Esta puede ser de un precioso auxilio; permitirá evitar ciertos errores de orientación y suplirá ciertos olvidos, podrá incluso corregir eventuales desviaciones. Por consiguiente, se puede decir que será un coadyuvante útil. Pero sólo será eso. Y así como se dice, en derecho, que lo accesorio sigue a lo principal, habrá que decir en educación que los principios técnicos no encontrarán aplicaciones serias sino en las medidas en que se apoyen sobre un sentido humano y cristiano muy profundo de la paternidad y de la maternidad. Para unos novios, prepararse a ser padre y madre no significa *informarse* sino *formarse*.

Formarse en la conciencia de sus deberes, procurando descubrir todo lo que significan las palabras «padre» y «madre» cuando son pronunciadas, como el «sí» del matrimonio, ante Dios mismo. No pensar que se trata de una alegría invasora, que el nacimiento del hijo hará estallar a la manera de una primavera cuya llegada está llena de sol, de calor y de efluvios deliciosos. Paternidad y Maternidad no tienen nada de un juego agradable, y la felicidad innegable que los acompaña no es más que la contrapartida de una terrible exigencia de generosidad.

Sucede, en efecto, que paternidad y maternidad son ante todo, y hasta podría decirse que son exclusivamente, un don. Duhamel lo hacía notar con una llaneza cuya resonancia es singularmente significativa: «*Porque tú eres padre* —ha escrito—:

No abrirás ya nunca una puerta con prisa: puede haber un hombrecillo agazapado detrás.

Medirás todos tus gestos y contendrás muchos de tus arrebatos. Menos fogosidad y más fuerza.

Verás con menos frecuencia el cielo: tendrás que mirar constantemente a tus pies para no pisar a tus hombrecillos.

No cerrarás nunca los cajones de un rodillazo: las manitas se meten por todas partes. Harás todas las cosas despacio, con todo cuidado.

No dormirás jamás a pierna suelta; te sobresaltará el menor suspiro. No podrás oír un grito sin preguntarte, con el corazón palpitante, si no es el grito... el grito que temerás toda tu vida.

No encenderás nunca un fuego sin pensar que el fuego quema. No colocarás tu taza al borde de la mesa. Apagarás tus colillas con especial cuidado...

No dirás ya, con la soberbia seguridad de otro tiempo: “Tal día haré tal cosa”. Prenderás unos “quizá” en las alas de todos tus proyectos»².

Paternidad y maternidad son, pues, una exigencia imperativa de generosidad. Ningún egoísta puede ser fiel a su vocación de padre. La llegada del primer hijo requerirá, por consiguiente, de los padres, el arte del don.

¹ Pío XII, Alocución del 26 de octubre de 1941.

² GEORGES DUHAMEL, *Les plaisirs et les jeux*, en *Les Livres du Bonheur*, Mercure de France, 1950, p. 22-23.

3. Cultivar el arte del don

Al hablar del amor, se podía ya afirmar sin el menor titubeo que el amor vale tanto como la voluntad de sacrificio que lo anima. En esta también, hay que recordar que paternidad y maternidad deben unir a los jóvenes esposos en un profundo olvido de sí mismos. Cuando los hijos aparezcan en el hogar, desaparecerá la facilidad al mismo tiempo. Para una pareja sola, la vida, aunque roída a menudo por un irremediable hastío, es siempre fácil. Se dispone plenamente de su tiempo y se obra por lo general a su capricho, según las inclinaciones del momento. Para unos padres, por el contrario, el hijo fija un ritmo de vida que no depende ni de la fantasía, ni del capricho, sino de las solas necesidades de su ser frágil.

Cultivar, desde el período del noviazgo, el espíritu de renuncia, y aprender a salir de sí mismo para pensar en los otros, éste será el primer medio de prepararse a ser padre y madre. Sobre todo, en los primeros meses de matrimonio no ceder a la tentación de abatimiento. Sucede con frecuencia, en efecto, que esos primeros tiempos de vida común se presentan como el momento por excelencia para «gozar de la vida». Se disfruta de todas las libertades, es uno dueño de sí mismo, no está obligado a rendir cuentas a nadie; y eso se aprovecha para organizarse una «buena vida» y para divertirse de un modo desenfrenado. Pues bien, hay que gritar en seguida: ¡cuidado! Tanta más cuanto que se lleva a menudo el afán de independencia hasta retrasar, sin otro motivo que el egoísmo, el eventual nacimiento del primer hijo. No puede haber una actitud más triste, ni más peligrosa para el amor. Ciertamente, puede ocurrir, por excepción, que unas condiciones especiales vengan a legitimar una sana regulación de los nacimientos, desde esa época. Pero esto, repitámoslo, será excepcional, y se puede decir que, de una manera general, no habrá nunca tiempo más propicio para la llegada del hijo que ése. Hay jóvenes esposos que, impulsados por el solo afán de gozar egoístamente de esos primeros meses de libertad, rechazan el hijo, falseando así, desde el comienzo, toda la orientación de su amor y de su matrimonio. Sin contar con que, bajo el influjo de una crisis pasional más violenta, rara vez consiguen controlar los impulsos de su juvenil sexualidad y, por consiguiente, se hunden en la inmoralidad. Este es ya un malísimo punto de partida.

Luego, tarde o temprano, aparece el hijo. No ya un pequeño ser deseado, anhelado con ardor como la encarnación del «sí» intercambiado la mañana de la boda, sino un desagradable aguafiestas que surge de manera imprevista para impedir el placer que se cultivaba con tanto cuidado. Y se llora, se protesta y se trina contra el... azar que ha querido que pese a todas las precauciones mezquinas y a despecho de todas las prudencias condenables con que se rodeaban, el amor haya sido fecundo.

Ante semejante estado de cosas nacido del egoísmo, ¿quién no ve que el hijo apenas concebido, está ya al borde de una triste vida? Y la pareja... a la puerta de la desgracia. Porque cuando una pareja deja que triunfe en ella el egoísmo, cualquiera que sea su forma, debe esperar a que éste se vuelva contra el amor y provoque el fracaso conyugal.

Por eso importa que unos novios que van a contraer matrimonio, entren en él bajo el signo de la generosidad más total, y que en prenda de ésta, acojan al hijo como la prueba misma de la autenticidad de su amor. Al recibirle con alegría y amor, se despojan del egoísmo, para hacerse dignos de su maternidad y de su paternidad.

4. Maternidad

¡Maternidad! ¡Paternidad! Dos palabras que resuenan en los oídos de los novios con un sonido extraño. ¡Parecen abrirse a un mundo tan misterioso y tan lejano! En efecto, qué extraña caso, cuando es uno todavía un jovencito y una muchachita, pensar que volverá a encontrarse pronto unido en un pequeño ser, procreado a imagen y semejanza de lo que uno mismo es.

Y, sin embargo, ésta es la realidad. La joven novia de hoy debe pensar que muy pronto será madre. Sin embargo, no debe sentir temor alguno. Ciertamente la maternidad es una carga aplastante; pero es preciso, ante ella, evitar los prejuicios corrientes que llevan a tantas futuras madres a temerla como un mal peligroso... e incluso como un atentado contra su ser.

Que existe en la maternidad una pesada parte de sufrimientos, habría que ser estúpidamente inconsciente y atrozmente inhumana para negarlo. A lo largo de los nueve meses de gestación y, sobre todo, en el momento del nacimiento propiamente dicho, el hijo se abre su camino con dolores en la carne viva y la sangre de su madre. Será además, a causa precisamente de esta dolorosa identificación con ella, por lo que le conservará durante toda su vida, un amor que nada podrá desarraigar. Y también innegablemente, la llegada del hijo encadenará a la madre en una red de obligaciones que, por mínimas que sean a veces, no por ello serán menos acaparadoras. Cautiva de sus hijos, no puede negarse que la maternidad, es, en cierta medida, una esclavitud.

Pero, al margen de todo esto, la mujer recordará que es en su maternidad donde encontrará su más completa consumación y que llegará a ser ella misma conforme a todo su ser y según sus dimensiones más profundas. ¡Es un misterio singular el de la maternidad! Un misterio que hace de la mujer el ser más semejante a Dios. Porque nada como la procreación de un hijo permite a un ser compartir la omnipotencia del Creador. Y puede creerse, con toda verosimilitud, que ninguna condición humana acerca más un ser a Dios que la maternidad. Es rigurosamente cierto decir que ésta es una gracia, es decir un don divino, hasta el punto de que la joven que llega a ser mamá se convierte en depositaria del Señor, en aquella a la que Él confía su obra. Por eso debe ella mostrarse, ante todo, llena de confianza, de alegría y de gratitud. No quiere esto decir en modo alguno que no conozca ni inquietudes, ni angustia, ni dolor; pero en el momento en que la inquietud y la angustia hagan su aparición, en el momento también en que el dolor se imponga con mayor agudeza, la joven mamá se acordará de elevarse hasta Dios para rehacer en él su arsenal de paciencia, de confianza y de amor. La mujer, en su maternidad, es un ser privilegiado, un ser configurado a semejanza de Dios de una manera extraordinaria. Se une al Padre en la obra de creación; se une al Hijo en la obra de sufrimiento comprando la vida al precio de su dolor; se une al Espíritu Santo en el amor con que su amor se dilata, porque en ella toma cuerpo realmente esta verdad: no hay mayor prueba de amor que dar su vida...

Sin embargo, la maternidad no puede ser entrevista más que en virtud de esos dos fenómenos iniciales que son el embarazo y el alumbramiento. ¡Más aún! Se podría incluso decir que la verdadera maternidad se realiza después del nacimiento, cuando la mujer «despierta» el alma del hijo, engendrándole a la vida espiritual. Hay que observar aquí, que esta manera de hablar no tiene nada de idealista y que corresponde a la más estricta realidad. Serán necesarios nueve meses para crear un cuerpo al hijo, y serán precisos veinte años y

más para crearle un alma y hacer de él un hombre. Este largo tiempo de gestación espiritual, deberá vivirlo la madre con plena conciencia, atenta, ante todo, *a estar presente*. El hijo va avanzar en la vida un poco como un barco en busca del puerto, a través de la espesa bruma de una noche tempestuosa. *La madre será el vigía de ese barco*; será ella la que le guíe, intuyendo los escollos y los obstáculos de todo género, indicando los peligros, manejando con discreción y delicadeza los mandos tan sensibles de su alma juvenil. El trabajo de orientación que, desde muy pronto, habrá de practicar la joven madre, es de una importancia decisiva para la vida del hombre futuro. Por eso ella deberá obligarse a dedicar a esa tarea todos los recursos de su intuición y a preocuparse, ante todo, de captar el ritmo evolutivo de su hijo. ¿Será necesario añadir que con esta perspectiva, el papel de madre debe aparecerse a la novia como un papel de una importancia primordial, que supone en quien lo desempeña una seriedad muy profunda y un grandísimo dominio de sí?

Dulzura y comprensión son unos atributos de la maternidad que no deben presentarse al final de la vida. Desde el despertar del hijo a la existencia, éste debe encontrar a su lado una madre dulce y comprensiva. No una mujer ligera, irresponsable, iracunda e irreflexivamente violenta. Sobre esta cuestión, la novia que es todavía joven y que está dotada a menudo de una sensibilidad demasiado viva, deberá aprender rápidamente a conservar un perfecto dominio de sí misma. Porque tendrá que desplegar junto a su primera cuna una *ternura tranquila*. En efecto, sin la calma,; la ternura corre el riesgo de desaparecer en el torbellino de los arrebatos, de los gritos, de los nervios mal contenidos. Y al mismo tiempo el hijo corre el peligro de verse cargado de todas esas frustraciones infantiles, tan hinchadas de consecuencias, emanadas del miedo y de la inseguridad iniciales. Equilibrar la sensibilidad, para conseguir conservar la calma en cualquier situación, sin dejarse nunca arrastrar por el menor acontecimiento o por el primer contratiempo: éste trabajo se impone con urgencia a la futura madre.

A esta calma indispensable hay que saber añadir el buen humor, a fin de ser una «madre con la sonrisa». No es raro encontrar novias cuyo humor varía de la manera más imprevisible. Por cualquier cosa pierden su sonrisa y dejan que las penas moren en ellas. De este modo, abrumarán a sus hijos con el peso de sus propios disgustos. Ahora bien, los disgustos de un adulto son un veneno para el hijo, y la madre está obligada a saber conservar su sonrisa, a fin de que la alegría del hijo no se vea pronto ensombrecida por las contrariedades que puedan entristecer a la madre.

En toda vida hay pruebas que soportar y las pruebas engendran habitualmente la tristeza. El alma sensible de la mujer no siempre consigue precaverse de ésta, y ocurre a menudo que la atmósfera del hogar corre el riesgo de hacerse gravosa con su pena. Sea cual fuere el origen de ésta, no hay que dejarla interponerse ante la luz que alumbra a los hijos; por eso, la mujer debe aprender a dominar sus penas a fin de que a su alrededor los hijos solo sientan alegría. Ésta no es un bien por añadidura, sino que figura entre las cosas indispensables. Si se ha podido decir del hombre que la alegría érale «*muy útil y muy necesaria*»¹, ¡con cuánta mayor razón deberá considerarla indispensable para el hijo! Crear en torno a los más pequeños un ambiente alegre, a fin que la serenidad ilumine su alma alerta y que puedan ellos descubrir el universo en la belleza y el gozo: es ésta una de las tareas imperativas de la madre joven. Por esto la novia debe prepararse para esas virtudes, aprendiendo a do-

¹ JEAN PIERRE SCHELLER, *Secours de la grâce et de la médecine*, Desclée de Brouwer, París 1955, p. 196.

minar sus estados de ánimo. Ciertamente, sería ilusorio pretender sustraerse a la tristeza; una persona sensible no puede llegar a ser invulnerable. Pero hay que saber no dejarse envenenar por la aflicción cuando ésta surge. Y si se hace demasiado acuciante, hay que saber sofocar la tristeza en el silencio, conforme al preciado consejo de Étienne de Greef: «*Cuando está uno triste, debe saber callarse a todo precio*»¹.

Irradiar la alegría, crearla alrededor de sí mismo, tal es, por tanto, uno de los primeros deberes de la madre. Que no se crea, sobre todo, que esto es incompatible con las exigencias de energía que conviene ahora subrayar. Jacques Leclercq recuerda a este respecto que «*es entre los que llevan una vida dura donde encuentra uno la alegría*»². Viviendo ella misma de una manera enérgica, la madre conocerá la alegría que es el patrimonio de los que saben no abandonarse; de este modo se dispondrá a legar a sus hijos la doble riqueza: la energía y la alegría, que son los medios más seguros de practicar el arte de vivir.

La alegría ante la vida proviene siempre de la energía de alma. Decir, por consiguiente, que hay que crear en el hogar un clima de alegría, es decir al mismo tiempo que el hogar debe ser una escuela de fuerza. Esto es tanto más urgente cuanto que la herida mortal que gangrena toda nuestra civilización es precisamente la abulia, es decir la impotencia de la voluntad. La juventud moderna (los observadores más sagaces y más objetivos lo dicen con tristeza) fenece por hallarse en tal estado de pasividad que no puede Lograr dominar sea lo que fuere. Lanzar un hijo a la vida sin prepararle en este sentido, sin darle armas en cierto modo contra la inercia y la apatía, sería destinarle de antemano a la infelicidad. Por eso será preciso, desde el primer instante, enseñarle a tener voluntad. Esta educación la hará ante todo la madre, quien por su presencia constante, junto al hijo, durante los años iniciales, está en situación de desempeñar esta tarea. Por lo tanto, toda madre joven debe saber que es a ella a quien corresponde en gran parte modelar al hombre en el niño. Así pues, la novia deberá prepararse a ser «madre con energía» aprendiendo a ser ella misma enérgica. Y ya no tendrá después más que transmitir a su hijo ese capital tan preciado.

Al niño, la madre le inculcará la tendencia al esfuerzo, porque así aprenderá a ser un hombre, con toda la fuerza del término, es decir, un ser capaz de volición, apto para asentir o para negar, según convenga. Entonces o nunca, el hijo aprenderá a ser libre y a ser capaz de realizar su elección. La primera profesora de vida y de libertad será, pues, la madre. Del niño nacido de su carne hará ella un verdadero hombre, o un ser débil cuya cobardía será su sola y constante actitud. A este respecto, hay que recordar el consejo tan preciado de Alexis Carrel: «*El período de la primera infancia es, naturalmente, el más rico. Debe ser utilizado de todas las formas imaginables en la educación. La pérdida de esos momentos es irreparable. En vez de dejar baldíos los primeros años de la vida, hay que cultivarlos con el cuidado más minucioso*»³. Será, sobre todo, la madre quien se aplicará a explotar ese preciado período.

Esto supone que al llegar a la maternidad por su matrimonio, la novia se ha orientado por sí misma hacia una vida de energía que le permitirá llevar a sus futuros hijos por ese camino. Porque desarrollará su alma según la riqueza que lleve en ella. Hay que compren-

¹ ÉTIENNE DE GREEF, *Le juge Maury*, Éd. du Seuil, París 1955, p. 78.

² JACQUES LECLERCQ, *Essai de morale catholique*, t. I: *Retour à Jésus*, Casterman, París 1946, p. 308.

³ ALEXIS CARREL, *L'home, cet inconnu*, Plon, París 1935, p. 222; traducción castellana: *La incógnita del hombre*, Iberia, Barcelona.

der la grandísima responsabilidad que incumbe a la joven madre en ese sentido. Lo mismo que con sus cuidados cotidianos llenos de solicitud, ella contribuirá a desarrollar el cuerpo de su hijo y a darle vigor y salud, de igual modo con su vigilancia circunspecta, su celo hábil y su ejemplo comunicativo, desarrollará en él la fuerza interior, haciéndole llegar a ese crecimiento que conduce al estado de hombre verdadero y de cristiano perfecto. El papel que ella desarrollará en él fuerza interior, haciéndole llegar de los primeros años, es inapreciable.

Finalmente, la madre hará de guía en la primera educación religiosa. Por ella tendrá el niño acceso a Dios y aprenderá a amarle, a temerle, a servirle o a olvidarle. El comportamiento futuro, la cualidad de la conciencia del adulto, dependen en gran medida de esa fuente. Entiéndase bien que no se trata de defender aquí una falsa educación religiosa llena de fingidos sentimentalismos o de mitos imaginarios; no se trata tampoco de crear una serie de leyes domésticas, unas más coaccionantes que otras, preparando en el niño el horror a la verdadera moralidad. Se trata de conducir el hijo al amor de Dios y a una libre aceptación de las exigencias de Cristo. En suma, se trata de fomentar en él *el apego a Dios*. Porque, según la frase feliz de san Francisco de Sales, la formación del hombre en el niño, sobre todo en materia religiosa, debe realizarse por dentro: «*Por mi parte —dice él— no he podido nunca aprobar el método de los que, para reformar al hombre, comienzan por el exterior... Quien ha ganado el corazón del hombre ha ganado al hombre entero*»¹. Ganar el corazón del hijo para Dios, tal será, pues, el objetivo esencial que perseguirá la joven madre.

Esto presupone en ella cierta cualidad espiritual que no debe dejar de adquirir, porque no dará sino de su abundancia. No es, por tanto, indiferente que la joven novia viva o no en armonía con Dios, es decir en estado de equilibrio espiritual. El camino inicial que siga el hijo en la vida dependerá en una gran parte, de la vitalidad espiritual de su madre.

Al definir de la manera que acabamos de hacerlo, el papel de la madre, ¿hemos acaso exagerado la parte que le corresponde? ¿No es atribuirle una responsabilidad demasiado amplia? En modo alguno. Y sería minimizar lamentablemente la función específica de la madre el no extenderla a todo ese ámbito de la formación interior. No será la *única* pero sí será la *primera* en despertar el alma de su hijo. Si descuida el prepararse para cumplir esa función, hará mal y nadie podrá nunca suplir esa debilidad inicial. Es preciso, por tanto insistir para que la mujer se dé clara cuenta de su responsabilidad total y sepa que es indispensable, no solo para sostener la vida del cuerpo, sino indispensable también (y más aún quizá) para desarrollar la vida del alma. En sus celeberrimas *Reflexiones sobre la dirección de la vida*, Carrel no temía informar que es indispensable... que las mujeres tengan conciencia de su papel verdadero en la sociedad: «*Las naciones modernas —ha escrito— no se detendrán en el camino de la extinción más que gracias a un despertar de la inteligencia y de la conciencia femenina. En manos de las muchachas de hoy se halla el destino de las democracias*»².

Tanto vale un país como las muchachas que lo pueblan, porque tanto como valgan esas futuras mamás tanto valdrán sus hijos. Cuando son ya las prometidas y por consiguiente están en vísperas de ser madres, hay que recordar esas equivalencias.

¹ SAN FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, p. III, cap. XXIII.

² ALEXIS CARREL, *Réflexions sur la conduite de la vie*, Plon, París 1950, p. 131.

5. Paternidad

En la vida matrimonial, no se puede, sin embargo, asignar a la madre toda la responsabilidad. Si la muchacha debe prepararse para la maternidad como para una función maravillosa y difícil, el joven, por su lado, debe prepararse para la paternidad como para su tarea esencial. Porque así como, biológicamente, no podría haber maternidad más que por la paternidad, de igual modo al nivel de la educación, ésta no podría ser completa y equilibrada más que en la medida en que el padre la haya compartido, ya que se ha sentido consciente de la primacía de su responsabilidad.

El error más frecuente y también uno de los más graves que cometen los jóvenes, es entrar en el matrimonio sin haber comprendido lo que es la paternidad. No es uno padre porque de resultas de la unión carnal, la esposa ha quedado fecundada. Éste no es más que un primer momento de la paternidad; el tiempo más fácil además. La verdadera paternidad comienza más bien a partir del momento en que el joven, por un acto consciente y libre, acepta todas las consecuencias de su acción procreadora. Entre ellas, la primera en la lista será la *solicitud*. La solicitud con la joven madre, especialmente en la época del embarazo. Este, en efecto, no debe ser el fardo solamente de la esposa abandonada a ella misma. Semejante actitud, muy frecuente, sin embargo, aunque esté basada en la inconsciencia, es de un cinismo indignante. En el terreno de la paternidad, resulta precisamente que la inconsciencia es siempre culpable y vituperable. Cuando se ha aceptado hacer madre a su mujer, se han asumido, al propio tiempo, todas las cargas de padre; la irresponsabilidad posterior no es nunca disculpable. Ahora bien, las cargas de la paternidad no comienzan a los quince años del hijo; empiezan a partir del embarazo, cuando el marido está obligado a crear en torno de su joven esposa, cargada con un hijo todavía desconocido, un ambiente feliz, hecho de atenciones y delicadeza. *Que el hijo se desarrolle y nazca en el amor*, depende del padre que, durante esos meses difíciles, sabrá o no hacer feliz a su esposa, colmándola de una ternura constante, y haciendo también sensible para ella el amor de que la rodea. Nadie podrá nunca medir las consecuencias de tal actitud sobre la constitución del hijo. Por haber sido el padre atento y amante, el hijo recibirá la vida de la madre, comulgando, por su carne misma y por su sangre, en su felicidad. Ahora bien, nacer en un clima de felicidad ¿no es ya el comienzo de la misma?

Si se fija uno en la hipótesis contraria, si se dedica a considerar lo que será el período prenatal de un hijo, viviendo dentro del vientre de una esposa desgraciada, abandonada, se siente una pena inmensa. Porque con la vida de la madre, recibirá su amargura, su despecho, su acritud, su rebeldía. Cosas todas de las que no se puede, con gran frecuencia, culpar a la mujer. Porque si a ésta le corresponde mantener la alegría, según hemos dicho antes, es evidente que no podría hacerlo sola. El marido debe ayudarla a mantenerse en un estado de alegría, sobre todo en esos períodos tan difíciles del embarazo. A este respecto, el hombre debe renunciar a sus prejuicios y comprender todo cuanto esta nueva maternidad implica de sacrificios, renunciadas constantes, abnegación personal. Se dice que si los períodos de gravidez se alternasen entre marido y mujer no habría más de tres hijos por familia: uno de la madre, otro del padre, el tercero de la madre... y jamás un cuarto hijo. Esa ironía esconde una verdad. El hombre deberá rodear a su esposa de mucha atención y cariño, por lo menos en ese período, en que ella lo necesita más. Su paternidad debe iniciarse ya desde ese instante y debe impulsarle a rodear con la más atenta caridad a aquella que él ha convertido

en madre. De este modo, tendrá ella la alegría de sentir su carga compartida con él y de saberse amada. El amor y el hijo ganarán con ello.

El hijo debe ser amado desde ese momento si queremos que viva tranquilo y que no venga al mundo como algo indeseable. Sobre nuestra época pesa una terrible responsabilidad porque «*consideramos el embarazo como una calamidad*»¹. Si ésta es la situación ¿no será debido al hecho de que los maridos, renunciando a la paternidad y dejando a las madres todo cuanto la situación tiene de oneroso, les hacen perder el deseo de ser madres? La acusación es grave.

Un marido mezquino no sabe ser padre desde el comienzo. Un hombre debe tener suficiente sentido de responsabilidad, de justicia, para con su mujer, de sus obligaciones para con el hijo a fin de crear un clima de amor durante los meses de gravidez. Ésta será la primera exigencia de su paternidad. Cumpliéndola, dará a su futuro hijo una madre feliz, y con ello henchirá de felicidad su entrada en el mundo. Es éste un deber que todo hombre, si es consciente de lo que tiene que ser, se esfuerza en cumplir sin faltar nunca a él.

De igual modo el padre deberá obligarse a acompañar a su mujer a lo largo de esas horas tan dolorosas del parto. El consuelo de su presencia afectuosa, su íntima comunión en este dolor tan profundo que le es imposible comprenderlo del todo, ayudará a su mujer a querer al hijo y a amar... al padre de su hijo, lo cual no es desdeñable.

Tal será el papel principal del padre, durante los primeros años, mientras que las cargas recaerán en especial sobre la madre; él deberá cuidar de que impere en el hogar un clima de amor. Porque fuera de esa atmósfera, el hijo no podrá crecer con equilibrio. Necesita para vivir, como lo ha necesitado para nacer, el cariño de sus padres. Podría decirse con mayor exactitud que no existe hogar para él más que cuando el padre ama a la madre, y *lo manifiesta*. Este amor, percibido por el hijo y que aflora constantemente en los acontecimientos de la vida cotidiana, será como el sol cuyo calor es indispensable para el crecimiento de la planta. Sería faltar gravemente a su primer deber de paternidad no procurar ese clima.

Después, muy pronto, cuando en el niño se despierte el espíritu y la conciencia aporte su luz, será necesaria la *presencia del padre*. No una presencia simplemente material, indiferente. Todo lo contrario, una presencia atenta en seguir el despertar del alma y en provocarlo. El más grave reproche que pueda hacerse a un padre no es acaso el de negligencia y ausencia? Porque ¿que preocupación debería predominar en su vida sino la de permitir a sus hijos que consigan su talla de hombre y su pleno desarrollo de cristiano? Todas las otras preocupaciones, que son perfectamente legítimas cuando se las relega a su rango que es el secundario, se vuelven desordenadas y censurables cuando pasan al primer plano y llevan al esposo a olvidarse de ser padre *ante todo*. Desde la época del noviazgo, el joven debe, pues, jerarquizar las obligaciones que le ocupan y pensar que para él, nada, *absolutamente nada*, deberá distraerle de sus tareas de padre, cuando Dios le haya llamado a dar la vida.

El padre es insustituible. Por eso debe estar presente. Presente desde los primeros años a fin de ganar la sinceridad de su hijo y su amistad, de tal modo que llegado el momento de las borrascas de la adolescencia, pueda seguir ayudándole y guiándole; no con reglamentos discutibles y terminantes, sino con la influencia efusiva de un cariño bien merecido. Porque el padre debe merecer el cariño y la confianza de sus hijos. Kuckhoff lo ha escrito de una

¹ *Ibíd.*, p. 8.

manera que merece ser recordada: «*El jefe de familia exige el respeto de su hijo. Este respeto le es otorgado por así decirlo según una compensación y un orden. No puede exigir el cariño si él no lo ha dado mucho antes. No puede haber acuerdo íntimo entre padre e hijo más que si el padre ha sabido sacrificarse por su hijo. Sólo entonces puede esperar de él gratitud y cariño, cosas que no pueden ser exigidas*»¹.

Ahora bien, *dar* cariño y merecer así la confianza, no puede realizarse si el padre es un desconocido. Por eso conviene insistir para que el padre sea realmente padre, y que desde muy pronto se encargue de la educación de su hija. Traspasar ésta a la madre sería una decisión que comprometería el porvenir del hijo. No porque la mujer sea incompetente, sino porque resulta insuficiente. Puede muy bien asumir una gran parte de la educación, pero llega un momento en que ésta se le escapa. Es preciso entonces la presencia del hombre, el tacto del padre, familiar ya del alma de su hijo, y que, en el momento requerido, sabrá dar el impulso necesario, por ejemplo, en ese período crucial en que el hijo pasa de la infancia a la adolescencia.

¿Quién mejor que él podría ayudar al hijo a forjarse un alma de calidad superior y a esperar un equilibrio sólido basado sobre *el sentido moral y el criterio recto*? El papel de estas últimas actividades es predominante. Carrel ha dicho de ellas que «*pueden casi bastarse a sí mismas. Dan a quien las posee la aptitud para la felicidad. Parecen fortalecer todas las otras actividades, incluyendo las actividades orgánicas. Son ellas hacia las que debe orientarse ante todo el desarrollo en la educación* —insiste él— *porque aseguran el equilibrio del individuo*»². Ahora bien, nadie mejor que el padre podrá desarrollar en el alma del hijo las unas y las otras de esas actividades. Enseñar a su hijo a *juzgar* las cosas y los hombres, le enseñará también a adaptarse al Bien y a marchar virilmente en dirección de Dios; ésta será la indispensable función del padre. Su mayor culpa ante Dios será haberse sustraído a ella, así como su mayor mérito será haberla cumplido.

Se trata, en suma, para el padre, de ser un *maestro de vida*. Ahora bien, un maestro de vida no es tarea fácil. Hay que prepararse para ello seriamente, aprendiendo uno mismo a vivir. Por eso el joven que, siendo novio, sabe que está a punto de asumir esta responsabilidad considerable que es la paternidad, debe comprender que se acabaron las bromas, las ligerezas, las «locuras juveniles». Aprender a vivir, es afinar y consolidar su criterio, a fin de poderse orientar con arreglo a las exigencias más absolutas de la *verdad*. El padre debe ser, ante todo, el hombre de la verdad. *El que no miente y el que no se contradice*. Ni en sus palabras, ni en sus actos. No hay para el hijo mayor decepción que aquella con la que choca cuando, al irse haciendo hombre, descubre que su padre no es más que una mitad de hombre, un ser esclavizado por todas las trampas, por todos los compromisos, por todos los equívocos. Y ocurre entonces, mientras no llega la evasión desesperada de la adolescencia, el derrumbamiento del mundo de la confianza y el repliegue sobre sí.

Sólo el padre podrá prevenir ese desastre si ha sabido imponerse la disciplina rigurosa que supone una verdadera paternidad. Preparar a sus hijos un padre del que nunca se avergüencen, cualquiera que sea su rango social, porque le habrán conocido siempre como un hombre recto y de una calidad moral superior, he aquí la tarea magnífica a la cual todo jo-

¹ JOSEPH KUCKHOFF, *Paternité*, Casterman-Salvator, Mulhouse 1939, p. 33.

² ALEXIS CARREL, *L'homme, cet inconnu*, Plon, París 1935, p. 163; traducción castellana: *La incógnita del hombre*, Iberia, Barcelona.

ven debe aplicarse. *La paternidad es ante todo una exigencia con respecto a sí mismo.* Al principio, es incluso y sobre todo, eso. Luego, poco a poco, exigirá del padre que se aplique a conocer mejor a los suyos, a comprenderlos mejor, a interpretarlos mejor en el curso de su evolución, desde la infancia hacia la juventud. Sin embargo, siempre quedará esta exigencia fundamental que delimitará además la influencia del padre: deberá ser reconocido como un hombre de calidad.

Con esta perspectiva deben los jóvenes avanzar hacia el matrimonio, pensando en prepararse para las obligaciones que deberán cumplir. Cultivando en sí, desde la época del noviazgo, todas las virtudes que forjan un hombre, es como se prepara uno a ser padre. No hay otro camino. *No se da más que lo que se tiene, y se da siempre de lo que uno es.* Sólo el padre que es un hombre y un cristiano dará a sus hijos el poder llegar a ser hombres y cristianos; el que no es sino un cobarde, un mediocre, y un tibio, hará a sus hijos cobardes, mediocres y tibios, condenados a ser vomitados por la boca de Dios y rechazados por los hombres.

Pensando en su futuro hogar, que todo novio recuerde esta observación de un gran conocedor de hombres contemporáneo: *«Los hijos modernos constituyen para el grupo familiar una carga realmente insoportable. Su dureza, su grosería, su ingratitud con respecto a sus padres son la consecuencia inevitable del egoísmo, de la ignorancia y de la debilidad de estos últimos»*¹.

Así como el escultor talla la piedra y crea con ella una obra maestra o un esperpento, así el padre tallará sus hijos de su mismo ser personal, para su salvación y su gloria, o para su condenación y su desdicha.

6. Mandatarios de Dios

Penetrándose bien de estas verdades, los novios de hoy podrán prepararse a ser los padres de mañana. Además, para saber con exactitud la medida de sus obligaciones y para acoger todas sus responsabilidades sin minimizarlas, habrán de recordar que no serán sino los mandatarios de Dios, sus delegados, en cierto modo, con respecto a los hijos que tengan. No deben pensar que los hijos serán «sus cosas», de pertenencia propia, y que podrán disponer de ellos a su antojo. Mucho antes de ser los hijos de tal o cual pareja, los hijos son hijos de Dios. Por eso, la responsabilidad del padre y de la madre es tan abrumadora: ante Dios tendrán que rendir cuentas de sus hijos, no ante los hombres. Para la mujer ser fiel a su maternidad y para el hombre ser fiel a su paternidad, es en suma ser fieles a Dios. La conciencia de esta verdad aportará a los jóvenes esposos el verdadero sentido de su vida.

Por otra parte, saber que sus hijos están a la disposición de Dios les preservará de un afecto exagerado y enfermizo. Serán semejantes a ese padre de familia de quien contaba Péguy:

Por el contrario, él no quiere ser más que el inquilino de sus hijos.
No conserva ya de ellos más que el usufructo.
Y es el buen Dios quien posee la nuda (y la plena) propiedad de esos hijos ².

¹ ALEXIS CARREL, *Réflexions sur la conduite de la vie*, p. 138.

² CHARLES PÉGUY, *Le porche du mystère de la Deuxième Vertu*, en *Œuvres Poétiques Complètes*, Gallimard (Pléiade), París 1954, p. 200.

Y si, por casualidad, Dios les pide alguno, ya sea para llevarle a la Eternidad o bien para consagrarle a su servicio, sabrán reconocer su derecho absoluto, y ver que tal es el orden de las cosas.

Conscientes por lo demás, de que son con respecto a sus hijos los representantes de Dios, se esforzarán en vivir de una manera que responda a esa carga, para que a causa de ellos, los hijos, al hacerse más tarde hombres, no rechacen jamás a Dios.

He aquí cómo unos novios lúcidos y serios comprenderán que es su deber desde hoy, vivir conforme a Dios, a fin de poder responder adecuadamente a las exigencias que se les presentarán por causa de su futura maternidad o paternidad. El amor humano conduce hasta ahí cuando se desea amar verdadera y totalmente.

IX

Los Cursos prematrimoniales

Todo cuanto hemos expuesto hasta aquí es buena prueba de la importancia de la preparación del hogar propio. Muchos van al matrimonio como si en él fuesen a encontrar un modo de vivir fácil, que no plantea problemas. Aseguran que no hay nada más sencillo, que la vida conyugal es connatural al hombre, que la pareja está destinada a complementarse y el amor a dominarlo todo. Si por casualidad surgiese alguien que quisiera recordar la posibilidad de un matrimonio carente de esa certeza, habría una protesta contra ese alguien a quien tacharían de importuno o de aguafiestas. Son raros los novios a quienes no ciega el entusiasmo o que no sean víctimas de la ilusión.

¿Se los puede censurar? No siempre. Ante todo ¿no están ellos en la época de la juventud, en ese momento de la vida en que parece todo posible y nada se ha perdido aún irremediablemente? ¿En esos años en que la experiencia de los viejos parece un peso aplastante al que se mira con cierto desdén? «*Nadie ha creído nunca en la experiencia ajena, y vosotros no habéis creído en ella...*»¹, dice un personaje de Maxence van der Meersch, reflejando ciertamente la oposición de los jóvenes a los más viejos. Cuando se ve abrirse la vida ante uno, ¿qué va a hacer con la experiencia que es como un mueble del pasado? Se mira hacia el futuro y se arrumba todo lo que no sea ese futuro. Así es y así será siempre la juventud. Y porque son jóvenes, los novios desconocen la experiencia de los otros, o se muestran, casi siempre, indiferentes a ella.

A este primer factor se añade un segundo en el mismo sentido y que acrece la fogosidad del entusiasmo: y es que los novios se aman. Es decir que están naturalmente en *éxtasis*, fuera de sí y de la realidad, entregados por entero a la esperanza, a la confianza, al optimismo. El amor tiene por efecto dar a entender que es invulnerable y que protege contra todos los malos golpes de la vida a los que se aman.

Infunde, como uno de esos primeros efectos, una fuerte sensación de confianza del mismo modo que los novios, a través de su amor, sólo pueden entrever la felicidad. El fracaso para ellos es prácticamente imposible; y por eso no escuchan los consejos prudentes que se les pueda dar.

1. Instrumento de lucidez

Esta es la situación de los que se hallan en vísperas de contraer matrimonio. No les podemos censurar por ello, tal vez a causa de la feliz fusión juventud-amor. Podemos mientras

¹ MAXENCE VAN DER MEERSCH, *Car ils ne savent ce qu'ils font*, Albin Michel, París 1933, p. 121.

instigarlos a una reflexión mutua, profunda y seria. Por eso se les invita a seguir los *Cursos preparatorios para el matrimonio*. Éstas no han sido planeados por viejos anticuados cuya sola preocupación hubiera sido clamar, en tono áspero y malhumorado, contra los errores de la juventud. Por tener su origen en la experiencia, estos Cursos son con toda exactitud la expresión de la propia vida, bella y entusiasta, es cierto, pero también difícil y peligrosa. En efecto, no son un resumen de fórmulas teóricas ofrecidas de pasto a unos oyentes que no sabrían qué hacer con ellas. Responden a la viva realidad del mundo conyugal y sirven para cultivar el entusiasmo de los novios midiéndolo por adelantado las dificultades futuras, que, por lejanas que estén, son inevitables.

Y esto, porque todas las negaciones que provengan de la inexperiencia de un idealismo vaporoso o de la irreflexión, no cambian nada. La vida conyugal, cualquiera que sea el grado de amor de los cónyuges y su mutua adaptación, es siempre una tarea difícil. Más aún: peligrosa. La prueba de ello está (y esto es siempre desagradable de mencionar) en esas parejas desdichadas cuyas esperanzas, tan parecidas en su época a las de dos novios de hoy, quedaron totalmente destruidas e irremediablemente falseadas. Tantas y tantas parejas desgraciadas, confesando el fracaso de su unión y de todos los proyectos pasados, deben hacernos reflexionar. Aunque esté uno cegado por el amor, es imposible dejar de oír este triste concierto cuyos ecos resuenan por todas partes con una fuerza desesperada. ¡Es preciso oír y ver bien, se quiera o no!

Ahora bien, con sólo prestar atención, percibiremos que la vida conyugal presenta numerosas asperezas (estamos casi por decir innumerables) contra las cuales los más firmes y esperanzadores amores pueden llegar a romperse. Para proteger contra esos arrecifes a todos los navíos que se aprestan a emprender su ruta, han sido creados los *Cursos preparatorios para el matrimonio*. Sus iniciadores, así como los que hoy los explican, no figuran entre los adeptos de la felicidad imposible y del amor ilusorio. No son pesimistas y no desalientan todos los impulsos y esperanzas, sino al contrario. Los profesores de esos Cursos creen firmemente en el magnífico valor del amor humano y en la felicidad que de él puede provenir. No tienen nada de desanimadores ni de profetas de la infelicidad; pero su entusiasmo va unido a la prudencia y su fe en el amor no tolera ceguerras. Son, en cierto modo, *defensores de la lucidez*. Por todo ello los novios deben imponerse la asistencia a estos Cursos. Allí encontrarán la lucidez que será para su amor lo que es la luz para la noche.

¿No será tal vez el miedo a la lucidez el motivo por el cual alguno deja de seguir estos Cursos? Para eludirlos, es corriente alegar que «no los necesitan», pues creen saber claramente todo esto. Revelan un optimismo ingenuo o se engañan inconscientemente, negándose a sondear el futuro con objetividad a fin de prepararse para lo que les reserve. Se lanzan con los ojos cerrados en la aventura, arriesgándose así a perder las ocasiones de felicidad a causa de unas malas inteligencias, errores que podrían ser evitados fácilmente. Ninguna pareja puede desdeñar la lucidez. Pues bien, uno de los medios más seguros de consolidarla es asistir a los *Cursos preparatorios para el matrimonio*. En ellos, les serán señalados a los futuros cónyuges, de un modo descarnado, los diversos obstáculos contra los que pudieran chocar. Los novios sabrán entonces prepararse para hacer frente a esas dificultades, y así, cuando llegue el caso, no les cogerán de sorpresa. La lucidez que obtendrán en esas semanas de preparación, sistemática y minuciosa, les servirá para evitar, más tarde, el pánico y no cometer errores irreparables. No suprimirá las causas del conflicto, pero las reducirá a sus justas proporciones, dejando a la pareja encalmada, en situaciones de extrema tensión. La lucidez

de los novios evitará a los esposos el pánico y, proteger el destino de su amor será uno de los más preciados beneficios de los *Cursos preparatorios para el matrimonio*.

Nadie debe juzgarse, pues, por encima de la necesidad general, negándose a seguir los Cursos. La primera prueba de lucidez, en el caso de unos novios, consiste precisamente en reconocer la necesidad de una mayor lucidez.

Además de los que se niegan a dedicar algunas semanas a los Cursos con el pretexto de ser lo suficientemente lúcidos, hay otros que alegan que «no tienen ya nada más que aprender». Por una triste ironía, son éstos generalmente los más necesitados de esclarecer su espíritu que está casi siempre apresado en una fuerte red de prejuicios y de pseudoconocimientos. Por haber vivido, por haber navegado un poco por todos los lugares, probando todos los frutos, y cometido más tonterías que otros, les falta mucho para saber todo cuanto es necesario para ser feliz y ya no les queda más que aprender. Puede ser ésta la señal de que tienen, más que los otros, necesidad de entrar en la escuela de la felicidad, ya que además de que ignoran muchas cosas o no las saben bien, sucede con frecuencia que están mal formados. Desde ese momento, no sólo es necesario aprender y proveerse de la más aguda lucidez, sino que es preciso también corregirse, reformarse, descubriendo el verdadero sentido del amor, de la felicidad, de la pareja, del hogar. Pretender que no hay necesidad de prepararse para el matrimonio, porque se sabe ya todo, revelaría la vanidad más estúpida. Semblante afirmación demostraría por sí sola qué lejos se está del verdadero amor, ya que éste, cuando es auténtico, da siempre una profunda sensación de insuficiencia. Cuando se ama de verdad a alguien, el propósito es poder amar siempre más y siempre mejor; se anhela asegurar a cualquier precio la felicidad del otro. Por consiguiente, está uno dispuesto a descubrir todos los elementos que puedan aumentar las probabilidades de victoria. ¿Y quién podría decir que el *Curso preparatorio para el matrimonio* no es uno de esos elementos?

Parece, pues, lícito afirmar que todas las parejas de novios deben aprovechar esta ocasión, que el Curso les ofrece. Impónganse el deber de asistir a él, aunque para ello tengan que hacer algunos sacrificios. Obtendrán algo inapreciable que compensará ampliamente lo que les haya significado de tiempo y de esfuerzos. En nuestra época, con la multiplicidad de obstáculos acumulados por una civilización alucinada contra ciertos valores espirituales e interiores que el amor y el matrimonio exigen, es lícito hablar de la necesidad de seguir ese Curso. Muchas cosas que en otro tiempo, «en la época de nuestros padres» no planteaban problemas, están hoy necesitando una solución. Entre ellas está la naturaleza del amor y la vida entre dos. «*El mundo moderno —observa G. Siewerth— es el nacimiento de una humanidad que surge ya muerta para los misterios del corazón*»¹. Evidentemente, en estas condiciones, es necesario que los jóvenes sumidos en esa humanidad, mediten, a fin de asegurar a su amor la estabilidad requerida para la fundación de un hogar.

Ciertamente, es posible aún ser feliz sin pasar obligatoriamente por el *Curso prematrimonial*. Mas la experiencia revela que, en un gran número de casos, por haber seguido ese Curso pudieron las parejas superar ciertas situaciones y mantener el equilibrio.

¹ G. SIEWERTH, *L'homme et son corps*, Plon, Paris 1957, p. 165.

2. Aprender a dialogar

La primera ventaja que ofrece el Curso y tal vez la más valiosa, es la de proporcionar a los novios ocasión de sostener numerosos y serios diálogos sobre las cuestiones de interés para la pareja. Durante el noviazgo sucede con frecuencia que se quiera abordar un tema, discutir un problema. Es difícil, sin embargo, encontrar los medios de hacerlo, porque uno u otro se escabulle y desvía la conversación en cuanto ve que apunta el tema embarazoso o temido. Otras veces, en el torbellino de las ocupaciones sociales, no se encuentra tiempo para detenerse en aquello que, sin embargo, es más importante. A veces, la timidez o alguna dificultad lleva a los jóvenes a eludir esos temas, aun siendo fundamentales.

El *Curso de preparación para el matrimonio* proporcionará una maravillosa oportunidad para abordar, uno por uno, los mayores problemas de la futura vida conyugal. Al terminar un análisis minucioso y serio sobre uno u otro tema, los novios se encontrarán frente a frente, siéndoles prácticamente imposible eludir la conversación sobre ese tema. Se aprenderá, de este modo, a conocer la perspectiva del otro sobre todo en cuanto respecta a la vida conyugal. Será también posible descubrir algunas de las dificultades con que habrá de enfrentarse, aprendiendo a auxiliar al otro en sus luchas en sus tristezas, en sus temores. En una palabra, la sinceridad se hará más fácil y contraeremos, desde entonces, el hábito de confiar al otro lo que uno siente y lo que piensa. Esta sinceridad es absolutamente indispensable para la felicidad de la pareja. Sin ella, resulta imposible la intimidad profunda, la comunión de alma. Sobre esto, además, insisten tantas parejas cuyo amor no se ha desarrollado tan sólo porque no aprendieron nunca a franquearse. No llegaron jamás a conversar abiertamente y esto les hizo cerrarse en un mutismo en el que su amor está anclado y en el cual se ahoga. La comunicación entre las dos almas es como un hálito del amor de la pareja. Cuando el mutismo se instala en un hogar, no viene nunca solo: trae consigo la desarmonía, la falta de entendimiento, la incompreensión, el rencor, y, para resumirlo todo en una palabra, la infelicidad. Por eso es preciso desde la época del noviazgo, que los futuros cónyuges adquieran el saludable hábito de conversar sobre todo cuanto afecte a su mundo personal, de tal modo que se conozcan bien y sepan adaptarse el uno al otro.

Aprenderán precisamente a hacerlo, siguiendo el *Curso preparatorio para el matrimonio*. Ante ellos se proyectará la vida futura con sus alegrías y sus tristezas, sus dichas y sus sinsabores, sus riquezas y sus miserias. Sabrán con lo que deben contar, lo que será necesario temer, lo que es preciso evitar para que sea posible la vida entre dos. En posesión de todo este material de ideas sacado de la propia vida, los novios tendrán capacidad para confiarse mutuamente el más íntimo de sus pensamientos y revelar cómo pensarán y cómo serán el día de mañana. Sólo de este modo el noviazgo no será una comedia sentimental.

La primera condición para un matrimonio serio es un noviazgo serio. Es sumamente importante no dilapidar en liviandades ese tiempo que debe estar dedicado a preparar una vida entera. La influencia del noviazgo, la manera de vivirlo, puede resultar decisiva para los primeros años de vida conyugal. Es necesario, pues, descubrir el sentido preciso de ese compromiso, para sacar a la luz las obligaciones que suscita. El noviazgo es, en efecto, un contrato inicial. Este contrato implica obligaciones concretas y graves, aun no siendo tan absoluto como el «sí» del casamiento. Entre otras, la de prepararse concreta y seriamente para el matrimonio. Las consecuencias del mismo, cuáles serán sus preocupaciones primordiales,

en dónde se deben concentrar sus esfuerzos, cómo pueden hacer que les sean favorables todas las ocasiones, son algunos de los problemas a los cuales deben saber responder.

Trátase, en suma, de que cada uno de los componentes de la pareja sepa identificarse con el fin propuesto. Hay entre noviazgo y matrimonio cierta relación que todos reconocen. Establecer la naturaleza de esta relación, determinar cómo se debe vivir el noviazgo y, después, el matrimonio, con entera seguridad, es va más difícil. Aplicarse a distinguir bien el ritmo con que el noviazgo debe vivirse, percibir los obstáculos que les acechan y que ya desde el primer momento comprometen la felicidad futura, aprovechar hasta el máximo ese precioso tiempo para amoldarse el uno al otro, tales son las tareas que una seria preparación para el matrimonio supone. Situar el problema matrimonial en sus verdaderos datos, en términos claros y enérgicos a fin de que los novios puedan tener un conocimiento más claro de su vida presente y de su vida futura. Ésta será la función de un sólido Curso de preparación para el matrimonio.

3. Principales elementos del Curso

Amor y felicidad

No es necesario explicar extensamente que, antes que nada, éste deberá partir del análisis del amor. Nadie podría prepararse para el matrimonio sin preguntarse el verdadero significado del amor. Para responder a esta pregunta es preciso reflexionar, aunque no sea necesario, en modo alguno, para amar, ser capaz de definir filosóficamente el amor.

Sucede, sin embargo, que el amor es un sentimiento complejo, que reúne múltiples elementos. El peligro está en no dar valor a lo esencial, creyendo amar cuando se está a cien leguas del verdadero amor. Además de esto, para que el amor crezca y alcance su medida más elevada es preciso cultivarlo. Ahora bien, ¿cómo cultivarlo si no se logra saber verdaderamente qué es el amor?

Amar es palabra de rico sentido humano y muy profunda, que compromete de una manera total a los dos que la pronuncian porque aceptan el hacerla más o menos una realidad. Está situada en una encrucijada donde se cruzan innumerables caminos. Reúne la preocupación de ser feliz y de hacer feliz, crea la unión con la voluntad de poseer, y el deseo de dar. Es exigente y generosa, posesiva y al mismo tiempo desprendida: envuelve simultáneamente el cuerpo y el alma, exigiendo de ésta que se halle presente en el cuerpo en el momento en que, con mayor violencia, se consolida. Esta última paradoja haría por sí sola del amor humano algo difícil de comprender; y no se llega fácilmente a valorar la frase luminosa de Nietzsche: «*En el verdadero amor es el alma la que envuelve el cuerpo*». Por lo tanto, los novios que prometen amarse y están a punto de entregar sus vidas en la fe que ponen en el amor, no tendrían éxito si no procurasen descubrir las diversas corrientes que el amor funde en una sola, y cuya fuerza sienten en su propio corazón. Ver lo que significa amar, lo que esto supone y lo que exige de cada uno, pesar las responsabilidades recíprocas a la luz del amor, conocer a qué precio ha de crecer y averiguar las flaquezas del alma que puedan comprometerlo gravemente, he aquí unos temas de reflexión para los novios durante ese tiempo.

Salta a la vista que tal análisis es indispensable. Querer eludirlo sería pretender saber lo que quiere decir amar sin pederlo hacer. Como decía el doctor Carnot: «*Todos hablan de*

amar sin saber lo que es eso. A cada momento en conversaciones, libros, canciones se conjuga el verbo amar. Decimos que amamos algo o alguien, pero ¿sabemos acaso todo lo que se oculta detrás de esta breve palabra?»¹.

La cuestión es viable y para ayudar a contestarla con entera verdad, el *Curso preparatorio para el matrimonio* aborda este tema.

Psicología masculina y femenina

Pero si amar es un elemento fundamental del matrimonio, para que sobreviva el amor es indispensable que impere la comprensión. Ahora bien, esto supone sin duda el conocimiento de la psicología propia de cada sexo. Así pues, es necesario pasar del análisis del amor al estudio de la *psicología de los sexos*. Es una cuestión de capital importancia. Nunca se hablará lo bastante de los innumerables choques que amenazan con frecuencia hogares donde, aunque exista en ellos el amor, la comprensión es casi imposible por la ignorancia en que se hallan los esposos de cuanto se refiere a los caminos seguidos por la psicología del cónyuge. Algunas veces basta muy poco para hacer variar el ambiente, yendo de lo mejor a lo peor o de lo peor a lo mejor. Hablando de la tragedia del amor, Gustave Thibon observa: «No consiste en que dos seres que no pueden darse nada se unan y crean amarse» pero sí en que «dos seres que se pueden dar todo no se den nada debido a una simple falta de adaptación exterior o a un gesto de más o de menos»². La más penosa y desconcertante interpretación será la que separa así dos jóvenes esposos desde los primeros meses de su matrimonio. Pues el amor es, entonces, intensa y verdaderamente un querer hacer al otro feliz; pero hay, entre ambos sexos, una barrera de una psicología diferente que llega hasta el punto de perjudicar cualquier acuerdo.

Los novios deben saber que el amor no basta, no lo hace todo él solo. Es también necesario comprenderse bien para que la unión sea total y no haya resquicios por donde la felicidad pueda escapar. Diremos que para vivir juntas dos personas es preciso, además de amarse, entenderse. Ahora bien, comprenderse no siempre es tan fácil como parece a primera vista. En la partición absoluta de la existencia que la comunidad conyugal exige, es necesario aprender a comprenderse para llegar a entenderse. Será indispensable, pues, el esclarecimiento que los novios tendrán en la exposición sobre la psicología de los sexos. La novia penetrará en este universo que conoce en su mayor parte, el mundo interior del hombre. De igual modo, el novio conocerá el extraño y delicado mecanismo que explica las reacciones de su novia. El uno ante el otro, no serán nunca dos seres que, aunque deseando unirse, se obstinan en separarse. Muchos de los elementos de desacuerdo desaparecerán y podremos ver realmente un hogar donde reine la paz. Ahora bien, la paz es siempre fruto de la comprensión entre marido y mujer. Por otra parte, la propia comprensión sólo es posible en los que muestran reflejos que se adaptan espontáneamente a los actos y sentimientos del cónyuge. Este estudio tratará de esta, explicando a la pareja que la naturaleza quiso que el hombre y la mujer se complementasen, y mostrando como el cumplimiento de este misterio puede dar la paz en el amor.

¹ J. CARNOT, *Au service de l'amour*, «Éd. féminine», Beaulieu, Paris 1949, p. 8.

² G. THIBON, *Ce que Dieu a uni*, Landanctet, Lyon 1957, p. 182.

Esto es tanto más importante cuanto que sólo la percepción de ese complemento vital, henchido de amor, permite lograr la indispensable *armonía de las personalidades*. Cuando nos detengamos un momento en un análisis psicológico de orden general, puede parecer relativamente fácil ligarse al ser amado para toda una vida en común. Pero para quien rebasa estas generalidades para hacer congeniar dos seres, cargados ambos de defectos enraizados en lo más hondo de sí mismos, gravados por ciertas imperfecciones difíciles de extirpar, las dificultades se revelan mayores y más imposibles de superar.

El conocimiento de la psicología del otro prepara adecuadamente la armonía de las personalidades. En ella se trata propiamente de confrontar dos seres de un carácter definido, de un temperamento determinado de tendencias caracterizadas y con frecuencia difíciles de soportar. Conseguir la armonía entre uno y otro sin que haya un choque muy brutal exige que hayamos sondeado bien los datos de la situación, requiere unos conocimientos lo más perfectos posible, y que los dos estén dispuestos a ayudarse. Armonizarse mutuamente, captando las exigencias de la situación concreta en que la pareja evoluciona es cosa que debe ser considerada como la etapa esencial del matrimonio. Aunque esto pueda parecer sorprendente, es preciso no olvidar que *«la incompatibilidad de carácter constituye, sin duda, el origen más frecuente de los conflictos conyugales. Si es, como la finalidad conyugal, e incluso antes que ella, la causa principal de los divorcios, se halla también en el origen de esta religión de unas parejas que viven paralelamente o en discordia periódica o permanente»*¹. Vamos, por tanto, a ver cuán útil es discutir, incluso antes de que la pareja entre en la vida en común, las posibilidades de una armonía profunda y, asimismo, la eventualidad de un hondo desacuerdo. Y no sólo discutir para hablar, sino para ver cómo es posible iniciar un trabajo de fusión entre uno y otro.

En esta cuestión, el Curso vendrá en auxilio de la pareja de novios sublimando los medios de alcanzar una armonía duradera; y serán evitados los errores a cualquier precio, bajo pena de comprometerlo todo. Impulsados por el amor y ennoblecidos así, los novios avanzarán con mayor seguridad hacia su objetivo y tendrán todas las probabilidades de encauzar su unión matrimonial por un camino firme. Más aún: podrán aprovechar los últimos meses de noviazgo para iniciar ese trabajo de armonía y explorar así, el fervor tan lleno de buena voluntad que es peculiar de ese período.

Anatomía y fisiología

Por otra parte, en el matrimonio, la armonía total implica una vivencia sexual. Además del encaje psicológico es necesaria también la armonía sexual. Ahora bien, ésta es imposible a menos que la pareja de novios conozca la *anatomía* de cada sexo y sepa cuál debe ser el comportamiento sexual normal para que la vida de casados sea una fuente de felicidad. Este aspecto de la preparación deberá ser objeto de una especial atención. Pese a todo cuanto se pueda pensar es necesario reconocer que es el terreno en que más errores se cometen. Con frecuencia, al entrar en el matrimonio se cree conocerlo todo a este respecto, mientras que en realidad es uno profundamente ignorante con relación al comportamiento de cada cual.

¹ L. MASSION-VERMIORY, *Le Bonheur Conyugal*, t. I: *Ses obstacles*, Casterman, París 1951, p. 87.

El hombre, en especial, necesita ser esclarecido sobre las incidencias psicológicas de la sexualidad femenina y la comprensión de que la corriente sexual en la mujer «*circula al mismo tiempo a través del alma y del cuerpo*»¹.

Bajo pena de suscitar en la esposa una rebelión que es muy peligrosa porque permanecerá secreta la mayor parte del tiempo, el hombre debe traspasar el terreno de las técnicas, preocupándose en elevar la unión a su verdadero nivel. Aprenderá, en particular, a desconfiar de sí mismo, de la violencia que le caracteriza en ese terreno, esforzándose en llegar a un comportamiento altamente humano. El equilibrio conyugal puede depender por completo de la actitud que él adopte en esta cuestión, pues, según la frase de Camus, «*el acto amoroso es... una confesión. En él clama ostensiblemente el egoísmo, aparece la vanidad o se revela, entonces, la verdadera generosidad*»².

Por otro lado, el estudio de ese tema ayudará a la novia más de lo que pueda imaginar. ¡Cuántas muchachas son víctimas de un miedo secreto, de una angustia desconocida ante la futura unión! Las quejas por parte de mujeres que no son felices, los comentarios absurdos oídos al paso, la actitud agresiva del hombre en general, una educación a veces equivocada, una imaginación muy viva, todo se conjuga para crear un bloqueo psicológico que debe ser eliminado con mano firme. Analizar en su verdadera importancia la realidad sexual que implica el matrimonio es de la más urgente necesidad. Realizada con la seriedad precisa por personas tan competentes como esclarecidas, ese análisis será para muchas novias el origen de una liberación. Descubrirán cuán injustificado era el miedo y cuán vanos sus celos. Además de esto, subrayando los altos valores de la sexualidad humana, las novias se prepararán para desenvolverse en la seguridad y la alegría, en vez de estancarse, como tantas esposas, en un desdichado pesar o en un desastroso desprecio.

Dirigiéndose a las novias jóvenes, Claire Souvenance observa: «*Muchas esposas niegan al marido, en las cosas pequeñas, lo que dieron globalmente el día en que, por el "sí" del matrimonio, aceptaron el ser verdaderamente aquella a quien ellos se unieron*».

«*Forjan su propia desdicha —sigue diciendo— y la del marido a quien aman, aunque mal. Ignoran la felicidad a cuyo lado pasan*»³.

El Curso prematrimonial tiene como finalidad impedir tales desvíos, en la mayoría de las veces inconscientes. Servirá para que la esposa venza sus propios prejuicios y enseñará al marido a obrar con delicadeza y a conocer lo que puede haber de frágil en su joven esposa.

El matrimonio con respecto a Dios

Así preparados, teniendo una visión clara de lo que será su vida en común, los novios estarán en condiciones de medir todas las dimensiones de la *moral conyugal*. No se piense que ésta será una fastidiosa enumeración de cuanto, en el matrimonio, está permitido o prohibido. Sería empequeñecer terriblemente la moral conyugal, reducirla, así, a un puro formalismo. No se trata en absoluto de codificar obligaciones y derechos, sino de situarlos ante Dios, descubriendo la voluntad divina tal como ha sido expresada en la propia naturaleza de las cosas. Ante Dios los esposos serán responsables uno de otro, y el día en que uno de ellos

¹ N. BERDIAEF, *Le sens de la Création*, Desclée de Brouwer, París 1955, p. 77.

² A. CAMUS, *La chute*, Gallimard, París 1956, p. 77.

³ CLAIRE SOUVENANCE, *Construire un foyer*, Mappus, Le Puy 1950, p. 110.

sea llamado, el otro se sentirá feliz por haberle ayudado a vivir mejor y a santificarse. ¿Cómo es posible la santificación en el matrimonio? ¿Cómo conformarnos a la voluntad de Dios? Este será el tema siguiente.

Con más precisión, procurar esclarecer la conciencia de los novios para que, una vez esposos, no se perjudiquen creando problemas inexistentes. ¡Cuántas veces hemos encontrado viejos esposos que torturaron su propio espíritu porque no conocían la extensión de sus derechos y obligaciones en materia de moral conyugal! Cuando descubren al final de la vida el verdadero sentido de ésta, es ya demasiado tarde y el error se ha cometido ya. Para evitar a los futuros esposos tales desventuras, se les dará una explicación clara del contenido de la moral conyugal. Conociendo sus verdaderas dimensiones podrán ellos obtener otro apreciable beneficio: aprenderán a mantener la belleza de su propio amor. Porque cuando una pareja se precipita en la inmoralidad, el amor queda indefectiblemente debilitado y el hogar removido. Cuando un amor se aleja de Dios para liberarse de toda presión, se condena a muerte. Decaerá gradualmente hasta la desdicha. Hay una lógica del mal, que se impone por sí propia, sin que nos demos cuenta. Quien levanta la barrera y acepta el mal, comete un acto de consecuencias desastrosas. Estas, en el caso de los esposos, pueden llegar hasta la negación de la palabra dada e incluso a la muerte del amor. Preservarse de semejante caída será una de las preocupaciones de la pareja. Saludable inquietud que la permitirá conservar la plena fuerza de su amor, apegado como estará a Dios.

En efecto, es sumamente importante comprender que *el matrimonio esta situado en el plano de Dios*. Como estado de vida, significa *vocación*. Esta rica perspectiva envolverá hondamente a marido y mujer. Ellos no se unen por obra del azar, como si tendiesen a un objetivo cualquiera. El amor humano, nacido de Dios, marcado por El con la gracia y hecho así indisoluble, debe también llevar los esposos hasta Dios. Hay, pues, en él, un valor de eternidad que debe hacer a los novios conscientes de la enorme responsabilidad que asumen. Se sitúa en el punto principal no para la felicidad temporal sino para la eterna.

Comprender este extraordinario alcance del propio amor es fundamental para los novios. Luego, apenas esté situado el matrimonio bajo su verdadera luz, comprenderán hasta dónde serán ellos compañeros el uno del otro. Irán ahora caminando juntos hacia Dios y toda negación de su amor, toda recusación, todo retroceso, toda infidelidad a este amor, tendrá una repercusión eterna. Por haber dicho «sí» ante Dios, que acogió este compromiso, se hace de allí en adelante imposible lograr la salvación por otro medio. ¡Tal es la profundidad de su unión!

Todo cuanto esta situación implica de derechos comunes y de obligaciones recíprocas, todo cuanto significa de deseo generoso y de profunda donación, todo esto debe ser recordado a la futura pareja. Una de las mayores consecuencias del matrimonio es comprometer a los esposos ante Dios. La unión conyugal no se desenvuelve solamente al nivel terrenal, no es apenas un medio de ser feliz, sino también, y hasta podría decirse sobre todo, un medio de santificarse. Es preciso entender el amor humano en este sentido y saber que conduce a una unión cuyo término será la eternidad.

Concretamente, los novios han de tener plena conciencia del hecho de que, al final de su vida en común, tendrán que rendir cuentas de lo que hicieron de su amor, de su hogar, de sus hijos. El matrimonio conduce a eso. La responsabilidad es, por tanto, inmensa y se sitúa ante los novios en el momento de contraer su enlace. La comunidad de vida no se realizará

apenas al nivel de la carne, rebasará incluso el corazón, y se instaurará en lo más íntima del alma, según uno y otro se hayan acercado o alejado de Dios.

No se reunirán a ciegas puesto que ambos fueron elegidos para formar una pareja, escogidos y entregados el uno al otro, no al azar de los acontecimientos sino conforme a los caminos misteriosos de Dios. En resumen, han sido llamados (¿no es éste el sentido pleno de la palabra vocación?) ambos para unirse en el amor a fin de que la obra de Dios continúe y ellos sean sus instrumentos.

El objeto de la cuarta reflexión será no minimizar ese punto de vista sino darle su entero valor, recordando a los novios cómo, de esa manera, están llamados a evolucionar como tal pareja en los caminos de Dios y, en suma, su propio amor debe conducirles a ello. Valoramos toda la importancia de que aquél se reviste pues permitirá a los novios centrar su unión conforme a sus auténticas dimensiones.

Los hijos

Sin embargo, no deben cesar aquí las preocupaciones de los futuros cónyuges. Es imprescindible que perciban claramente su responsabilidad. Ahora bien, ésta no se limita a ellos dos; aparecerán pronto los hijos para monopolizar, sin remisión, el resto de su vida en común. ¿Cómo no prepararse entonces también para enfrentarse con las pesadas tareas de la paternidad y de la maternidad? Entendidas en su sentido de mayor amplitud, son más difíciles de vivir de lo que se piensa. También en ese terreno, y tal vez más que en cualquier otro, la improvisación debe ser eliminada. Así como no se improvisan en su papel de marido y mujer, no pueden improvisarse como padre y madre. Tanto como al comienzo, es necesario adaptarse, simultáneamente, al cónyuge y a los hijos. ¿Cómo realizar esta adaptación? ¿Cómo conseguir este equilibrio que traerá la felicidad al hogar? Esto es lo que se ha de procurar mostrar a la pareja que, muy pronto, tendrá que resolver tan espinoso problema. Los hijos pueden ser una carga pesada y sofocante si la pareja no los integra pronto en el centro de su vida y de su amor. Pero una vez realizada esta integración, se convierte en una alegría sin precio que acrecerá el amor mismo que une a la pareja. Todo depende, por tanto, del punto de vista de los novios. Inspirarles un modo de ver lleno de optimismo y de realismo para que no se sientan defraudados ni sorprendidos, ayudarles a desarrollar mejor el propio amor por medio de la paternidad y la maternidad: he aquí el objetivo de la penúltima fase del Curso.

Para un buen comienzo

Finalmente, después de haber procurado ver anticipadamente el camino que tendrán que recorrer juntos, los novios podrán disponerse a cumplir su palabra y casarse. Para completar su preparación sólo faltará el esclarecer para ellos la importancia especial y las dificultades específicas de la iniciación de la vida conyugal. Para ayudarles a tener un *buen comienzo*, se explicará a los novios el comportamiento que debe adoptarse *en los primeros tiempos de matrimonio*. Todos saben, en efecto, que los primeros meses, más aún, los primeros días y las primeras semanas, pueden ser decisivos para la felicidad de la juvenil pareja. La inexperiencia puede entonces conducir al uno y al otro a cometer falsedades cuyo recuerdo no será fácil extinguir. Sin malicia, simplemente por falta de orientación, se marca así un

camino en el cual es difícil retroceder y donde los errores se acumulan hasta llegar a la infelicidad.

Para permitir a la futura pareja evitar ese desastre, y para que los primeros tiempos transcurran en la más completa comprensión posible, para que impere la delicadeza en todos los momentos, para que se sepa medir el alcance de los gestos y palabras propios, para que no se impida una felicidad futura por errores fáciles de eludir, los novios serán prudentes. Sabrán, pues, desde su entrada en la vida en común, lo que conviene, para hacer todas las jugadas a favor de su felicidad. Muchas tristezas inútiles serán así evitadas y los novios comenzarán bien.

Abordarán el complejo universo conyugal con alegría y dignidad. En vez de precipitarse a ciegas, chocando por una recíproca incompreensión, sabrán entregarse el uno al otro y tomar posesión el uno del otro de un modo que marcará toda su vida futura con el signo de la alegría. Las consecuencias de ese comienzo son de tal modo importantes que podemos considerarlas decisivas para la armonía futura. Heridos por un comienzo malogrado o infeliz, muchos jóvenes ven su porvenir conyugal comprometido y el amor deshecho. ¡Cuántas decepciones empiezan en ese momento y cuántos desencantos vienen secretamente a entristecer los primeros tiempos de la vida en común, simplemente por ignorar, en esa época, lo que creían saber!

De esta forma, la última etapa del Curso contribuirá a que crezca en el corazón de la esposa y en el del marido, una mutua inclinación, además de un agrado esclarecido y cultivado conforme a las exigencias de la caridad conyugal, añadidas aquí al amor humano, en la creación de un clima ideal. Teniendo en cuenta, tanto el ideal por conseguir como las condiciones concretas en que se encuentren los recién casados, esto les hará lograr su tranquila expansión a través de las inevitables dificultades que encuentren.

4. Deber fácil

Así, el ciclo estará completo y los novios sabrán lo que les reserva la vida conyugal. Ciertamente, no todos los problemas quedarán resueltos y sería una gran ingenuidad imaginar que se consigue la felicidad con tan poco. Los problemas, sin embargo, estarán al menos situados, y se evitarán sorpresas y confusiones ante las dificultades de la vida que se inicia. Que la armonía entre un hombre y una mujer sea laboriosa; que a veces haya choques, que en determinadas circunstancias surjan dificultades de comprensión y de acuerdo, no es grave. Sería grave renunciar ante esos obstáculos normales y, dominados por la sorpresa, desesperar.

Verdad es que una dificultad prevista está ya vencida, al menos en parte. He aquí la razón por la cual constituye un deber asistir a los *Cursos preparatorios para el matrimonio*. Será ya una enorme ventaja conocer los problemas con toda lucidez. Sin embargo, el beneficio será todavía mayor, pues quedarán establecidas las soluciones de los futuros problemas. Cuando éstos surjan los esposos estarán ya orientados, los choques serán menos violentos y las paces más fáciles de conseguir. Ciertamente, será además necesaria la buena voluntad por ambos lados. Siempre se deberá construir la felicidad con el propio esfuerzo pero nunca permanecerán los esposos sin saber qué hacer, ya que estarán preparados para cualquier eventualidad.

El amor es un bien de tal modopreciado, que no se debe correr el riesgo de extinguirlo par confusiones o torpezas infantiles. Disponer todas las oportunidades a su favor, recoger todos los consejos sensatos, dejarse ayudar por toda la experiencia de los más viejos es, en la pareja de novios, dar prueba de sabiduría.

Los que aceptan, con toda sencillez, asistir al *Curso preparatorio para el matrimonio*, poseen esa sabiduría y duplican, así, las probabilidades de ser felices. Es, por tanto, la ocasión oportuna de estar presente. Aun suponiendo que se hayan de captar apenas algunas ideas nuevas, habría ya en ello un beneficio apreciable. Cuando se está dispuesto a marcar, de un solo golpe, toda la vida, comprometiéndose con un único «sí» el futuro entero, ¿cómo no disponer a su favor todas las bazas? Los novios nada tienen que perder y todo por ganar, siguiendo el Curso. Este sólo podrá, ayudarles a amarse mejor, evitando que se destruya la felicidad contra los obstáculos rutinarios.

Someterse a esta prueba es dar muestra de un saludable realismo porque puede decirse que el Curso es la prueba última y decisiva antes de la resolución. Temen someterse a ella los débiles, que prefieren el riesgo ciego a la lucidez, o los idealistas que no saben medir la violencia y la rudeza de la vida.

Es preciso tener un conocimiento exacto de sí mismo para saber vivir. El número de casos desgraciados nos lo recuerda con la suficiente elocuencia, y nos dispensa, por tanto, de otros comentarios. Seguir el Curso es simplemente prepararse para la vida con valentía, firmeza, habilidad y prudencia. Ahora más que nunca, el amor necesita un máximo de garantías para mantenerse fiel a sí mismo y seguir su propio camino. En un mundo donde todos los valores espirituales se tambalean, el amor no se libra de esta amenaza. Acaso es, incluso, una de sus mayores víctimas. Los novios serios lo preservarán, desde el comienzo, del peligro que los amenaza en aquello mismo que los une, cuidando de protegerse contra todos los pasos en falso que pudieran abrir en su amor una brecha devastadora. A veces, basta muy poco para que se desmorone el edificio de la felicidad conyugal, como también es suficiente muy poca cosa para fortalecerlo, haciéndolo invulnerable. A menudo basta tan sólo con saber qué dirección hay que tomar cuando surge el problema.

El *Curso preparatorio para el matrimonio* es, precisamente, el medio de orientación. Mostrará a los novios los caminos posibles, indicándoles las ventajas y las desventajas de cada uno de esos caminos. Se puede decir que su utilidad será inmediata, ya que; desde los primeras días de vida en común, les será necesario seguir las orientaciones que los conduzcan a la felicidad o a la desgracia.

En realidad, el problema de los *Cursos preparatorios para el matrimonio* se plantea en estas términos: Se pueden seguir o no, según se quiera o no disponer a su favor todas las probabilidades de felicidad. En estas condiciones, ¿quién, de unos novios, se negará a seguirlos seriamente?